

## Capítulo 10

### *LA SEGUNDA PARTE DEL ORLANDO DE NICOLÁS ESPINOSA*

En 1555 apareció impresa en Zaragoza *La segunda parte del Orlando, con el verdadero suceso de la famosa batalla de Roncesvalles, fin y muerte de los doce Pares de Francia*, del valenciano Nicolás Espinosa<sup>1</sup>. El poema gozó de cierta fortuna inmediata, a juzgar por el número de reimpresiones<sup>2</sup>. Esta obra, junto con el *Roncesvalles* de Garrido de Villena, publicada el mismo año<sup>3</sup>, constituyen los dos ejemplos más tempranos de imitación ariostesca en nuestro país. Sus autores fueron los primeros en vincular la materia del *Orlando* con la batalla de Roncesvalles y los que resucitaron para tal fin la figura legendaria de Bernardo del Carpio. Como indica su largo título, Espinosa se había propuesto la nada desdeñable tarea de escribir una continuación del poema del italiano, que sin abandonar la imitación del modelo, se convirtiera, por encima de todo, en la versión hispana del *Orlando*. El argumento principal del poema es la narración de los acontecimientos que conducen a la victoria de Bernardo y de los varones españoles sobre los paladines francos en Roncesvalles, mientras que las aventuras fantásticas de los personajes del universo ariostesco quedan relegadas a un segundo plano, como queda ya patente en los primeros versos:

“De Españoles yo canto la gloria,  
la perdición de Carlos y su gente,  
Cantaré según la verdad aquesta historia,

---

<sup>1</sup> Para un resumen y un comentario del poema, cfr. Chevalier [1966: 107-115].

<sup>2</sup> El poema fue reimpresso en Amberes en 1556, 1557 y 1559 y no volvió a serlo de nuevo hasta 1579 en Alcalá, cfr. Pierce [1968: 329].

<sup>3</sup> *Vid. infra*, cap. 11.

Y no según Turpín Francés lo siente...” [I, i, 1-4]

Brevemente, el poema narra cómo Alfonso el Casto, rey de León, envía una embajada secreta a Carlomagno para pedirle ayuda contra los moros que asolan España. A cambio de su intervención, y dado que no tiene heredero, Alfonso se compromete a hacerle entrega del reino a su muerte. Los varones españoles, entre ellos su sobrino, el valeroso Bernardo del Carpio, se indignan ante la propuesta de su rey. Carlomagno, por su parte, toma Pamplona y queda en Roncesvalles junto a sus pares, que serán vencidos por los españoles capitaneados por Bernardo.

La trama principal será alterada constantemente por la narración de las aventuras de los principales protagonistas, especialmente por las de Cotaldo, supuesto ancestro del conde de Oliva, don Pedro de Centellas, a quien el autor dedicó la obra. Su historia de amor con Marfisa y sus aventuras centrarán la atención de los muchos episodios maravillosos que componen el poema. La relevancia del personaje sirve principalmente para alabar al dedicatario del poema, y, con este fin, Espinosa otorga asimismo a Cotaldo un origen borgoñón, una apariencia física que recuerda a la del joven Carlos V y una divisa personal en la que resuena el mítico *Plus Ultra*, que sirven para establecer una relación entre la estirpe de los Centellas y la del Emperador. Frente a éste, la participación de Bernardo, aunque más reducida, es la más connotada políticamente, puesto que será éste quien lleve el peso de la lucha contra los franceses, que es, de hecho, la acción principal de la obra y de la que depende esencialmente su lectura política<sup>4</sup>. De ésta y, naturalmente, de las profecías que tienen lugar durante algunos de los episodios fantásticos y que, al tiempo que perfilan esta lectura, sirven asimismo de vínculo con la trama central.

---

<sup>4</sup> Una “ausencia”, por así decirlo, justificada en la propia acción. Bernardo se ha prendado de la bella Marfisa e incluso pasa la noche con ella. Al día siguiente, no obstante, es víctima de un encantamiento de Alcina, por culpa del cual pierde la memoria, mientras que Melisa revela a Marfisa su futura descendencia, fruto de su matrimonio con Cotaldo [cantos III-IV]. Bernardo no vuelve a aparecer hasta el canto XII, en el que Cotaldo le libera, junto a otros caballeros, del encantamiento.

### ***La ecphrasis profética de la batalla de Roncesvalles***

Seis son los anuncios proféticos de *La segunda parte del Orlando*, aunque si obviamos los referidos a la genealogía mítica de los Centellas<sup>5</sup>, los más claramente políticos se reducen a tres. El primero concierne a la visión de la próxima batalla de Roncesvalles. Se trata, por tanto, de un anuncio referido a la trama interna del poema. Pese a ello, y dado que la batalla se presenta como una prefiguración del futuro conflicto hispano-francés, es evidente que la descripción de la lucha y el sentido que le atribuye el poeta aluden claramente al presente, de forma que la *ecphrasis* profética está dirigida no sólo a Roldán (nótese la argucia del poeta al elegir al héroe francés como receptor de la misma), sino, sobre todo al lector contemporáneo. El hecho de que ésta sea la primera profecía política contribuye asimismo a sancionar la relevancia de esta victoria en la historia de España, puesto que la siguiente visión prospectiva se centrará ya en el reinado de Carlos V, y, especialmente, en la batalla de Pavía. Así, Roncesvalles ya no es un hecho aislado y fortuito sino la confirmación primera del poder hispano sobre el francés, uno de los momentos culminantes de la historia de España y, como tal, un acontecimiento determinante en el progreso de la nación.

El poema narra cómo Roldán, encendido por causa del amor de Angélica, parte en su busca. En el camino le suceden varias aventuras maravillosas. Mientras tanto, Carlomagno reúne a su consejo y determina entrar en España. Es entonces cuando el famoso par francés llega a la cueva del mago Atalante, del que se dice que es “natural enemigo de los franceses” [XI, xxvii, 2]. Éste, por medio de sus artes mágicas, “...pronosticó los años antes/ La gran destrucción de Paladinos” [XI, xxviii, 1-2] y, para que así constara, pintó en una de las paredes de su cueva a “...nuestros constantes,/ Y fuertes españoles diamantinos/ Al natural, y de ánimo pujantes,/ Defendiendo la entrada y los caminos/ A los francos, y su lucida tierra,/ Matándolos a todos en la guerra” [XI, xxviii, 3-8]. Según refiere el poeta, las imágenes están representadas a tamaño natural, lo que contribuye a establecer una

---

<sup>5</sup> Cfr. IV, lxxxiv-cxxvii; XV, xvii-lii y XXVII, xxxi-xliii.

visión grandilocuente a la batalla. Para proteger su visión, el mago dejó en la entrada de la cueva a un león, con el que Roldán lucha esforzadamente. Tras vencerlo, el paladín entra en la cueva y descubre la bella pintura donde está representado “su mal y sepultura” [XI, xl, 6]. A la izquierda ve a los francos, a los que puede identificar merced a las filacterias colocadas junto a ellos, y a él mismo, a la cabeza del ejército. Frente a ellos llega un “pequeño escuadrón (aunque valiente)/ De gente valerosa, y muy temida” [XI, xlii, 67] encabezado por un “fuerte capitán diestro y lozano” [XI, xliii, 2]. Deseando saber de quién se trata, Roldán lee la filacteria que éste tiene en su mano, en la que dice: “Bernaldo soy, mi patria defendiendo/ Del gran francés, el cual como a tirano,/ Declarando sus fuerzas más extrañas,/ Nos quería expelir de las Españas” [XI, xliii, 4-8]. Al lado de éste se encuentra Alfonso el Casto y dos sobrinos suyos, representados como dos caballeros de aspecto belicoso. Lo primero que destaca de la descripción es la evidente inferioridad numérica de los españoles que, pese a ello, serán capaces de vencer a los esforzados y más numerosos franceses. El enfrentamiento, por tanto, tiene lugar entre dos bandos igualmente poderosos –Espinosa no escatimará elogios para los contrarios- aunque será, precisamente, el más reducido el que obtenga la victoria. Con ello, el poeta acrecienta el valor de la victoria y el poder hispano, que superará con creces al potente ejército de Carlomagno, en el que luchan sus más valientes caballeros, los Pares de Francia.

A continuación, Roldán observa con desasosiego al resto de varones que forman el escuadrón español, entre los que destacan, tras García y Ramiro, los dos sobrinos de Alfonso, el rey Marsilio de Aragón y el moro Ferraguto, amigo de Bernardo [XI, ii]. Entonces, los miembros de uno y otro bando empuñan las armas y se inicia el combate, durante el cual el valle se cubre de sangre y de los cadáveres de sus amigos, de los que se decía “que uno para mil harto bastaba” [XI, i, 8]. Roldán no sabe a ciencia cierta si la desgracia que contempla es cierta o fruto de un sueño y se espanta de la viveza con que está pintada la batalla hasta el punto de querer intervenir en ella. Pronto verá caer uno a uno a los poderosos caballeros franceses. Valdovín y Angelinos son los primeros, seguidos de su querido Oliveros, “hermano de su esposa linda y bella” [XI, liii, 2], que cae malherido en tierra y cuya alma ve salir de su cuerpo. Al lado de éste, reposa ya Rinaldo y, cerca de allí,

se ve a sí mismo, con el arnés y el yelmo destrozados, sin que nadie acuda en su socorro [XI, liv]. Mientras la cueva se ilumina con la luz del fuego pintado, Roldán mira a un afligido Carlomagno que ve cómo se desmorona “Su gran Imperio, su suprema alteza,/ Por permisión de Dios en tal baja” [XI, lvi, 7-8] y la muerte de otros amigos [XI, lvii-lviii]. Después de una hora, ve, por fin, al rey huir, seguido de poca gente, y dejando tras de sí a la que fuera la flor y nata de sus ejércitos. Entonces, Roldán advierte que un letrado corona la pintura, en el que lee un epigrama del propio Atalante con que concluye la *ecphrasis*:

“El paladín miró que estaba encima  
De todo este suceso un epigrama  
De letra muy gentil, de gran estima,  
Publicando de España la gran fama  
So el resplandor formada de aquel clima,  
Que belicosos hechos siempre ama,  
La cual al natural aquí la escribo,  
Quedando para siempre el nombre vivo:

Roncesvalles testigo es de la alteza,  
Perpetuando el nombre en toda parte,  
Del ánimo constante y fortaleza  
De aquéllos que imitaron al gran Marte:  
Gozaos de hoy más de aquella gentileza  
Del ánimo español con fuerza y arte,  
Pues al francés rompistes en tal día,  
Que vuestro rey injusto ser quería” [XI, lx-lxi]

El epigrama final se dirige, como delata el cambio del pasado al presente en la última octava, al lector contemporáneo –“Gozáos de *hoy* más de *aquella* gentileza”- para que éste no sólo conserve en la memoria la victoria que los antiguos españoles consiguieron sobre los franceses en Roncesvalles, sino especialmente para que la tome como ejemplo, como prelude de lo que sucederá

en el futuro. El triunfo de Bernardo es, por tanto, la primera muestra del valor de los españoles en el campo de batalla ante un enemigo en superioridad de condiciones y, por encima de todo, que encierra evidentes alusiones a la situación política de España en el siglo XVI, como es la guerra contra Francia. La visión profética de la derrota francesa no es sólo el anuncio del desenlace de la batalla con que concluirá el poema, sino, fundamentalmente, el preludio de lo que, siglos más tarde, tendrá lugar en Pavía.

### *El vaticinio de Melisa: descubrimiento de América y reinado de Carlos V*

Por ello, tardaremos muy poco en asistir a la revelación de las gestas futuras de Carlos V, que esta vez serán profetizadas al mítico ancestro del conde de Oliva, Cotaldo. Éste, conducido por una criada de Melisa, se embarca en el Océano y, durante la travesía, ésta le anunciará el futuro descubrimiento de América y otros sucesos venideros bajo el reinado carolino<sup>6</sup>. En el transcurso del viaje, la joven le promete llevarlo a “Otro Mundo jamás visto” [XIV, ix, 1], cuyos habitantes ignoran la fe de Cristo, de forma que será el primero que, anticipándose a “la primera edad y más dorada” [XIV, ix, 6], recorrerá el áspero camino. Juntos recorren la ruta siguiendo la estrella polar y llegan al Eje nuevo del mundo, tras haber dejado tras de sí el viejo [XIV, x]. Allí le muestra las islas cercanas al continente y le señala la “isla opulenta, / Que algún tiempo Española será dicha/ Ganada por la España con gran dicha.” [XIV, xii, 6-8] gracias al “muy discreto Cristóbal de Colón” [XIV, xiii, 4-5] en cuya era podrá cruzarse el mar. Esto tendrá lugar durante el reinado de “los dos con el apellido/ Católico y heroico tan valido” [XIV, xiii, 7-8], a quien “la gran ventura/ El sumo bien les tiene reservado/ Y de estos dos, y de su edad futura/ Tendrán todos envidia en lo criado” [XIV, xiv, 1-4]. El descubrimiento de América responde, por tanto, al plan divino, que mantendrá

---

<sup>6</sup> Espinosa retoma aquí, naturalmente, la profecía de Andrónica a Astolfo del *Orlando*, XV, xix-xxxvi.

secreta la ruta que conduce al nuevo continente hasta que llegue esa edad dorada que es el reinado de los Reyes Católicos. De esta forma, la profecía otorga un sentido escatológico a lo que podría haber sido simplemente un acontecimiento fruto del azar, al que se suma, asimismo, una evidente lectura propagandística y nacionalista. España será la elegida por Dios para descubrir y gobernar estas nuevas tierras, y, de esta forma, los Reyes Católicos, tras pacificar definitivamente las tierras peninsulares –hecho al que aludirá a continuación-, darán principio al futuro imperio que culminará con Carlos V.

La relación de las gestas de los Reyes Católicos se inicia con una mención a la reconquista de Granada [XIV, xiv-5-8], y a la expulsión de los moros de tierras españolas, concluyendo así el largo periodo de la reconquista peninsular. Éste es un momento culminante y glorioso de la historia de la nación porque en él concluyen las luchas en defensa de la propia tierra –al igual que en el escudo de Eneas estaba representada, como paso previo a la instauración del imperio, la lucha por la pacificación interna de la Roma itálica. En la alabanza que la doncella hará de los reyes, concederá relevancia a su faceta guerrera y cristiana y, fundamentalmente, al triunfo de Granada: Fernando destacará por su fuerza, su divina clemencia y su catolicismo, y superará incluso al propio Marte [XIV, xv]; a Isabel “el mundo la tendrá por maravilla” [XIV, xvi, 3] al haber expulsado a la herejía y la mentira de España, por lo que su fama se extenderá por todo el orbe. Será, precisamente, tras la gran victoria granadina cuando se producirá el descubrimiento colombino, a cuyo mensaje no dieron fe ni Inglaterra ni Francia [XIV, xvii]. Colón, con muy pocas naves, cruzaría el mismo mar por el que ahora viajan ambos personajes, descubriendo “otra Europa bella” [XIV, xviii, 7], una hazaña que será completada gracias a las gestas de otros héroes hispanos durante el reinado de Carlos V.

El primero de ellos es Hernán Cortés, cuya lucha contra Moctezuma por la conquista de Méjico es descrita a continuación [XIV, xix-xx]. Sus victorias y conquistas superarán a las que un día consiguieran diversas naciones de la antigüedad como los persas, los etíopes o los bactrianos. Ninguna de ellas “alcanzaron en minas cultivadas,/ Como sólo en un día alcanzaría/ Vuestra España como eso aquistaría” [XIV, xxi, 6-8]. A continuación le muestra las tierras de Perú, sus extraños animales y su oro, y le habla de los hermanos Pizarro, gracias a cuyo

valor y fortuna España se convertirá en su señora [XIV, xxiii-xxiv]. Por fin, se dirigen hacia el sur y allí la doncella le habla de Magallanes, el primero que llegó hasta el estrecho [XIV, xxv]. Gracias a ellos y a la conquista impulsada por sus antepasados, los Reyes Católicos, Carlos será el Emperador a quien Dios reserva el dominio del mundo entero:

“Carlos Quinto Máximo imperando,  
 Otro Augusto, y en la virtud Trajano,  
 La futura monarquía él alcanzando  
 Con nueva deidad, y sobrehumano  
 A su poder cumplía que ensanchando  
 Más que ningún nacido el nuevo llano,  
 El mundo a él se reservase,  
 Y que anchamente en mundo imperase.” [XIV, xxvi]

Carlos es, por tanto, el nuevo Augusto, el nuevo *dominus mundi*, que someterá el mundo al cristianismo –“en la virtud Trajano”, la “nueva deidad”. Puesto que su poder es superior al de todos los emperadores de la antigüedad, justo es que a él, y a España, estuviera destinado el gobierno del mundo entero. En su reinado culminan, por tanto, todas las empresas que iniciaran los Católicos. Es su gran y único poder el que determina que toda la historia de España, desde la batalla de Roncesvalles, sea entendida como la de un continuo progreso que, al igual que sucediera con el Imperio Romano, se inicia con la pacificación interna del reino y culmina con la expansión definitiva de su poder por todo el orbe terrestre. Por ello, como refiere la doncella a Cotaldo, éste será invencible en todas sus empresas. A él obedecerán todas las extrañas gentes de estas nuevas tierras y, así, gobernará en las dos Españas; él vencerá a los pueblos africanos y “al fiero Sajón” en Alemania [XIV, xxviii, 7]. Y, siguiendo la tarea de sus bravos abuelos, Carlos será “De vera religión ... el tesoro” [XIV, xxix, 3] y expulsará a los moros y herejes de Levante. Después los perseguirá por el Mediterráneo y, aludiendo a la futura victoria carolina en Túnez (1535), vencerá al “bravo corsario” Barbarroja, haciendo al rey moro de aquellas tierras su vasallo, un acto que Espinosa considera un acto de



clemencia mayor que la liberaridad de que en su tiempo hiciera gala Alejandro Magno [XIV, xxxi], estableciendo de esta forma una afortunada comparación de superioridad entre Carlos y el joven conquistador macedonio:

“Este no sólo pueblo, mas ciudades  
Y reino todo juntó en este día  
Por ventura no visto en las edades  
Ni creo que en lo futuro se vería,  
No hechos de Alexandre, y mocedades,  
Con harto afán ganado lo daría  
Merced por cierto digno de memoria  
Y para eternizarla con gran gloria.” [XIV, xxxii]

En su empeño por expulsar a los paganos, Carlos defenderá asimismo las tierras de su hermano de los moros [XIV, xxxiv], aludiendo a la futura campaña en defensa de Viena, donde, entre sus soldados, destacan, por encima de todos, los españoles. Éstos, aguerridos, matarán a cien mil enemigos, cuyos cuerpos “sin las almas ya perdidas” [XIV, xxxiv, 5] serán arrastradas hasta el Danubio.

“¿Qué te diré de aqueste gran monarca  
Que aunque te diga mucho no sea poco?  
De excelente justicia será un arca,  
Y en otras excelencias que no toco,  
¿Quieres ver que el mundo no le abarca,  
Y el poder más alto que yo invoco?  
Dos mundos le dará a su mandado,  
Que es caso que jamás no fue pensado” [XIV, xxxvii]

Contrariamente a lo que suele ser habitual en este tipo de profecías, Espinosa ha dejado para el final la victoria de Pavía, que es, de hecho, anterior a las campañas que la criada de Melisa ha venido refiriendo hasta ahora. La razón de esta alteración cronológica en la enumeración prospectiva de las gestas carolinas se

debe a la relevancia concedida a la batalla de Roncesvalles, cuyo anuncio ha tenido lugar dos cantos antes. Con ello, el poeta establece una línea de continuidad entre esta victoria y las conseguidas por Carlos V sobre los franceses, que es uno de los pilares fundamentales de la lectura política del poema. Así, es ahora, una vez que se han referido el poder y los sucesivos triunfos del Emperador, cuando la doncella refiere a Cotaldo la victoria de Pavía.

“Éste será aquél que allá en Pavía  
 Con españoles lasos fatigados:  
 Al rey de entrambas Galias le vencía,  
 Mostrando su poder nuestros soldados  
 Hambriento el campo que de hambrodía  
 El espíritu alzar, más esforzados,  
 Se mostrarán en la gentil jornada,  
 Que el franco bastecido, y gente armada” [XIV, xxxviii]

Al igual que en Roncesvalles, también aquí el valor de los españoles superará todas las dificultades y la superioridad de los franceses, en lo que es una alusión a las penalidades impuestas por el cerco francés a la fortaleza italiana. Pese al hambre y a las mejores condiciones de abastecimiento de los franceses, los españoles, esforzados y valientes, conseguirán vencerles y capturar al mismo rey Francisco [XIV, ixl]. Más digno que éste se mostrará entonces Carlos V, cuya clemencia y magnanimidad hacia el vencido harán de él un segundo César, puesto que no sólo lo liberará de la prisión sino que, además, lo casará con su querida hermana [XIV, xl].

Con esta visión triunfante y gloriosa de una de las gestas carolinas más sonadas, concluye la profecía de lo que es el anuncio de la llegada de un imperio hispánico que se extenderá de un polo a otro y que culminará con el reinado del Emperador —“Lengua humana no bastaría a contarte,/ Deste excelente César las hazañas,/ Y de lo dicho puedes contentarte,/ Dichoso tiempo aquel de las Españas,/ Dichosa tierra, y puedes alegrarte,/ Que tu gran rey, y tú las más extrañas,/ Y

remotas provincias de la tierra/ Has de mandar triunfando en cada guerra” [XIV, xli]. Gracias a estas visiones prospectivas, Espinosa traza una línea de continuidad que va desde la batalla de Roncevalles, pasando por el reinado de los Reyes Católicos hasta Carlos V, que constituyen momentos decisivos de la historia de España.

En Roncevalles, los españoles expulsarán a los franceses de las tierras ibéricas, manteniendo así su poder en ellas frente a la que entonces fuera la mayor potencia de Europa. Por ello, la victoria de Bernardo pasa a convertirse en un anuncio, el primero, que señala el traslado del poder del imperio franco de Carlomagno al imperio de Carlos V. Hasta que ello suceda, hasta que el Emperador y España se conviertan en el centro del mundo, asistiremos a la visión del creciente poder español dentro y fuera de los límites peninsulares. El reinado de los Reyes Católicos, por tanto, marca el fin del largo periodo de reconquista española. La victoria en Granada de los abuelos del actual Emperador representa, por tanto, al igual que la primera parte del *ecphrasis* del escudo de Eneas, la consolidación definitiva de un poder nacional dentro de las propias fronteras. Una vez unidas y pacificadas las tierras hispanas, serán los mismos Isabel y Fernando los que den principio al futuro imperio a través de las conquistas ultramarinas, que culminará en el reinado de su nieto, al que Dios reserva el gobierno del mundo entero. Las gestas de Carlos V, un nuevo Augusto y un nuevo Trajano, es decir, el más poderoso Emperador cristiano que jamás ha habido y habrá en la tierra, simbolizan, por tanto, el establecimiento de una nueva hegemonía en las dos mitades del mundo: la de España y el cristianismo. Con cada nuevo descubrimiento, con cada nueva victoria sobre sus enemigos –que son también enemigos de la fe cristiana- se amplía hasta límites insospechados ya no sólo el poder político de una nación sino también el poder de una religión. Así, conquista y cristianización, imperio y evangelización vienen a ser lo mismo, partes complementarias de un único proceso que responde al plan divino. Porque es Dios mismo quien ha elegido a España para gobernar el orbe terrestre.

***La visión prospectiva de las gestas carolinas: Mühlberg***

Una vez de vuelta a España, Cotaldo llega a una cueva donde descubre el sepulcro del mago Atalante, en cuya estancia está pintada su futura descendencia [XV, xvii-liii]. A continuación, se suceden las aventuras fantásticas de éste y demás personajes del poema hasta que, en el canto XXI, desencanta a Bernardo y a otros caballeros. Se reanuda entonces la narración de las gestas bernardinas que, en el canto siguiente, libraré a Marfisa, en compañía de su amigo moro Ferraguto, y vencerá en París a los Paladines de Carlomagno en una justa [XXIII]. Bernardo será, de hecho, el testigo de la última profecía del poema, aquélla que concluye la visión prospectiva de las gestas carolinas con la descripción de la victoria del Emperador en Mühlberg [XXXV]<sup>7</sup>. La situación de esta profecía respecto de la trama es asimismo muy relevante, puesto que no sólo es la última visión profética y, además, de la última gran gesta de Carlos, sino que al mismo tiempo, con ésta, de hecho, concluye propiamente el poema, después de haber asistido a la descripción de la batalla de Roncesvalles. La relación de la victoria bernardina con el devenir de España queda así poderosamente establecida.

---

<sup>7</sup> Una victoria a la que el poeta ha venido refiriéndose en algunos de los cantos que median entre la reaparición definitiva de Bernardo y la profecía y el fin del poema. En el canto XXIX (que sucede al que narra la boda entre Cotaldo y Marfisa y en el que Ferraguto, el amigo de Bernardo, consigue la ayuda del rey Marsilio para la futura batalla de Roncesvalles) aparece la primera mención a la victoria en Alemania, que señala la idea de que Carlos, como un nuevo Josué, contará con el apoyo y el beneplácito divinos: “Carlos V a quien el gran impero/ Con muy digna razón va de él cantando,/ Qu’el gran Septentrion firme y entero/ Hasta agora indomable, de él triunfando,/ En tierra de enemigos fue el primero,/ Que dellos se valiera, y peleando,/ El cielo le amostró como en l’antigo,/ Que como a Josué le fuera amigo.// En la Germania el gran César venido/ A tener la dieta acostumbrada,/ Sin tener ningún campo recogido,/ De pérfidos herejes rodeada,/ Su gran corte mostró, ser tan sabido,/ Como esforzado (según la jornada)/ Contra el Sajón el Albis nos declara,/ Con la fuerza española muy más clara” [XXIX, i-ii]. La mención de Josué es asimismo significativa por la relación de este personaje con la leyenda del Toisón de Oro y con la importancia que esta orden tendría en el reinado carolino. Al respecto, *vid. supra*. Una nueva alusión a la batalla de Mühlberg la encontramos en XXXI, i-iii.

Bernardo, tras acometer diversas empresas fantásticas, regresa a España, con gran alegría del rey Alfonso [XXXIII] y, juntos, se lanzan al encuentro de los francos en Roncesvalles. Ya antes de que se inicie la batalla tienen lugar extraños prodigios y el propio Marte presenciara, desde la quinta esfera, el combate. La victoria simboliza, según Espinosa, el momento en que el poder español se impondrá por encima de los antiguos imperios terrenales, en clara alusión a la noción de la *translatio imperii*:

“No pretendo cantar de los romanos,  
Su sobrada codicia fuera tiento,  
Ni de persas, ni edos, ni africanos,  
Pues su imperio pasara como el viento,  
Yo canto al valor de los hispanos,  
Y el defender su patria con contento,  
Que a la flor del Imperio han derribado,  
Y a cuerpos invencibles han sobrado” [XXXIV, ii]

Vencidos finalmente los franceses, Bernardo se dirige a un valle donde, tras luchar y vencer a un jayán y a una serpiente, entra en la morada de un sabio que lo conducirá a una sala decorada con pinturas que hacen referencia a las victorias futuras de Carlos V. El hecho de que el poema no haya finalizado tras la victoria española en Roncesvalles se explica internamente por el hecho de que queda pendiente de resolución una de las aventuras fantásticas: el desencantamiento de Angélica. Haber dejado inconclusa esta cuestión es lo que hace plausible, por tanto, que el poema se prolongue más allá del final de la acción principal y lo que permite, asimismo, que Bernardo, vencedor de los francos, asista a la visión de las futuras victorias carolinas, que cierra el poema y su lectura ideológica. Así, conducido por el anciano al interior de la estancia, el héroe admira la factura y la decoración de la misma que parece haber sido hecha “por mano más que humana, milagrosa” [XXXV, xliii, 4].

Embebecido ante la visión de las gestas representadas, Bernardo pregunta al sabio por las imágenes, el cual le responde que lo que ve es el futuro: “Este secreto está guardado,/ Hasta que el tiempo venga tanpreciado” [XXXV, il, 7-8]. Entonces le señala a Carlos V, a quien el mundo está esperando, que se dirige a Ratisbona para luchar “contra la indomable y fiera gente” [XXXV, l, 8] acompañado de sus nobles y soldados, entre los que destacan el marqués de Ferrara, el de Mantua [XXXV, li] y el duque de Alba [XXXV, lii]. Frente a ellos está “el feroz Sajón” [XXXV, lii, 5], acompañado de su gente fiera, que supera en número a los del “valiente español y nuevo Marte” [XXXV, lii, 8]. Carlos, a quien nada puede dañar, alza entonces su estandarte y se lanza con tal valentía sobre los de la Liga de Esmalcalda que éstos huyen despavoridos. De su primera victoria se regocijan los ríos de Alemania y a él se someterán sus pueblos y ciudades:

“Mira los sacros ríos celebrados  
 Con otros que produce la Alemaña  
 Prens, Danubio y Albis tan nombrados,  
 La alegría que muestran tan extraña,  
 Sus castillos verás todos postrados  
 A Carlos heredero de la España,  
 Cosa parecerá más que divina,  
 Rendirse Ulma, Augusta y Argentina” [XXXV, lvi]

Persigue entonces sin descanso el Emperador al duque de Sajonia y a los suyos, que habían huido a la ribera del río, donde se reanuda la fiera batalla, en la que destacan diez soldados españoles que, tras cruzar el río, se apoderarán de las naves enemigas [XXXV, lviii]. Se lanzan entonces al agua los guerreros húngaros, “de sangre de españoles producidos” [XXXV, lix, 2], seguidos por el duque de Alba y el César, cuya blanca armadura le destaca del resto, como unos segundos Agripa y Augusto en Actium. Bernardo contempla entonces al Sajón transformar su risa en llanto y “Por donde estiende Apolo el claro manto,/ Muy fijo estar el rojo y gran planeta,/ Dejando aquel correr de la estafeta” [XXXV, lxii, 6-8]. Sorprendido por el hecho de que el sol se haya detenido, pregunta Bernardo al

sabio la razón de aquel extraño prodigio, a lo que el anciano responde que el propio Marte había rogado a Apolo que prolongara el día lo más posible para guiar a Carlos hacia la victoria –“... Rogole Marte,/ Que al belicoso César bien guiaba,/ Que en tal día espuelas no calzase,/ Porque el veloce curso más durase.// Y así diera lugar a que la empresa/ Fenezca con la gloria soberana” [XXXV, lxiii, 5-8 y lxiv, 1-2]. Los mismos dioses que apoyaron a Augusto en Actium, Marte y Apolo, son ahora los aliados del rey de España<sup>8</sup>, cuya intervención es similar a la que Dios mismo obrara en ayuda de Josué y el pueblo de Israel<sup>9</sup>. Entonces, caen por fin los rebeldes y Bernardo ve al cabecilla rebelde implorando de rodillas clemencia al Emperador [XXXV, lxiv-lxv]. Con la rendición del enemigo se cierra la última *ecphrasis* profética de *La segunda parte del Orlando*. El sabio explica entonces al héroe que las gestas que acaba de contemplar quedarán allí custodiadas “Hasta que vuelva el sol su vuelta brava,/ Seiscientos, o más veces (según cuento)/ Quedando toda Europa con contento” [XXXV, lxv, 6-8].

Con la visión de la futura victoria de Mühlberg se cierra, por tanto, el largo ciclo histórico que conduce desde Roncesvalles hasta la última gran gesta del presente (recuérdese que el poema de Espinosa es de 1555), un periodo que cubre, por tanto, el progresivo ascenso de una nación, primero en el control y gobierno de sus fronteras para después extender su hegemonía, con el beneplácito divino, en el mundo entero. Así, la victoria de Roncesvalles constituye un prelude no sólo del futuro enfrentamiento entre España y Francia, sino también el inicio simbólico de su *dominium mundi*, marcado tanto por las conquistas ultramarinas como por las gestas del Emperador, en esencial la última, que, como ocurriera con Actium, simboliza el final de las discordias y la destrucción de la herejía protestante. Con ella se abre, por tanto, un nuevo periodo de esplendor en el que España dominará el mundo y lo someterá al cristianismo. Espinosa, como la mayoría de los poetas épicos quinientistas, convertirá, de acuerdo con la propaganda contemporánea, al

---

<sup>8</sup> También Marte, como hemos visto, contemplará desde el cielo la batalla de Roncesvalles. *Vid. supra*.

<sup>9</sup> Cfr. Josué, 10: 10-14.

impero hispánico en una entidad que es al mismo tiempo nacional, universal y cristiana y que superará, por tanto, al antiguo Imperio Romano. Sólo Carlos V, pues, podía llegar a ser el nuevo Augusto.



## Capítulo 11

### EL RONCESVALLES DE FRANCISCO GARRIDO DE VILLENA

El mismo año que Espinosa publicara su poema saldría de la imprenta de Juan de Mey *El verdadero suceso de la famosa batalla de Roncesvalles, con la muerte de los doce pares de Francia* del también valenciano Francisco Garrido de Villena, dedicada al infante don Carlos. Ambas obras no sólo coincidían en su fecha de publicación sino también en su forma e intenciones, puesto que el poema de Garrido de Villena constituye, como el de su compatriota, una imitación del poema de Ariosto desde una perspectiva nacionalista que explota la leyenda de Bernardo del Carpio y su participación en la batalla de Roncesvalles<sup>1</sup>. Al igual que el poema de Espinosa, el *Roncesvalles* se caracteriza por su estructura sinuosa y enmarañada, a causa de los innumerables episodios fantásticos y sentimentales que lo componen y que se superponen a la narración del conflicto franco-hispano. Ello implica, al igual que en *La segunda parte del Orlando*, que el protagonismo de Bernardo sea secundario frente al de otros personajes, especialmente el de Alberto, que al igual que el de Cotaldo, dominará con su presencia la mayor parte de las acciones maravillosas<sup>2</sup>.

El protagonismo de Alberto se debe al hecho de que el poeta ha hecho de él el ancestro, no de una familia española noble, como ocurría en *La segunda parte*

---

<sup>1</sup> A juzgar por el hecho de que el *Roncesvalles* sólo fuera reeditado en una única ocasión (Toledo, 1583), puede concluirse que fue el poema de Espinosa el que despertó mayor interés entre los lectores de la época. Cfr. Pierce [1966: 330]. Para un comentario del poema, cfr. Chevalier [1966: 116-122].

<sup>2</sup> Habrá que esperar casi treinta años para que Bernardo se convierta en el protagonista absoluto de un poema, como lo será en la obra de Agustín Alonso (1585), probablemente uno de los poemas más interesantes de este grupo. Al respecto, *vid. infra*.

*del Orlando* con el personaje de Cotaldo, sino de la propia monarquía austríaca. El héroe, descendiente del linaje de Troya y de Austria, será, por tanto, el antecesor mítico de Carlos V y de Felipe II. De esta forma, Garrido de Villena establece un vínculo entre la ficción y la realidad que pasa no sólo por la relación causal e histórica establecida entre la batalla de Roncesvalles y el conflicto hispano-francés contemporáneo –mediante Bernardo del Carpio–, sino también merced a la elaboración de una genealogía mítica que a través de Alberto enlaza el linaje austríaco con el del egregio héroe troyano así como con diversos héroes y personajes de la antigüedad<sup>3</sup>. Pero no sólo eso, sino que, por otra parte, al igual que Roncesvalles se propone como preludio del futuro enfrentamiento entre España y Francia, las aventuras amorosas del protagonista culminarán en su boda con Marfisa, un matrimonio que encierra una alusión clarísima a un acontecimiento reciente, como son los esponsales entre el entonces príncipe Felipe y María Tudor<sup>4</sup>. En su celebración de la unión entre Marfisa y Alberto, Garrido de Villena transmite el sentimiento de alegría que suscitó en España la alianza hispano-inglesa, que parecía confirmar el lugar preeminente a nivel político y territorial de la monarquía española en la Europa del quinientos y la reconversión de Inglaterra al catolicismo tras el cisma abierto durante el reinado de Enrique VIII.

Así, el *Roncesvalles* constituye, a través del relato de las aventuras y amores de sus caballeros fantásticos, no solamente un ejemplo temprano de poema caballeresco a imitación de Ariosto<sup>5</sup>, sino, fundamentalmente, una adaptación nacional y patriótica de éste, que encerraba claras alusiones al presente glorioso de España. El poema de Garrido de Villena, por tanto, era una obra de gran actualidad –cuya publicación no podía retrasarse excesivamente, lo que posiblemente explique la coincidencia de fechas con el de Espinosa– en la que las aventuras narradas, tanto

---

<sup>3</sup> Véase *infra*.

<sup>4</sup> El tratado matrimonial se firmó en julio de 1554.

<sup>5</sup> Y, en algunos momentos, de Boiardo, cuyo *Orlando Innamorato* fue traducido por el propio Garrido de Villena. Su traducción, la primera de este autor italiano en nuestro país, fue publicada el mismo año que el *Roncesvalles*, y fue reimpressa, al menos, en un par de ocasiones (Alcalá, 1577 y Toledo, 1581). Cfr. Pierce [1968: 366].

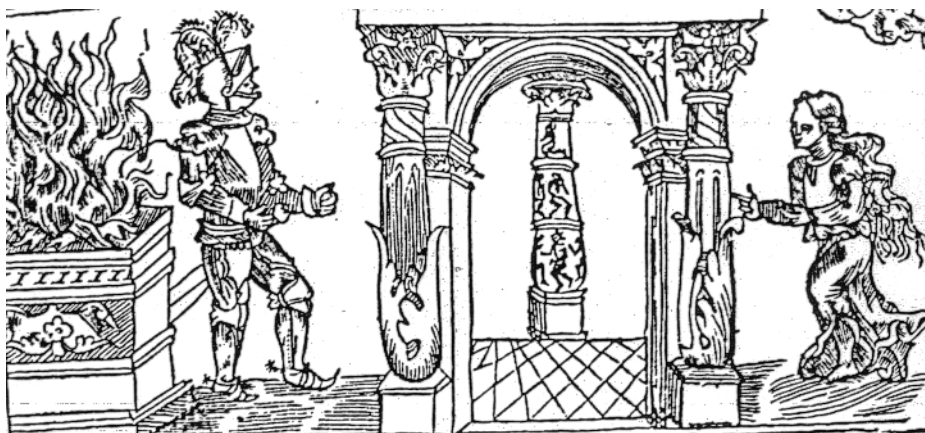
las reales (Roncesvalles) como las fantásticas, guardan una clara relación con el presente histórico de la monarquía española, a las que sirven como marco de alabanza. Evidentemente, la lectura política y propagandística que subyace en las acciones referidas cristaliza simbólica y poderosamente en las profecías en las que se traba la relación entre poesía e historia.

La acción principal del *Roncesvalles* es prácticamente idéntica que la de *La segunda parte del Orlando*. El poema se abre con la decisión del rey Alfonso el Casto de librar a España del paganismo, para lo cual pide ayuda a Carlomagno. Los principales del reino, en especial su sobrino Bernardo del Carpio, se oponen, indignados, a que su reino sea entregado a Francia y hacen cambiar de parecer al monarca. El emperador francés se niega, una vez recibida la primera embajada, a cambiar sus planes. Bernardo pedirá entonces al rey Marsilio que los ayude a combatir al tirano y, así, ambos ejércitos se enfrentarán en Roncesvalles, donde serán abatidos los doce pares, vencido Carlomagno y liberada España. A lo largo de los treinta y seis cantos que forman el poema, esta acción será interrumpida por las aventuras de los distintos personajes, durante las cuales tendrán lugar los cuatro anuncios proféticos que vinculan la acción ficticia con la historia reciente de España.

### ***La genealogía mítica de la Casa de Austria***

Alfonso ha enviado ya la primera embajada a Carlomagno, a lo que sigue la oposición de sus nobles y la petición de ayuda al rey Marsilio por parte de Bernardo [I]. Mientras tanto, se suceden dos aventuras fantásticas paralelas: Roldán y Angélica son encantados por una maga enemiga del rey de Francia y el Duque de Lorena llega a un castillo en el que, según le ha referido un anciano, está escondida una maravilla [II]. Allí encuentra a Alberto, al que libera, y juntos llegan al campo del Emperador. De allí, Alberto parte en busca de Roldán y por el camino encuentra a Melisa, que lo conduce hasta una torre donde, en unas columnas, verá

esculpida la historia pasada y futura de su estirpe [III], cuya *ecphrasis* ocupa la totalidad del canto IV.



Anónimo, 'Melisa muestra a Alberto la historia de su linaje', grabado del canto IV.

La doncella dice a Alberto, al que llama “Cesáreo espíritu” [IV, i, 1], que su estirpe posee un noble y antiguo origen y que, a partir de ahora, ya no hablará con espíritu humano sino divino, puesto que ha sido arrebatada por un “furor soberano” [IV, iii, 5]. Entonces le anuncia que el cielo ha reservado a su casta heroica un destino inmortal, que en las columnas podrá ver el pasado y el futuro y alude al matrimonio de Felipe y María –y, asimismo, al del propio Alberto con Marfisa: “... tú verás a España/ junta y unida a Gran Bretaña” [IV, 5, 7-8]. A continuación, Melisa inicia la descripción de las distintas figuras esculpidas en las columnas, que están encabezadas por Noé [IV, vi], quien, por orden divina, renovó el mundo. Tras él, sigue su hijo Cam, [IV, vii, 1-4], en representación de los patriarcas bíblicos. A ambos sucede Osírides, “que ha sido rey primero/ de los egipcios” [IV, vii, 7-8] y bajo cuya figura se alude al dios Osiris<sup>6</sup>. De Israel a Egipto, el siguiente es el héroe griego Hércules [IV, viii, 1-2], al que Maximiliano I incluyera en su genealogía mítica. A éste suceden Tusco y Altheo, reyes de la Toscana e Italia, respectivamente [IV, vii, 3-6], y, tras enumerar a sus descendientes, el árbol

<sup>6</sup> La genealogía mítica de Garrido de Villena ofrece muchos paralelismos con la que posteriormente hará Agustín Alonso en su *Bernardo*, XIII. Al respecto, véase *infra*, cap. 14.

genealógico abraza también la leyenda troyana, a través de Dárdano, su mítico fundador [IV, ix], y sus sucesivos reyes desde Tros hasta Príamo [IV, x].

Fueron los descendientes de éste los que extendieron el linaje por el centro de Europa tras la destrucción de la mítica ciudad. Su hijo Antenor [IV, xi] fue a la región de los escitas, hasta que uno de sus descendientes, Friso, pasó de Alemania a Sajonia, y el hijo de éste a la Galia, que fue llamada Sicambria en su honor [IV, xii]. Hasta aquí, Melisa ha referido a Alberto su ascendencia troyana y cómo ésta se extendió por Europa, en lo que es una síntesis de los imperios antiguos y una clarísima *translatio imperii* que llegará, finalmente, de Egipto a España. Establecidos, por tanto, los descendientes de Dárdano en Francia, las siguientes imágenes son las de los diversos reyes troyanos que gobernaron la Galia [IV, xiii-xv] para, de éstos, pasar al linaje de los francos, encabezado por Franco, el nuevo rey descendiente de Troya, cuya fama dio nombre al reino: “Porque el hijo, que Franco se ha llamado/ que ves allí dio nombre al reino todo,/ de Franco Francia el reino se ha nombrado/ y llamárase siempre deste modo” [IV, xvi, 1-4]. Tras él vienen todos los reyes descendientes de este linaje y del godo [IV, xvii-xxiii], entre los que destacan Hilderico [IV, xxiv, 1-4] y Clodoveo, el primero de los reyes cristianos de Francia: “... y luego el buen Cristiano/ primero rey llamado Clodoveo/ digo primero en conocer primero/ la fe de Jesucristo verdadero” [IV, xxii, 5-8].

Del último de los francos viene a continuación el que fuera primer duque de Alemania, Siguberto [IV, xxiv, 1-4], cuyo hijo, Odoberdo, fue el primer conde Habsburgo [IV, xxiv, 5-8]. Llegado este punto, la *ecphrasis* pasa ahora revista a los ancestros austríacos de Alberto [IV, xxiv-xxvii], deteniéndose brevemente en Otón I, su abuelo [IV, xxvii-xxviii], cuyo hijo, Vernerio, es el supuesto padre de Alberto, que también aparece en la *ecphrasis* [IV, xxix, 5-8]. Su presencia marca, por tanto, el paso del pasado al futuro. Si lo que hemos visto hasta ahora eran los ancestros de su linaje, que se remontan hasta los patriarcas bíblicos, pasando por los dioses egipcios, los héroes mitológicos y la estirpe troyana, con los condes alemanes hemos llegado al final del trayecto genealógico pasado para pasar a la contemplación de un futuro glorioso, que culminará con los monarcas austríacos de España, bajo cuyos reinados se vislumbra el retorno al mundo de la Edad de Oro.

Así, los más directos descendientes del personaje son, de hecho, los ancestros austríacos más inmediatos de Carlos V y Felipe II. El primero es Rodolfo I, que “de Romanos Rey será llamado” [IV, xxxi, 4] y que encabezará una estirpe cuya virtud espantará al siglo. Tras él, Alberto III, primer duque de Austria [IV, xxxii]. A ambos siguen sus distintos sucesores en orden cronológico [IV, xxxiii-xxxviii] hasta llegar a Federico I [IV, ixl, 1-4], padre del Emperador Maximiliano I [IV, ixl, 5-8] y bisabuelo de Carlos V. El siguiente es Felipe el Hermoso, que “Archiduque será en aquel estado/ de Austria y rey de España” [IV, ixl, 7-8], del que nacerá aquél cuyas gestas no dejarán un instante de reposo a los cronistas:

“Deste saldrá invictísimo suceso  
 los reinos de Aragón serán juntados  
 con el valor de aquél que te confieso  
 con Castilla y León confederados.  
 De sus hazañas se hará proceso  
 los coronistas quedarán cansados  
 y no podrán poner aún por distinto  
 toda la historia deste Carlos quinto.” [IV, xli]

Según le refiere Melisa, Carlos será llamado al trono de España y, todavía un mozo, será coronado emperador de Alemania [IV, xlii]. Sus grandes y esforzadas hazañas están pintadas en muchas partes –“sus hazañas verás que están pintadas/ de agora en muchas partes retratadas” [IV, xlii, 7-8]-, pero la doncella no se detiene en ellas, puesto que, como dice, Alberto podrá conocerlas más adelante, remitiendo así a una futura profecía del poema<sup>7</sup>: “Por esto agora aquí no me detengo/ que mientras durara vuestra jornada/ se verá este blasón que será luengo/ y la historia ya está profetizada.” [IV, xliii, 1-4]. Así, le anuncia que ya que está llegando “al fin de la materia comenzada” [IV, xliii, 6], al final de la relación de sus futuros descendientes y, por ello, le señala ahora a Felipe, hijo de Carlos [IV, xliii, 8], a quien el cielo tiene reservado un “felice hado” [IV, xxiv, 1], y que, tras

<sup>7</sup> Concretamente, las dos *ecphrasis* proféticas de los cantos XVIII y XX.

haber dejado un fruto en España, el infante don Carlos, hijo de su primer matrimonio, se unirá a Gran Bretaña y pasará a ser el heredero del rey Eduardo III: “Y verás aquí un árbol señalado/ enjerto en él de cómo ha procedido/ en treceno lugar el rey de España/ de Eduardo rey de Gran Bretaña” [IV, xlv, 5-8]. También aparece cincelada la imagen de María, cuyo árbol genealógico está vinculado al de su futuro esposo [IV, xlv], no sólo por su futuro enlace, puesto que María, nieta de los Reyes Católicos, era tía de Felipe, de forma que su matrimonio no es tanto una unión dinástica como, en cierta forma, una “reunión” de dos ramas emparentadas de una misma dinastía. De esta forma, la unión de Alberto y Marfisa, ambos ancestros de la Casa de Austria y de Eduardo de Inglaterra, se convierte en un prelude mítico del gran episodio contemporáneo que es el matrimonio de Felipe y María, que significaba no sólo la unión política de dos naciones sino, sobre todo, una alianza entre dos miembros de una misma dinastía, de clara raigambre española, mediante la cual se sanciona el poder hispano en la Europa contemporánea.

Por ello, la unión de Felipe y María marca simbólicamente el advenimiento de la Edad de Oro, de una época esplendorosa en la que un descendiente hispano del linaje de Alberto dominará el mundo: “mira primero de la edad dorada/ la gran felicidad, la gloria entera/ de la española Hesperia verdadera.” [IV, xlv, 6-8]. Éste será don Carlos, hijo de Felipe y dedicatario del poema de Garrido de Villena: “Deste Felipe, hijo del Monarca,/ de Carlo quinto Emperador romano,/ otro Carlo saldrá y el mundo abarca/ este nombre por nombre soberano” [IV, xlvi, 1-4]. Es aquí donde se aprecia justamente la actualidad y oportunidad del *Roncesvalles*, puesto que nada hacía preveer, en el momento en que fue escrito y publicado el poema, lo que había de suceder posteriormente: la muerte de don Carlos en extrañas circunstancias y la de María Tudor, con la subsiguiente pérdida del trono inglés por parte de Felipe II. Ello permite apreciar perfectamente cómo el poeta reinterpreta el pasado a la luz de su presente inmediato que, con la reciente alianza matrimonial y la seguridad de un heredero, hacía de España la nación más poderosa e influyente de su tiempo. Este enlace es, precisamente, lo que Garrido de Villena pretendía celebrar a través de los amores de Alberto y Marfisa en el poema, acción que, vinculada a la victoria española en Roncesvalles, dan la medida de su mensaje

fundamentalmente político y patriótico. Mientras Roncesvalles simboliza la futura victoria sobre Francia, el matrimonio de Alberto y Marfisa preludia la futura unión de España e Inglaterra. A través de estas dos tramas el poeta construye un mensaje propagandístico que (en el caso de esta profecía) justifica y ensalza genealógicamente la hegemonía política de España en occidente y, gracias a las posesiones americanas, a las que aludirá a continuación, en el mundo entero.

Así, el futuro (y nunca coronado) Carlos VI, siguiendo el ejemplo de su abuelo, expulsará a los paganos de Tierra Santa [IV, xlvii], someterá bajo su monarquía “la más remota gente” [IV, xlviii, 4] y establecerá en todas las regiones del mundo su ley divina. El infante don Carlos, por tanto, es aquél bajo cuyo mandato renacerá definitivamente la Edad de Oro, una época de concordia y paz universal cristiana y española, que empezará a construirse en el reinado de Carlos V, es decir, en el presente. El mensaje político de esta primera *ecphrasis*, por tanto, es la materialización mítica y simbólica, en forma de *prospectus genealogicus*, de la gran esperanza depositada en el matrimonio de Felipe y María y la existencia de un heredero español del gran imperio de Carlos V:

“Felice y cuán felice ínclita España  
que desde agora te comienza el hado  
a sublimarte por tan gran hazaña  
como agora en el mundo se ha empezado.  
Veráse agora la victoria extraña  
y el triunfo para quién está guardado  
que es menester que esté bien sublimada  
para que llegue aquella edad dorada.

Venir veréis el infelice agüero  
que jamás pensaréis que ha de haber sido,  
comenzará a venir a vuestro impero  
lo que el cielo le tiene prometido.  
Mas es principio de lo venidero



que en el tiempo que Carlos será ungido  
 el que quinto será por este nombre  
 a eternizarse mucho más que hombre.” [IV, il-1]

El “agora” es una clara alusión al lector contemporáneo, al entonces súbdito, como el propio poeta, de Carlos V, al que señala como claro receptor de la “profecía”. En cuanto a Alberto, Melisa lo celebra como el padre de tan insigne prole y le asegura el próspero hado que la providencia ha sancionado para los suyos [IV, li]. Tras finalizar la genealogía en don Carlos, la *ecphrasis* se cierra con la alabanza de éste y de Felipe II, del que dice que “Del padre y del abuelo la gran fama/levantará, teniendo Monarquía/ de su poder, cuya encendida llama/ hará acordar allá mi profecía” [IV, liv, 1-4]<sup>8</sup>.

Esta primera profecía justifica enteramente la importancia concedida a las aventuras de Alberto en el poema al tiempo que materializa la alabanza de la monarquía hispana y la justificación de su ambición universal, merced a una genealogía que no sólo vincula a los Austrias con héroes míticos de la antigüedad, como Hércules y Dárdano –y, por tanto, con Eneas y sus supuestos nietos romanos– y con personajes bíblicos, sino que, al mismo tiempo, a través de este enlace dinástico, hace de los descendientes españoles los únicos herederos del gobierno de todo occidente y del mundo entero. En la genealogía subyace asimismo la idea de la *translatio imperii*, de un imperio que superará, en poder y extensión, a los más importantes de la antigüedad, desde Israel, pasando por Egipto, Grecia y Roma hasta llegar a la España carolina, el imperio más poderoso del mundo, cuyo rey, Carlos V, hará renacer la esperanza de la llegada de la Edad de Oro.

---

<sup>8</sup> A continuación, Melisa se dispone a mostrar a Alberto el árbol genealógico de los reyes de Inglaterra, que no se refiere.

***Anuncio del Descubrimiento y visión de las futuras reinas de España***

Tras abandonar la torre donde ha contemplado el futuro de su estirpe, Alberto parte en busca de Roldán y Angélica para desencantarlos, mientras que llegan a España nuevas de Carlomagno y se declara la guerra [VI]. A ello siguen diversas aventuras de Bernardo [VII-VIII] y de Alberto, que consigue desencantar a ambos enamorados y, a petición de Melisa, va en busca de las armas de Aquiles, escondidas por un mago [IX], que ganará tras diversas aventuras [XIII]<sup>9</sup>. Para ello, deberá embarcarse en una nave que le habrá proporcionado la maga, que lo conducirá desde Austria hasta Asia. Allí verá Constantinopla, visión que suscita un lamento por el dominio pagano de Tierra Santa y la esperanza de que España será quien la recupere para el cristianismo [XIII, xi-xii] y contemplará el estado ruinoso de la antigua Grecia [XIII, xv-xx]. De regreso de su viaje, entrega las armas a Melisa y salva a Marfisa de un peligroso trance, tras el cual, la maga los conducirá a ambos a la casa de Merlín [XIV], donde podrán contemplar “La honra ... de España aquí pintada/ del venidero siglo y más jocundo./ Felice será el siglo venidero/ y España sobre todo el hemisferio” [XIV, xcvi, 5-8]. Una vez más, Alberto, y ahora también Marfisa, ancestros de los actuales monarcas españoles, verán a dos de sus nietos más destacados –Fernando el Católico y Carlos V- y a las reinas y princesas españolas, en lo que es una *ecphrasis* profética sustentada en una

---

<sup>9</sup> La entrega de las armas de Aquiles simboliza la sucesión del poder imperial de una nación, en este caso Grecia, a otra, que será, en el futuro que representa Alberto, España (más adelante, Bernardo ganará las armas de Eneas, *vid. infra*). La idea de la *translatio imperii* aplicada a la transmisión de las armas de un héroe famoso de la antigüedad a otro cuya trayectoria está vinculada al presente tuvo bastante fortuna y el hecho de que con ellas se aluda a la futura posesión del mundo por parte de una raza demuestra que las aventuras por la recuperación de tan heroicas armas suele estar seguida de una visión del mundo y de un anuncio de su futura dominación por parte de una nación. Prueba de ello es que también Nicolás Espinosa recurrirá a una aventura paralela en *La segunda parte del Orlando*, en el que Cotaldo, el mítico ancestro de los Centellas, conseguirá también ganar las armas de Aquiles, véase canto IX. Por otra parte, el episodio es también una genealogía literaria mediante la que el poema enlaza con la épica clásica de la que se propone como continuación.

autoridad genealógica de clara raigambre española, que completa la genealogía masculina de la prospección anterior.

Tras una descripción del fantástico castillo de Merlín, Melisa conduce a los dos personajes al interior de una sala, donde pueden ver la estatua de “un gran señor que a lo que yo imagino/ mostraba poca edad, y el rostro grave/ con el mundo en la mano y de él la llave” [XV, ix, 6-8]. En su cabeza lleva “la corona del Imperio” [XV, x, 1] y, según les refiere la maga, “Felice será el tiempo venidero/ cuya inmortalidad, cuya grandeza/ en el que véis ha de mostrar el cielo/ el encerrado mundo deste suelo” [XV, x, 5-8]. La figura es, naturalmente, la de Carlos V, “que en tierna edad ha de mandar al mundo” [XV, xi, 2] hasta el día en que decida retirarse “al más felice reino muy jocundo/ más fértil, más gentil, más afamado/ que España se llamó y será llamado” [XV, xi, 6-8]. Su fama será tan grande que se extenderá no sólo por este mundo sino que alcanzará “al remoto” [XV, xii, 3] y su hado venturoso será el mismo que guió a su abuelo, Fernando el Católico, en el que “... comenzarán a ser nombrados/ los hechos dignos de inmortal memoria” [XV, xiii, 3-4], al haber librado a España de los infieles. En el tiempo de este rey ocupará la silla de Pedro otro español de ilustre cuna, el futuro Papa Alejandro VI. Melisa refiere a continuación el conflicto entre Alfonso V de Portugal y Fernando, resuelto a favor de éste último –“Dejando al castellano invicto Marte/ la monarquía exenta y señalada/ de todo cuanto a dentro descubriere/ con el poder exento que quisiere”. Las hazañas del Católico, a las que sumará a continuación el descubrimiento de América son, por tanto, la base principal sobre el que se sustentará el futuro imperio carolino.

Así, tras la victoria sobre Portugal, símbolo del poder hispano en toda la península, Melisa describe a los futuros esposos las pinturas en las que Merlín ha profetizado la conquista de las Indias. Aparecen primero las Canarias [XV, xvii-xviii], desde las cuales, los españoles encabezados por Colón llegaron a Cuba [XV, xix-xx] y, finalmente, al continente [XV, xxi], donde deberán luchar con los paganos caníbales. A las hazañas colombinas siguen las de Magallanes [XV, xxii], las de Hernán Cortés en Méjico [XV, xxiii] y las de Pizarro en Perú [XV, xxiv-xxv]. Tras la visión de las gestas españolas con las que Merlín ha dejado noticia del

“Felice tiempo cuya gran memoria/ según será en la edad que es venidera” [XV, xxviii, 1-2], Melisa les muestra los retratos de diversas damas futuras, encabezadas por las pertenecientes a la monarquía española.

La primera es, naturalmente, Isabel de Castilla, representada como Diana y Palas Atenea, por su castidad y espíritu guerrero, similar al de Marte [XV, xxx]. Tras ella, ven la efigie de su hija, doña Juana, madre de Carlos V [Xv, xxxi], seguida de la Emperatriz Isabel, su esposa [XV, xxxii-xxxiii]. Cierra la visión de las reinas y princesas españolas, María de Portugal, primera esposa de Felipe II, muerta poco después de haber dado a luz al infante don Carlos [XV, xxxiv-xxxvi], y doña Leonor y doña María, hermanas del César [XV, xxxvii-xxxviii]<sup>10</sup>. Se trata, por tanto, no sólo de insistir de nuevo en el futuro gobierno universal de España, fundamentalmente a través del elogio de Fernando el Católico y Carlos V, concediendo aquí relevancia al descubrimiento de América, sino también de rendir tributo a las reinas de España, en especial a Isabel de Castilla, apelando a la filiación española de Carlos y a la centralidad castellana de su imperio, lo que explica, por tanto, esta segunda *ecphrasis* centrada en la enumeración de las reinas y princesas de España. Si en la primera, lo fundamental era enlazar el linaje austríaco con los imperios y los héroes del pasado, en ésta se ensalza, por tanto, la naturaleza esencialmente hispánica de la estirpe y de su poder, cerrándose de esta forma la visión sucesiva de la *translatio imperii*, cuya culminación es el imperio hispánico.

Tras estas dos visiones genealógicas en las que se sanciona el carácter mítico de la estirpe futura de Alberto y Marfisa, sólo nos queda asistir, como Melisa refiriera en la primera profecía<sup>11</sup>, a la contemplación prometida de las gestas carolinas, que centran el interés de las dos siguientes prospecciones<sup>12</sup>. Se establece de esta forma una clara diferenciación entre ambos tipos de profecías, una estrictamente genealógica y otra que consiste en la descripción de hechos, que

<sup>10</sup> La *ecphrasis* profética concluye, de hecho, con la visión de diversas damas ilustres contemporáneas.

<sup>11</sup> *Vid. supra*.

<sup>12</sup> En concreto, XVIII, xliv-lxxxviii y XX, lxxxviii-xcvi.

coincide con la importancia de los personajes de Alberto y Bernardo. Así, la trama protagonizada por Alberto culmina con su matrimonio con Marfisa, en tanto que se propone como preludio simbólico de la futura boda entre Felipe II y María Tudor, mientras que la de Bernardo del Carpio lo hace en la batalla de Roncesvalles, como prefiguración de la guerra hispano-francesa contemporánea. De esta forma, las dos tramas principales del poema –sentimental y “genealógica”, una, legendaria y bélica, la otra- coinciden con la naturaleza de las profecías y su significación.

### *Dos visiones de las gestas futuras de Carlos V*

La primera visión de las gestas carolinas tiene lugar tras el primer encuentro de Bernardo y Roldán [XVI y XVIII], que luchan entre sí denodadamente. El duelo se interrumpe durante el canto XVII para reanudarse en el siguiente. En él, los hermanos Grifón y Aquilante, hijos de Oliveros, descubren a un gigante herido de muerte encima de una tumba [XVIII, xxx]. Cuando ambos se acercan, éste expira y desaparece ante sus ojos. Entonces, se acercan a la lápida de mármol, en la que leen que allí podrán contemplar el gran secreto de Merlín. La tumba posee una obertura por la parte superior, por la que los dos hermanos llegan a una espaciosa estancia con una tumba en el centro, en la que encuentran a un anciano [XVIII, xl]. Éste les informa que están ante el sepulcro del mago Merlín y les indica que en una de las paredes verán pintada “una empresa de Francia mal pensada” [XVIII, xliii, 3], que no es otra que la derrota de los francos en Roncesvalles<sup>13</sup>. En ella, verán las figuras de los Pares de Francia a tamaño natural, aquellos guerreros antes invencibles y que ahora serán derrotados. Esta batalla, les dice el anciano, señalará el fin de la feliz era de Carlomagno -“Felice en vuestra edad se ha sustentado/ la monarquía del hijo de Pipino./ Valerosas empresas ha acabado./ Véislas allí con su fatal destino.” [XVIII, xliv, 1-4]- que volverá a renacer al cabo de algunos siglos: “Hasta

---

<sup>13</sup> Una vez más, como en el poema de Espinosa, serán los franceses los elegidos para contemplar su futura derrota frente a los españoles.

que vuelva como la primera/ una que tenga nombre de dorada./ Ésta será cuando sus cumplimientos harán los años con el mil quinientos” [XVIII, xlv, 5-8].

De esta forma, la profecía vincula el glorioso imperio de Carlomagno con el de Carlos V, haciendo uso de una idea sumamente extendida en la propaganda carolina. Carlos es, por tanto, el segundo Carlomagno, pero su imperio se extenderá más allá de occidente hasta abarcar el orbe terrestre ya que su hado, no satisfecho con “este sacro imperio suntuoso,/ porque no pueda haber a él segundo/ descubrirá un grande y nuevo mundo” [XVIII, xlvi, 6-8]. A continuación, el anciano refiere a los dos jóvenes el descubrimiento de América, que hará del imperio carolino el mayor de cuantos ha habido en el mundo, en lo que es una clara materialización de la *translatio imperii*:

“Ni el asiro monarca, ni aún el medo,  
el pérsico, ni aquel feroz greciano  
ni el poder del imperio que tan ledo  
ha sustentado el nombre de romano,  
Todos estos ni el vuestro decir puedo  
que ensalza vuestra Galia Carlo Magno  
tanto poder tuvieron tan distinto  
como aquél que ha de ser de Carlo quinto.” [XVIII, xlviii]

Lo que sigue a esta presentación del imperio hispano bajo Carlos V es la enumeración de sus gestas. La primera es la que se refiere a la pacificación de la revuelta de los Comuneros [XVIII, il-ilx], a la que el poeta califica como una pestilencia que irá extendiéndose por España y a la que “el nuevo Marte” [XVIII, il, 1] y sus valerosos nobles perseguirán incansablemente hasta darle muerte. Su poder se extenderá entonces por África y por el Nuevo Mundo, lo que le valdrá ser considerado ya no sólo un segundo Carlomagno, por haber heredado el Imperio Romano de occidente, sino también un segundo Augusto, puesto que, al igual que el primer emperador, sus estandartes se posarán en los confines más reconditos del mundo: “también sabrán en la remota parte/ del nuevo mundo quien será este Augusto” [XVIII, ilx, 3-4]. A esta alusión de su poder universal, sigue la visión de

la victoria obtenida ante Francisco I en Pavía [XVIII, ilx, 5-8-lx], que le valdrá el gobierno de Italia –“... una nueva diadema/ que ha de poner a toda Italia espanto” [XVIII, lx, 3-4]- y la conseguida en Mühlberg frente a los príncipes protestantes de la Liga de Esmalcalda [XVIII, lxi-lxii], cuya victoria teñirá de sangre el Danubio más que en su día los griegos hicieran lo mismo en el Janto. Como punto final de las gestas carolinas, Merlín ha pintado la expulsión de Solimán el Magnífico de Viena [XVIII, lxiii].

Tras este apretado resumen de las principales victorias del Emperador, los dos hermanos contemplan la efigie de Felipe II, de quien el anciano anuncia que será coronado rey de Inglaterra y de España, un dominio que podrá incluso llegar a extenderse a Francia mientras que su primo Maximiliano heredará la titularidad del imperio [XVIII, lxv]. Sigue a la visión de ambos, la mención de la victoria conseguida en Granada [XVIII, lxvi] y el catálogo de los principales héroes de Carlos V [XVIII, lxvii-lxxvii]. Cuando el anciano se dispone a proseguir la descripción de las pinturas, se escucha en la estancia un gran ruido y fieros bramidos. Encomendando a los dos hermanos al destino, el viejo se despide y deja a los dos jóvenes turbados por lo que acaban de ver [XVIII, lxxviii]. Entonces, se oye una voz desde la sepultura que pronuncia un lamento por Francia. Grifón y Aquilante, que aunque la han oído no aciertan a comprender, vuelven a mirar la pintura, esta vez sin la guía del anciano, y contemplan a un fiero león destruyendo un campo de lirios. Cuando ya no queda ninguno, el mismo león aparece sentado, llevando en su cabeza la corona de España. A éste se une poco después un águila de dos cabezas que abraza Alemania, junto a dos columnas con la divisa del *Plus Ultra*:

“Veían el león después sentarse  
 tomando una corona y dice España.  
 Después con él veían ayuntarse  
 un águila que el reino todo apaña.  
 Después de dos cabezas adornarse  
 abrazando el imperio de Alemania  
 con dos columnas bajo el rostro fiero,

## Plus Ultra dice dellas el letrero” [XVIII, lxxxvii]

La última imagen de la *ecphrasis* es una visión profética del triunfo español en Roncesvalles al tiempo que una recapitulación de todos los episodios contemplados por los dos hijos de Oliveros. De esta forma, Roncesvalles aparece ahora claramente vinculada al devenir de la nación mediante la conjunción de diversos elementos heráldicos. El león que devora los lirios constituye una alusión simbólica a la(s) victoria(s) de España sobre Francia, una nación que, con el paso del tiempo, se unirá al águila de dos cabezas, símbolo del imperio. Lo último que ven los dos personajes es, de hecho, el estandarte personal de Carlos V y de su monarquía: la unión de España y Alemania, el león y el águila bicéfala, entre las dos columnas de Hércules con la divisa del *Plus Ultra*, con las que se alude a que el poder del Emperador y rey de España se extiende más allá de éstas, tal como se refería en la *ecphrasis* profética respecto del descubrimiento y conquista de América. Los dos hermanos son incapaces de comprender esta última visión –“de lo postrero nada han entendido” [XVIII, lxxxviii, 2]-, lo que indica que la *ecphrasis* está dirigida fundamentalmente al lector contemporáneo, este sí capaz de establecer los vínculos trazados por el poeta entre la legendaria batalla de Roncesvalles, las gestas españolas recientes y la glorificación del imperio carolino en la pintura de Merlín.

La última de las profecías del *Roncesvalles*, la más breve y quizá la menos interesante, concierne de nuevo a las gestas carolinas, en concreto a una que ya ha sido aludida en la anterior, como es la expulsión del turco de Viena<sup>14</sup>. Tras esta

---

<sup>14</sup> Ésta se encuentra cincelada en las puertas de una cueva a la que llegará Marfisa [XX, lxxxvii]. En ellas contempla “un grande mar bien figurado” [XX, ix] repleto de naves. En las primeras ondean los estandartes de la media luna, mientras que una filacteria revela que se trata del “gran señor de gentes conocidas/ de nombre se llamó el gran Otomano” [XX, xc, 6-7]. Al otro lado, puede verse el reino de Hungría y la ciudad de Viena, cuyas gentes se muestran aterrorizadas ante la llegada del turco [XX, xci]. Éste, fiero, se aproxima a la ciudad pero, simultáneamente, puede verse al “bravo león” [XX, xciii] que ha embarcado en España, que “De tierna edad habrá de coronarse/ de tres coronas apañando el mundo/ y de sacro su nombre ha de adornarse/ y en la tierra será César



última profecía, el poema prosigue con la narración de las aventuras de los protagonistas, entre las que destaca una que le acontece a Bernardo en el templo de Delos, donde el sacerdote encargado de su custodia le mostrará una pintura de las esferas del mundo, tras lo cual el héroe hispano ganará las armas de Eneas<sup>15</sup>, del mismo modo que anteriormente Alberto se hiciera con las de Aquiles<sup>16</sup>. Concluidos, uno tras otro, los diversos episodios fantásticos, el poema concluye con la descripción de la victoria de los varones españoles en Roncesvalles.

Antes de la narración de esta relevantísima batalla, que conforma la acción principal de la obra, el lector ha asistido a cuatro anuncios proféticos que establecen una vinculación entre este episodio de la historia remota con el presente de la España carolina. De esta forma, el lapso de tiempo transcurrido entre ambos acontecimientos –especialmente en las prospecciones genealógicas- se perfila como la historia del progreso hispano hacia el *dominium mundi*, que le corresponde en tanto que en su actual rey convergen los árboles genealógicos de los imperios anteriores. Asimismo, en su alabanza de la monarquía austríaca, Garrido de Villena centra su atención en unos esponsales que, al igual que la propia monarquía, llenaban de esperanza a toda la nación, una esperanza de paz y concordia que se proyecta hacia el futuro, hacia esa Edad de Oro mítica que antes fuera romana y ahora había de ser fundamentalmente española.

---

segundo” [XX,xciv, 1-4]. Cuando los paganos tienen noticia de la llegada de éste, huyen despavoridos sin ni siquiera esperarlo [XX, xcv-xcvi].

<sup>15</sup> La visión se abre con la visión de Júpiter [XXXI, xiii], seguida de la de los continentes terrestres [XXXI, xiv-xxii]; los mares [XXXI, xxiii-xxv]; y, de nuevo, la esfera celeste [XXXI, xxvi-xl].

<sup>16</sup> Sobre la simbología de las armas, véase *supra*, n.9.

## Capítulo 12

### EL LIBRO DE ORLANDO DETERMINADO DE MARTÍN DE BOLEA Y CASTRO

En 1578, Martín de Bolea y Castro daría a la imprenta leridana de Miguel Prats su *Libro de Orlando determinado, que prosigue la materia de Orlando Enamorado*, el cual, como reza su título y afirma el mismo autor en el prólogo<sup>1</sup>, se presenta como una continuación del poema de Boiardo<sup>2</sup>. No obstante, según explica Chevalier [1966], la imitación del *Orlando Innamorato* es prácticamente inexistente, mientras que la obra del autor aragonés exhibe bastantes deudas con el *Espejo de caballerías*, una compilación de materia caballeresca cuya primera parte es, de hecho, una prosificación del *Furioso* y que el autor se guarda de citar. Pese a la continuidad aparente que el poema mantiene con la obra de Boiardo y Ariosto en lo que se refiere a los personajes y a diversos episodios, lo cierto es que el *Orlando determinado*, frente a las demás obras de este grupo, ofrece mayores similitudes con las novelas de caballerías. Quizá lo más relevante sea que Bolea y Castro es el primero en mezclar los personajes ariostescos con los del romancero. Aún así, el poema no posee ni el atractivo de los de Espinosa y Garrido de Villena ni su evidente voluntad de proseguir la materia ariostesca con una finalidad patriótica: la obra carece, por ejemplo, de uno de los episodios nacionalistas fundamentales, como es el tratamiento de la batalla de Roncesvalles a través de la figura de Bernardo del Carpio, así como la elaboración de una línea genealógica, a través de los cuales enlazar el presente histórico con la ficción.

El *Orlando determinado* es, en suma, una narración caballeresca cuya imitación de los *Orlandos* italianos se limita a la adopción de su universo de

---

<sup>1</sup> Cfr. fol. v.

<sup>2</sup> Para el poema de Bolea y Castro, véase Chevalier [1966: 170-177].

personajes y de algunos de sus episodios, para centrarse en el relato de las correrías amorosas y fantásticas de sus protagonistas. La falta de una acción que pueda considerarse más relevante que el resto es, posiblemente, la razón por la cual resulta difícil discernir una estructura clara y definida que confiera unidad, y, por qué negarlo, interés a la obra<sup>3</sup>. Pese a todo, el autor es consciente de que su poema pertenece teóricamente a un género cuya finalidad principal es la alabanza del poder político a través del establecimiento de un vínculo entre la acción fantástica y la historia reciente. Para ello, el autor se valió de uno de los recursos tradicionales más recurrentes como es la introducción de una profecía en la que diversos personajes podrán contemplar a los héroes, reyes y emperadores del pasado y del futuro, en lo que se ofrece como una clara *translatio* histórica desde el Imperio Romano hasta el hispánico, uno de los pilares ideológicos de la épica española del quinientos.

Cabe reconocer, no obstante, que la visión prospectiva no aparece motivada ni por una acción determinada ni por la trayectoria de un personaje concreto, como veíamos en los dos poemas anteriores, lo que podría hacer pensar que el pasaje no es más que un elemento accesorio difícilmente justificable a nivel estructural. Sin embargo, y pese a no poder sustraerse a esta crítica formal, el hecho de que el autor dedique a la *ecphrasis* dos cantos consecutivos nos indica hasta qué punto se trata de un pasaje relevante que, aunque mal resuelto, pretende cumplir con las exigencias ideológicas que se le suponen a un poema de su género –y que enlaza, asimismo, con la imitación de Boiardo y Ariosto. Por ello, y por su extensión y detalle, la profecía del *Orlando determinado* merece toda nuestra atención como

---

<sup>3</sup> Según refiere el autor en el prólogo, lo que tenemos es únicamente la primera parte del poema, lo que explicaría el enmarañamiento de acciones y su final abierto, que supuestamente se cerraría en una segunda parte que nunca llegó a ser escrita: “No se acaba la materia en esta parte, hasta llegar a enredarla con el *Furioso*, por tener la puerta abierta para poder proseguir, si esta parte fuera aceptada, lo cual haré si algún género de gusto viera que dan estos borrornos”. El poema, según Pierce [1968: 332] sólo fue objeto de una reimpresión en Zaragoza en el mismo año en que viera la luz la *princeps*.

ejemplo representativo de propaganda imperial épica, en lo que, al menos en este caso concreto, no desmerece a sus contemporáneos.

### ***Descripción de la Morada de la Inmortalidad***

La prospección ocupa los primeros cantos del poema, concretamente en el IV y V. Pocas cosas han sucedido, por tanto, en la narración, que se inicia con la mención al cerco turco de París, que aún no ha finalizado. Reinaldos, uno de los héroes, topa en su camino con el rey turco Escardaso al que convence para que se bautice. A continuación, ambos son guiados por unos enanos hasta la morada de Alcina, también conocida como la Casa de la Memoria, cuyo interior les será mostrado por su alcaide. Al entrar descubren un gran parque y, al otro lado de éste, un extenso corredor que cruza un frondoso jardín y en el que contemplan un tabernáculo que conduce a una altísima pirámide sustentada sobre nueve esculturas. Admirado de lo que ve, Reinaldos pregunta a su guía por tan hermoso edificio, a lo que éste le responde que se encuentra ante la casa de la Memoria, en la que se conserva el recuerdo de los hombre relevantes “de los que han sido, y son, y el tiempo andando/ con fama irán su nombre eternizando” [IV, ix, 7-8]. Tras decirle que ningún humano ha pisado antes esta morada, le hace prometer que jamás revelará su existencia, le exhorta a que contemple los “marmóreos bultos” [IV, x, 8] y a que lea las inscripciones que los acompañan.

Lo que sigue es, por tanto, la *ecphrasis* de una galería de esculturas de hombres famosos desde el principio de los tiempos, un catálogo de héroes que permite al poeta establecer una continuidad entre personajes históricos, bíblicos y míticos, que culminará con la visión de los reyes de España hasta el presente (el futuro respecto de la narración ficticia) y con la alusión a la victoria lepantina. Este recorrido histórico y cronológico es, en suma, la materialización simbólica de la idea de la *translatio imperii*, que otorgará a España y a sus monarcas la herencia de los distintos imperios del mundo y, por tanto, el dominio del mundo entero, de ese *imperium sine fine* virgiliano. Las primeras esculturas que ven los héroes son las de

las nueve figuras que sostienen la pirámide, cada una de ellas identificadas mediante una filacteria. El primero es Josué [IV, xi], seguido del rey David [IV, xii, 1-4] y de Judas Macabeo [IV, xii, 5-8]. Tras estos personajes santos, siguen tres héroes antiguos -Héctor [IV, xiii], Alejandro Magno [IV, xiv] y Julio César [IV, xv]-; dos reyes cristianos -Arturo [IV, xvi] y Carlomagno [IV, xvii]-; y un cruzado -Godofredo de Bouillon [IV, xviii]. Se trata de “los nueve de la Fama” [IV, xviii, 8], que prefiguran la amalgama de personajes diversos, algunos históricos, otros no, que alberga en su interior la morada de la Memoria.

Los jóvenes contemplan a continuación las figuras de los demás héroes del pasado, en una sala en la que se mezclan, sin orden aparente, personajes griegos, romanos, cartagineses, persas y egipcios, en representación de los imperios más poderosos de la antigüedad. Resulta muy significativo, no obstante, que la enumeración de los principales héroes antiguos hasta los emperadores cristianos se inicie y se cierre con personajes romanos porque es a través de éstos como se establece más claramente la vinculación de los distintos imperios de la antigüedad y su continuidad temporal hasta llegar al de los Austrias. Roma se convierte así en el primer y más relevante centro del gobierno universal, a cuya herencia gloriosa aspiraría la cristiandad, a partir de Carlomagno, quien rentabilizaría la simbología política romana para el cristianismo. Roma, por tanto, abre y cierra un ciclo de la historia del mundo que, al igual que la misma casa de la Memoria, estará flanqueado por la providencia cristiana (a través de los personajes bíblicos), que hará posible su continuidad en los sucesivos imperios occidentales.

Por ello, los primeros personajes que muestra el alcaide a los caballeros son Rómulo y Remo, fundadores de Roma [IV, xix, 1-6], seguidos del cartaginés Aníbal [IV, xix, 7-8]. Tras ellos, les muestra las estatuas de un héroe mítico y de algunos generales de Roma -Hércules, Escipión, Craso y Mario [IV, xx]- e inicia la relación de las figuras que encarnan los linajes de diversas monarquías orientales - que ulteriormente serán dominadas por Roma. Así, aparecen representados los más importantes reyes de Siria hasta Sardanápalo [IV, xxii-xxiii], de los medos [IV, xxiv] y de Persia hasta Darío [IV, xxv-xxvi]. La enumeración no sólo respeta la cronología interna de dichos reinados, sino también el histórico traslado de poder de una nación a otra posterior. Por ello, a Persia siguen los monarcas macedonios

[IV, xxvii-xxviii] hasta Alejandro, el gran vencedor de Asia [IV, xxxi] y, tras éste, el Egipto de los Ptolomeos hasta Cleopatra, que “doscientos y ochenta años, y ocho encima/ este imperio gozó de dulce Clima” [IV, xxxii, 7-8]. A ésta siguen los reyes de Roma, desde Numa Pompilio hasta Tarquino [IV, xxxiii-xxxiv], último de sus monarcas antes de la constitución de la República, encabezada por Bruto [IV, xxxiv, 6-8]. Entre diversos tribunos y senadores aparece “Octaviano Augusto belicoso” [IV, xxxv, 6]<sup>4</sup> para concluir esta enumeración inicial con la visión de diversos héroes míticos –como Eneas y Aquiles [IV, xxxvii, 2-3]- o un estratega como Temístocles [IV, xxxvii, 5-8].

El alcaide conduce a continuación a los dos héroes a otra sala de cuyas paredes cuelgan numerosos blasones escritos que “más de quinientos pasos se alargaba” [IV, xxxviii, 5]. Escardaso y Reinaldos, admirados, preguntan a su guía por su significado y éste, tras reiterar su petición de guardar silencio sobre lo que verán, les explica lo que en ellos está escrito: “las guerras de los persas fue midiendo/ la gente ítala antiga tan nombrada:/ Los griegos y troyanos fue poniendo/ al fiero yugo de la ardiente espada/ recontó sus estozos, crudas guerras/ el perder y ganar dentro sus tierras” [IV, xl, 3-8]. Junto a las batallas de éstos y otros antiguos pueblos, les refiere asimismo la fundación de Roma [IV, xliii], las conquistas de Julio César, y “El respeto en mandar aquel concurso/ de gente que domó con fuerte diestra” [IV, xliv, 5] para los que había de ser un emperador. Le siguió el “próspero y pacífico Octaviano” [IV, xlv, 2], en cuya era nació Cristo<sup>5</sup>. El alcaide les nombra entonces a los que sucedieron al primer emperador, iniciando su larga enumeración por los emperadores romanos [IV, xlvi-xlvii], seguidos de los diversos reyes y emperadores francos y alemanes hasta Carlos V [IV, xlviiii-ixl],

---

<sup>4</sup> El hecho de que Augusto figure entre tribunos y senadores romanos repite en cierta forma el pasaje de Actium de *Eneida*, VIII, 678, en el que el César acude a la lucha junto a Italia, los senadores y el pueblo, lo que servía para expresar la legalidad de su gobierno.

<sup>5</sup> El poeta repite aquí una idea de gran relevancia en la propaganda imperial, a saber, que el Imperio Romano bajo Augusto, la dorada e universal *pax Augusta*, quedó consagrado por el nacimiento de Cristo, de forma que fue identificada con el *dominium Christi*. Sobre esta interpretación, su transmisión y fortuna, véase *supra*, cap. 5.

que son los que “gobernarán toda la tierra/ y muchos que después tendrán el mando” [IV, l, 1-2]. Por ello pueden ver, como les indicará a continuación, que el dominio del mundo nacido en oriente se desplazará a lo largo de la historia hasta occidente, concretamente hasta España, con cuya historia y la enumeración de sus reyes hasta la actualidad concluirá la profecía, ya en el canto siguiente: “Contótle las mudanzas en estados/ quién mudará el Imperio allá al oriente/ los hechos más heroicos afamados/ del un Imperio y otro hasta poniente” [IV, li, 1-4].

La antigua centralidad de occidente en Roma, como cabeza de un imperio universal, queda nuevamente sancionada en la siguiente enumeración, que es la que concierne al catálogo de los Pontífices pasados y futuros [IV, lii-lvii] y que se inicia con San Pedro [IV, liii]. El alcaide les refiere entonces la caída del Imperio Romano tras las invasiones bárbaras [IV, lviii], para pasar a la entrada de los godos en la península y centrarse, a partir de este momento y hasta el final, en la historia de España [IV, ilx]. Tras los godos, el alcaide refiere a los dos jóvenes héroes la entrada de los árabes en la península [IV, lx] en tiempos del rey Rodrigo, el último de los reyes godos, que gobierna “con ayuda y favor de los romanos” [IV, lxi]. De éste desdichado monarca les cuenta que profanó un palacio toledano, donde se custodiaba una pintura, encerrada en un arca, en la que hubo de contemplar la futura batalla de Guadalete, que supondría la pérdida de los reinos de España ante los árabes: “En que está vencedor sólo un rey moro/ contra godos gozando su ventura” [IV, lxiii, 5-6]. El alcaide les narra entonces la leyenda que explica que la invasión fue consecuencia de los pecados del rey Rodrigo, en concreto, el de la seducción de la Cava, hija del conde don Julián, gobernador de Ceuta, quien, en venganza, abrió el paso de la península a los paganos [IV, lxv-lxxiii]. Tras la descripción de la batalla, el guía les cuenta que quedó en Asturias don Pelayo, el último descendiente de los godos, nombrado rey por los cristianos, a los que hubo de dar leyes [IV, lxxv, 7], e ilustre ancestro de los actuales reyes de Castilla –“de él vienen en Castilla hasta hoy los reyes” [IV, lxxv, 8]. Éste fue el vencedor de los paganos en la batalla de Covadonga [IV, lxxvi-lxxvii], que señaló el principio de la recuperación de las tierras peninsulares por parte de los cristianos –“comenzó de ensancharse por la tierra/ en torno mil lugares recobraba” [IV, lxxix, 3]- hasta el día de su muerte, con la que se cierra el canto, para proseguir la historia en el siguiente.

Tras la narración de las gestas de don Pelayo, el alcaide prosigue su enumeración de los reyes de España a partir de los monarcas de Navarra y Cataluña [V, v-xvii], entre los que incluyen sendos elogios del conde Fernán González y el Cid [V, xiv] para pasar después a los de Castilla: “También el castellano antiguo bando/ tiene infinitos reyes valerosos/ que después de Pelayo caminando/ ocuparán la tierra victoriosos” [V, xviii, 1-4] y con los que la narración histórica se convierte ya en profecía, puesto que es con la enumeración de los reyes castellanos cuando se inicia propiamente la prospección. Entre éstos destacan, evidentemente, Fernando el Católico, que unirá Aragón y Castilla, vencerá a los árabes en Granada, Orán y Trípoli, domeñará a los navarros, descubrirá el Nuevo Mundo, limpiará a España de los herejes y fundará la Santa Inquisición. Él será quien concluirá la reconquista e iniciará la expansión territorial española por el Mediterráneo y el Atlántico, de forma que su reinado constituye el origen del posterior imperio hispánico:

“Los antípodas gente nunca vista  
descubrirá este rey con poca armada  
y pasará adelante su conquista  
hasta dejar la tierra sosegada:  
Bien puede dilatarse un coronista  
en decir una cosa tan nombrada.  
Al cabo el sumo rey por la ventura  
a su poder traerá la India segura.” [V, xxii]

Tras él llegará Carlos V [V, xxiii], con lo que el alcaide obvia el corto reinado de su padre Felipe. De éste se nombran algunas gestas, como la conquista de Túnez, la victoria sobre la Liga de Esmalcalda y sobre el Duque de Sajonia, y la derrota y prendimiento de Francisco I en Pavía [V, xxv]. Él será Emperador de los romanos y del mundo entero, al que temerán todos los habitantes del orbe:

"La cabeza del mundo antiguamente  
será por su potencia avergonzada,  
de Roma digo que entrará su gente



orgullosa, temida y esforzada.  
 En fin por todo el mundo se consiente  
 ser su pujante furia divulgada.  
 Relumbrará su fama en tanto punto  
 que de él temblará el mundo aún ya difunto" [V, xxvi]

El que fuera el centro del mundo antiguo, Roma, será superado por su poder y el de su gente, una alusión al traslado simbólico de poder desde la capital del antiguo Imperio a España -y en la que puede entenderse una referencia velada al Saco de Roma. Siguiendo sus pasos reinará "el fuerte Filipo rey sagrado" [V, xxvii, 2], del que destacan su sabiduría y prudencia, como si de un segundo Salomón se tratara, y en cuyo reinado se eternizará "el brazo no domado" [V, xxvii, 6]. Al igual que las de su padre y su abuelo, sus gestas merecerán ser eternamente recordadas. Entre ellas destacan la victoria de San Quintín, en la que triunfará "del rey franco su adversario" [V, xxviii, 4], y las conseguidas sobre los árabes, dentro y fuera de la península, como las de Granada, Orán y Malta [V, xxviii-xxix], así como su férrea sujeción de Flandes. Pero entre todas ellas destaca especialmente una, la última, Lepanto, con la que concluye la prospección. Ésta es la gran victoria de los Austrias españoles, puesto que ésta se deberá a la actuación de los dos hijos de Carlos, que lucharán junto al Pontífice. En ella la política y la religión se funden como en ninguna otra gesta anterior, de forma que Lepanto simboliza no sólo un triunfo eminentemente español sino también del cristianismo. Por ello, el alcaide inicia su relación de hechos concernientes a esta batalla aludiendo a la formación de la Santa Liga, instigada por Pío V [V, xxx], cuya flota, capitaneada por "un hermano del rey diestro y prudente" [V, xxxi, 3], conseguirá una victoria como nunca habrá habido jamás en el mundo:

"Gozará de este trance real victoria,  
 divulgarse ha la fama de tal hecho,  
 quedará para siempre la memoria  
 en alto levantando su alto pecho.  
 Haráse a parte de él tan nueva historia

cual de Alejandro o Césares se ha hecho.

Será por su valor fiero temido

sin dar lugar ni entrada al triste olvido." [v, xxxii]

Aunque el alcaide refiere otros sucesos de Francia, Polonia y Alemania, "más aquí se ha reparado/ con la feliz victoria de la España" [V, xxxiii, 3-4]. Tras la explicación de los hechos concernientes a Lepanto concluye, por tanto, la visita de Escardaso y Reinaldos en la Casa de la Memoria y su recorrido por la sala de los blasones donde se conserva el recuerdo de las más importantes guerras y reyes del pasado y del futuro hasta Lepanto y Felipe II. El hecho de ser la última de las grandes victorias de occidente y del mundo, convierte a Lepanto y al reinado filipino en un momento clave y culminante no sólo de España, cuya historia desde la entrada de los godos ha centrado gran parte de la narración del alcaide, sino también del orbe terrestre. La Casa de la Memoria deviene así un lugar simbólico, cuya finalidad principal es hacer de España y de las gestas de sus reyes sucesivos el momento final y más glorioso de la historia del mundo. Bolea y Castro reescribe de esta forma la historia universal como el eterno traslado del poder imperial de una nación a otra más poderosa, es decir, como la *translatio* de un *imperium sine fine*, cuyo centro se ha ido desplazando progresivamente hacia occidente, desde Asia a Grecia, de ésta a Roma, y así sucesivamente hasta la España austríaca que cierra y culmina el decurso histórico del mundo. Los acontecimientos pasados, presentes y futuros recogidos en la sala de los blasones quedan engarzados causalmente en una única narración histórica, con un claro principio (los hechos bíblicos del inicio) y fin (Lepanto) que otorgan a España y a sus reyes, especialmente desde Fernando el Católico, el dominio del mundo entero.

## Capítulo 13

### LOS LYRAE HEROICAE LIBRI QUATTUORDECIM DE FRANCISCO NÚÑEZ DE ORIA

Una de las obras más interesantes del grupo de los poemas ariostescos son los *Lyrae Heroicae libri quattuordecim* del toledano Francisco Núñez de Oria. El poema fue publicado en Salamanca en 1581, pese a que el privilegio real data de 1573, lo que parece indicar que su redacción fue anterior<sup>1</sup>. Al igual que sus antecesores, los *Lyrae Heroicae libri* parten de la imitación de Ariosto, pero, frente a ellos, este poema no se presenta como una continuación de la trama del *Furioso* sino como una reescritura alternativa de la obra del italiano. El poema narra la búsqueda de Roldán, que vaga incansablemente a causa del amor de Angélica, y una vez concluidas las aventuras caballerescas de éste y los demás héroes, trata del cerco y la defensa de París del ataque de los turcos capitaneados por Agramante. Estas dos partes argumentales reproducen la estructura del propio poema de Ariosto<sup>2</sup>, pero el autor, al igual que sus compatriotas Espinosa y Garrido de Villena, elabora una reescritura patriótica del poema italiano cuya finalidad es celebrar a Carlos V y a Felipe II a través de Carlomagno, como él mismo refiere en el prólogo a don García Hurtado de Mendoza: “*praeclara trophaea Impe. Caroli V. et eius filii Philippi, et illustrium Hispaniae heroum, nempe Bernardi Carpii, Ciddii, magni ducis Ferrantis Gonsalii, et ducis Aluae, et tua dignis encomiis*

---

<sup>1</sup> Se trata de un poema que, al igual que el resto de la producción épica neolatina del quinientos, no ha despertado excesivo interés entre la crítica. No obstante, Chevalier [1966: 205-214] le dedica un análisis relativamente extenso que, hasta la fecha, es el más interesante y completo. Alcina [1990: 32-33] incluye asimismo una breve noticia sobre la obra.

<sup>2</sup> La búsqueda de Roldán por parte de Reinaldos y su hermano Ricardo y la narración de sus aventuras es la materia de los libros I-VIII, mientras que los restantes tratan de la defensa de París.

*commendatur, initio sumpto a Carolo Magno, huius nominis Imperatore primo, et a suis Palatinis...*<sup>3</sup>.

Al igual que sus dos predecesores, Núñez de Oria retomará la figura de Bernardo del Carpio y la acción genealógica en su reescritura nacional del *Orlando*. En el primer caso, no obstante, el autor no centrará la aparición del héroe español a propósito de la batalla de Roncesvalles, sino que la integrará en la narración de los acontecimientos relacionados con la defensa de París. Ello significa que el toledano no pretende trazar una relación con el conflicto hispano-francés contemporáneo, sino, por el contrario, establecer una continuidad entre el imperio de Carlomagno y el de Carlos V, con el fin de plasmar simbólicamente la *translatio imperii* desde Roma a España. Esta vez Bernardo del Carpio será el defensor del Imperio carolingio, enviado por Dios junto a San Miguel para salvar a la ciudad del peligro turco, mientras los paladines, ignorantes del ataque e inmersos en sus aventuras, se encuentran lejos de Francia<sup>4</sup>. Bernardo mata a Dardinel y a Rodomonte e hiere al propio Agramante, consiguiendo que el ejército turco se retire. La intervención del héroe hispano –la única en todo el poema– es prácticamente providencial y milagrosa y se cierra, tras su victoria, cuando decide retirarse del mundo para consagrarse al servicio de Dios, como reza la alegoría del libro IX. Pese a la fugacidad con que Bernardo aparece en los *Lyræ Heroicæ libri*, su decisiva intervención puede entenderse en un sentido similar a la lectura patriótica que, también a través del personaje, elaboraran Espinosa y Garrido de Villena.

La segunda materia, la de la acción genealógica, es también indicativa del nacionalismo del poema del toledano. En este caso, la imitación de los amores y el matrimonio de Ruggiero y Bradamante se transforman en la alabanza de una noble familia española –la del linaje de los Guzmán, duques de Medina Sidonia– a través de los personajes de Ricardo, uno de los paladines francos y hermano de Reinaldos,

---

<sup>3</sup> Cfr. fol. 4.

<sup>4</sup> Cfr. libro IX.

y Filena, princesa de Sidón, cuya descendencia futura hasta la actualidad les será anunciada a través de dos profecías<sup>5</sup>.

Si con los personajes de Ricardo y Filena, el autor paga tributo al encomio tradicional de una familia importante y con el de Bernardo confiere un claro matiz patriótico a la narración de la defensa del imperio, donde realmente se aprecia la finalidad eminentemente política del poema es en la alabanza de los reyes de España, en concreto de los Austrias mayores, tal como el autor expresa en el prólogo. De esta forma, la narración de las aventuras de los pares de Francia y del Emperador del poema ariostesco se plantean como una excusa, como un *artificio* a través del cual debe accederse a una lectura claramente ideológica que se propone como finalidad principal de la obra. En otras palabras, que la trama ariostesca no es más que una materia mítica bajo la que late un sentido más elevado y decididamente político –y religioso, como veremos más adelante. En este sentido, resultan muy iluminadoras las palabras que el autor utiliza en el prólogo para referirse al fin de la narración. Tras haber dicho que bajo las aventuras de Carlomagno y sus paladines debe entenderse un elogio de los reyes y los héroes de España, afirma que todo ello se ha llevado a cabo “*ad Maronis imitationem, qui argumento ab Aenea sumpto, ad laudes Augusti artificiose accessit; hoc igitur est huius operis auctoramentum*”<sup>6</sup>. Por lo tanto, los *Lyrae Heroicae libri* son no sólo una reescritura del poema de Ariosto sino, por encima de todo, una reescritura guiada *ideológicamente y formalmente* por la imitación de Virgilio, de forma que las acciones heroicas descritas en él son, como la narración de los viajes y las guerras de Eneas, un pretexto para realizar artificiosamente una alabanza de Carlos V y Felipe II, al igual que Virgilio hiciera para Augusto.

Todo ello nos lleva a reflexionar sobre dos cuestiones fundamentales. Una de ellas es la que concierne a la elección de la lengua. De hecho, los *Lyrae Heroicae libri* no son únicamente la adaptación nacional y política del *Orlando*

---

<sup>5</sup> La primera le será anunciada a la propia Filena por la sombra de su madre difunta, mientras que la segunda tendrá como mensajera a la propia Sibila Eritrea, cfr. libros V y XII.

<sup>6</sup> Cfr. fol. 4.

sino también una latinización del mismo, cuya finalidad principal es conseguir su *virgilianización*. El empleo del latín y del hexámetro nos indican, por una parte, la voluntaria restricción de la recepción de la obra a un público docto y cultivado y, por otra, inseparable de lo anterior, la reconducción formal de la materia caballeresca al terreno de la épica. En pocas palabras, Núñez de Oria pretende elevar el poema de Ariosto a la dignidad de poema épico, frente a las críticas contemporáneas contra el *romanzo*, a partir de la adaptación formal de la temática del *Orlando* a la *Eneida* en una obra en la que ambos modelos no sólo no se aprecian como incompatibles sino que incluso pueden llegar a ser refundidos.

Esto incide en una segunda cuestión que es asimismo muy relevante y que concierne a la recepción del poema de Ariosto. Cada uno de los libros que componen el poema están precedidos de un resumen y de una alegoría, a imitación de las escritas por Dolce para el *Orlando Furioso*, sólo que en esta ocasión su autor es el propio Núñez de Oria. Con ellas, el poeta otorga a la obra no sólo una lectura política sino también una segunda, alegórica, de forma que el poema deviene, al mismo tiempo, la narración de la lucha entre las fuerzas del bien y el mal, entre la religión verdadera y el paganismo, simbolizadas a través del enfrentamiento entre Carlomagno y Agramante. Para reforzar esta interpretación, y al igual que proponían algunas lecturas del poema ariostesco, en el del toledano se produce la oposición de diversos personajes que apoyan a unos u otros y cuya naturaleza se plantea como abiertamente alegórica –Logistila (la Razón), Sofrosina (la Templanza) o la Sibila (la Verdad) frente a las magas Urganda (Ira) y Alcina (la Concupiscencia)- así como la intervención de poderes celestiales e infernales en las batallas a favor de los cristianos y los paganos.

El poeta, por tanto, hispaniza la materia ariostesca en su alabanza de la monarquía austríaca a través de la narración de las aventuras de Carlomagno y sus Pares –así como con la utilización de la figura de Bernardo del Carpio y la adaptación de la acción genealógica a la loa del linaje de los Guzmán- siguiendo el modelo político de Virgilio. Y esto es posible merced a la fortuna de la lectura

alegórica del *Orlando*, que acerca la obra del italiano a la del modelo latino<sup>7</sup>. Precisamente, uno de los motivos que fundamentaban la defensa del poema de Ariosto y que le valieron el calificativo de “segundo Virgilio” fue el hecho de que podía entenderse que bajo el poema se escondía un mensaje moral y elevado –en un sentido cercano a los *arcana Maronis*<sup>8</sup>. Lo que hace Núñez de Oria en los *Lyrae Heroicae libri* es, justamente, explotar esa interpretación en su virgilianización patriótica del *Orlando Furioso*. Una virgilianización, en resumen, que pasa por la utilización del latín y por la reescritura del poema de Ariosto según el modelo formal e ideológico de la *Eneida*, que es, de hecho, lo que permite su traslación nacionalista. El poema del toledano es, por tanto, una fusión consciente e intencionada de ambos modelos con la finalidad, por una parte, de elevar la materia caballeresca al rango de épica a partir de la imitación virgiliana. Y, por otra y gracias a ello, para conseguir que esta materia novedosa sea apta para cumplir con uno de los presupuestos básicos del género como es el de la alabanza de un régimen político y una nación. Esto permitirá al poeta, al igual que en los poemas de Espinosa y Garrido de Villena, establecer un vínculo entre la materia legendaria del *Furioso* y el presente inmediato de España. Una relación que, al igual que en la *Eneida*, se expresará especialmente a través de las diversas profecías, mediante las cuales los lectores y los personajes de ficción asisten a la visión gloriosa del imperio austríaco, cuyos reyes, Carlos V y Felipe II, son considerados como los nuevos Augustos de occidente.

---

<sup>7</sup> Y que enlaza la recepción de la obra de Ariosto con la lectura alegórica de la *Eneida*, que gozó de gran fortuna especialmente durante la Edad Media, y que pervivió durante el XVI, *vid. supra*, cap. 3.

<sup>8</sup> Al respecto, véase *supra*, cap. 9.

***Los ríos del castigo y del premio eternos: la fantástica catabasis de Reinaldos***

Tres son las profecías políticas que pueden encontrarse en los *Lyræ Heroicae libri* –sin contar las referidas al linaje futuro de los Guzmán. La primera y más interesante, así como la más extensa, es la que ocupa los dos primeros libros del poema. Al comienzo de la obra, el lector asiste a la primera maquinación del traidor Ganelón, quien, movido por la envidia, convence a Carlomagno para que envíe a Reinaldos y a su hermano Ricardo –ancestro ilustre de los Guzmán- en busca del enloquecido Roldán, con el secreto deseo de que ambos mueran en el transcurso de su viaje. Los dos hermanos emprenden la búsqueda del paladín y se adentran en el bosque encantado del mago Atlante, donde vencen a un poderoso dragón y liberan a diversos héroes de un encantamiento. Entonces, el mago conduce a Reinaldos al interior de su palacio, desde donde llegan a un paraje ameno en el que fluyen dos anchos ríos que circundan un istmo. En éste se encuentra Logistila rodeada por un grupo de ninfas que sostienen guirnaldas y coronas de flores y que cantan alegremente. A petición del héroe, el mago le explica que en las naves que puede ver en el río de la derecha viajan los justos y excelentes del pasado y del futuro, que se dirigen hacia al istmo para ser coronados por las ninfas, mientras que en el río de la izquierda navegan los criminales y los impíos, que serán conducidos a un oscuro abismo donde pagarán eternamente por sus pecados.

La visión de los dos ríos y de los castigos o recompensas de los que navegan en ellos es, de hecho, una suerte de *catabasis*, un viaje a un trasmundo fantástico, donde el héroe será testigo de la gloria eterna que aguarda a diversos personajes históricos, entre los que destacan los monarcas españoles. Se trata, por tanto, al igual que en la prospección del libro VI de la *Eneida*, de otorgar un sentido de justicia y providencialidad divina a la actualización política y militar de los principales reyes y héroes hispanos hasta el presente. En la *Eneida*, de acuerdo con la doctrina de la metempsicosis, el catálogo de héroes futuros de Roma se presentaba como la reencarnación futura de las almas que habitaban el Elíseo, es



decir, de los buenos y justos, mientras que las de los impíos estaban condenadas a sufrir los suplicios del Tártaro por toda la eternidad. En el poema del toledano, los buenos, los justos, es decir, los reyes, reinas y héroes hispanos, gozarán de la gloria eterna, y los traidores y pecadores serán conducidos por las siete hermanas que simbolizan los Pecados Capitales, encabezadas por Urganda y Alcina, hacia un oscuro abismo en el que pagarán por sus crímenes. El paraje ameno de los dos ríos constituye una cristianización del averno virgiliano, cuya significación política e ideológica es prácticamente idéntica.

Lo primero que mostrará Atlante a Reinaldos son los personajes pasados y futuros que navegan en el río de la izquierda, dejando para el final –y para el libro siguiente- la visión de la gloria sempiterna de la monarquía española. En una de las naves, hermosísima y rodeada de nubes, es conducido un hombre desnudo y colgado boca abajo, que intenta inútilmente coger sus ropas para cubrirse el rostro [I, 682-687]. Es el traidor conde don Julián, padre de la Cava, que para vengar la maldad de don Rodrigo entregó España a los árabes –“*hic patriae est dirus Iulianus, Iberos/ Qui insontes populos alieno crimine Turchis*” [I, 688-689]. La suya fue una traición a Cristo y, por este motivo, navega por el siniestro río hacia el infierno, donde penará eternamente junto a otros traidores famosos como Judas y Mordred, hijo del rey Arturo: “*Cum Iuda patitur, quem iuxta filius atrox/ Arturis...*” [I, 697-698].

A continuación, el mago muestra al héroe otra nave, oscura como la brea y rodeada por terribles monstruos que escupen fuego, que intenta desesperadamente huir hacia alta mar [I, 710-715]. En ella viaja el futuro Solimán el Magnífico, que intentará destruir al cristianismo a no ser que se lo impidan Carlos V y Felipe II: “... *Solymanus hic est qui perdere sedem/ Pontificis Christi conabitur atque fideles/ Assiduis Christi populos euertere bellis/ Ni fortase illum rex Carlus nominis huius/ Induperatorum quintus; suus atque Philippus/ Filius, expulerint ...*” [I, 716-720]. Tras él sigue, en una nave con siete serpientes negras, el duque de Sajonia, a quien el mismo Carlos V declarará la guerra por haber abandonado la Iglesia y haber seguido el falso dogma de Lutero, un perjuro seducido por el demonio. En la batalla contra el duque, brillará sobre la cabeza de Carlos una corona de llamas –

“...*flammas iactante corona/ Contectus caput ignita...*” [I, 724-725]-, que recuerda al doble haz de llamas que brotara de las sienes de Augusto en Actium<sup>9</sup>, mientras que Lutero será devorado por el Cerbero y vomitado a las profundidades del Orco, donde quemará eternamente [I, 750-752]. Con ambos personajes, Reinaldos asiste, tras la visión del castigo del conde don Julián, a la contemplación de dos personajes futuros, que serán vencidos por Carlos V. Ambos simbolizan la impiedad y la traición a la religión verdadera, defendida a ultranza por el rey de España, el más grande bastión y sostén de la cristiandad.

Cierran el breve catálogo de los impíos, entre otros muchos que el mago no refiere, el traidor Tomillas, personaje de algunos romances españoles de tema carolingio [I, 753-758], y Ganelón, castigado por la traición que llevó a la muerte a los pares de Francia en Roncesvalles [I, 759-762]. Con ambos personajes contemporáneos de la acción narrativa, el autor retorna al tiempo de la acción poética, lo que le sirve como paréntesis antes de iniciar la descripción de los personajes que navegan por el río de la derecha en el siguiente canto. La visión de Ganelón y su fechoría suscita los lamentos y lágrimas de Reinaldos por los sufrimientos que esperan a sus compañeros. Atlante le informa entonces que, pese a sus maldades, él no será víctima de las maquinaciones de Ganelón y llegará a Fenicia, donde será coronado rey [I, 765-768].

El mago señala entonces a los muchos otros que recorren las aguas de este río por haber suscitado engaños, traiciones, guerras contra la patria o por haber pretendido destruir los preceptos de la verdadera religión –“*Quid memorem innumeros alios? Qui has nauibus undas/ Praetereunt postquam caedes, periuria bella/ In patriam, et leges in natos, inq; parentes/ Commiscere dolo, quiq; aequos perdere mores/ Et sancire nouos voluerunt numina contra...*” [I, 769-773]. Éstos son conducidos desde el pie de una alta montaña al otro lado del río por siete funestas hermanas que personifican a los siete Pecados Capitales –“*Sollicitant corda invidia, atque libidine tetra/ Pigritia, atque gula, simul atque superbia, et ira/ Nec minus alterius desiderioque cubilis.*” [I, 783-785]. Tras señalarle a las principales de éstas, Urganda y Alcina, y referirle sus artimañas contra los

---

<sup>9</sup> Cfr. *Aen.*, VIII, 680.

hombres, salen de la cueva para dirigirse hacia el río de la derecha, y concluye el libro primero.

En el segundo libro, Atlante proseguirá su descripción y asistiremos a la visión de los hombres y mujeres ilustres del pasado y el futuro que navegan en el otro río, bajo cuyas figuras, según refiere el autor en la alegoría, debe verse a las almas de aquéllos que merecen la gloria eterna por sus acciones ejemplares en servicio de Dios, su rey y la patria –“*intellige animas eorum, qui, vt Deo inservirent et regi et vt patriam tuerentur praeclara facinora, et heroica gesta cum religione et virtute patrant, aeternae gloriae coronam meruerunt...*” [fol. 38]. El catálogo de las almas de los píos se inicia con la enumeración de las reinas, princesas y damas ilustres de España. Atlante señala a Reinaldos una hermosa nave labrada en oro y rodeada de estrellas en la que puede verse a una doncella de aspecto virginal y cuyo dulce aroma se extiende por doquier. Ésta sostiene en sus manos dos cetros reales y viste una finísima túnica blanca. Se trata, le dice, de Isabel la Católica, reina celebrada en todo el mundo y cuyos triunfos merecerán ser celebrados como los del propio Augusto: “*Isabella quidem est coniux pulcherrima regis/ Fernandi, regina omnem celebranda per orbem/ Gloria, cuius erit Romanis digna trophaeis/ Augusti...*” [II, 16-19]. Sus méritos igualarán a los de los reyes más valerosos y a los de las reinas más poderosas de la historia, ya que ésta expulsará a los moros de España, cuyos reinos gobernará por derecho y a los que dará justas leyes (“*condet aequas in saecula leges*” [II, 28]) y defenderá la religión de sus enemigos, para los que decretará justos castigos [II, 29-36].

Sigue a su nave otra no menos hermosa, adornada con piedras preciosas, en la que viajan dos reinas más, acompañadas de diversas princesas. La primera es la Emperatriz Isabel, esposa de Carlos V, cuya virtud, fidelidad, pudor y fe la harán merecedora de la corona de flores que ciñe su cabeza [II, 39-45]. Junto a ella se encuentran sus hijas María y Juana, ésta última llamada “estrella del mundo ibérico” (“*stella orbis Iberi*” [II, 48]) por la prudencia, justicia y gravedad con que

gobernará las tierras de España en ausencia de su hermano Felipe<sup>10</sup>. La otra reina es Isabel de Valois, segunda esposa de Felipe II, de la que Atlante manifiesta no tener palabras suficientes para elogiar sus virtudes y méritos, puesto que gracias a ella finalizará la eterna disputa que enfrentaba a España y Francia. Según refiere el mago a Reinaldos, Dios mismo se compadecerá de ambas naciones y concederá la paz a Europa a través de la joven princesa –“*Hanc Deus ipse dabit pacem, miseratus eorum,/ Europae populis...*” [II, 72-73]. Isabel procede del gran linaje de Pipino y Carlomagno y a ella, como esposa de Felipe, obedecerán la tierra y los mares [II, 75-80]. A su nave sigue otra que brilla con la luz de los astros de la Virtudes y la de Venus. En ella navega la hija del Emperador Maximiliano, Ana, cuarta y última esposa de Felipe II, cuya belleza y majestad serán dignas de las diosas que Paris contempló en la montaña del Ida [II, 81-93].

Concluida la procesión de las futuras reinas y princesas de España, Atlante indica al héroe la siguiente embarcación, en la que viajan numerosas damas ilustres de España, que serán descritas a continuación [II, 96-320]. El mago se dispone a mostrarle entonces a los personajes masculinos que viajan en el río de la derecha, un catálogo formado asimismo por reyes y príncipes, por una parte, y de miembros de familias destacadas, por otro. En primer lugar, le muestra una embarcación, rodeada de estrellas y de las ninfas del coro de Logistila y presidida por unos estandartes decorados con águilas y leones dorados, que ilumina con su esplendor toda la orilla. En el centro puede verse a un hombre esbelto, sobre cuya cabeza brilla una estrella rutilante –“*cuius surgit de vertice sidus*” [II, 348]. Se trata, naturalmente, de Carlos de Gante, coronado por una estrella que recuerda al *sidus Iulium* que brillaba sobre la cabeza de Augusto durante la batalla de Actium<sup>11</sup>. Éste será rey de occidente y de toda Europa –“*Hesperiae dominator et omnis/ Europae.*”

---

<sup>10</sup> Durante sus frecuentes ausencias de la península, Carlos V nombraba un regente, preferentemente el heredero o algún miembro de la dinastía. La infanta doña Juana fue regente de España desde 1554, año en que su hermano Felipe partió a Inglaterra para casarse con María Tudor, hasta 1559, en el que éste regresó ya como rey.

<sup>11</sup> Nótese asimismo la similitud de la expresión utilizada por Núñez de Oria con la del propio Virgilio: “*aperitur vertice sidus*”, *Aen.*, VIII, 681.

[II, 353-354]<sup>12</sup>-, y vencedor de Asia. Él expulsará a Solimán el Magnífico de Viena y pondrá orden en las tierras de España, abatidas por una guerra civil, en alusión a la Revuelta de los Comuneros [II, 355-361]. El mago alude asimismo al Saco de Roma, diciendo que Carlos entrará ferozmente en la ciudad entonces rebelde (“*tum forte rebellem*” [II, 362]), y a las diversas victorias conseguidas en suelo italiano, hasta que será coronado Emperador en Bolonia [II, 363-365]. Entre sus gestas se cuentan también los triunfos obtenidos frente a Francisco I, especialmente el de Pavía, donde el rey francés será hecho prisionero, pero Carlos, haciendo gala de su clemencia y piedad, lo liberará y le ofrecerá la mano de su hermana: “*talem victo quis reddet honorem?*” [II, 371]. Por último, el mago refiere la última gran gesta carolina, la victoria ante la Liga de Esmalcalda en defensa de la verdadera religión y la ulterior destrucción del protestantismo [II, 372-384], y cierra la enumeración de sus victorias con una alusión a las obtenidas por sus hombres frente a famosos piratas turcos [II, 385-389].

Tras su nave se acerca otra, presidida por idénticos estandartes, al que el coro saluda con sonrisas y cantos, al tiempo que le lanza lirios blancos, guirnaldas de flores y ambrosía. En ella viaja Felipe II, “heredero de occidente” (“*haeres Hesperiae*” [II, 395])<sup>13</sup>, cuyo valor y piedad lo convierten en un modelo de pías costumbres y en justo legislador (“*morum sanctorum exemplar et auctor/ Iustarum legum*” [II, 396-397]), como lo fuera su abuela paterna, Isabel la Católica<sup>14</sup>. Al igual que su padre, vencerá en numerosas regiones, y ganará en una sola batalla más que los antiguos reyes en muchas, puesto que conseguirá que los franceses le pidan la paz, en lo que es una alusión a la victoria en San Quintín [II, 396-400], y que los ingleses vuelvan al seno de la Iglesia Católica [II, 401-402]. Asimismo, expulsará a los turcos de España –la rebelión de las Alpujarras-, los empujará hacia las

---

<sup>12</sup> La voz “Hesperia” significa literalmente “poniente, occidente”, por lo que se usaba asimismo para designar a una nación respecto a otra –i.e., Hesperia era Roma respecto a Grecia o Hispania respecto a Italia-, pero que pronto se asociaría con España.

<sup>13</sup> Sobre el significado de “Hesperia”, *vid. supra*, n.12.

<sup>14</sup> Nótese cómo el autor restringe la capacidad legisladora a dos miembros del linaje castellano. Ni Fernando ni Carlos, pese a su esplendor y majestad, están dotados de este atributo, lo que contribuye a sancionar que la prudencia y la legislación son virtudes de clara raigambre hispano-castellana.

regiones más recónditas de Asia y dominará con mano férrea las Indias [II, 403-405].

A continuación, viene su hijo, al que el poeta llama Jacobo (*Iacobus*)<sup>15</sup>. De él celebra el mago hipotéticas y míticas gestas: que levantará los reinos paternos, que expulsará por segunda vez a los numidas y que invadirá Jerusalén (“*Solymos muros ingentibus ausis/ Inuadet*” [II, 409-410]), empresas que, evidentemente, no llegaría a acometer jamás y que se formulan más como un deseo esperanzador, como la culminación del gobierno de sus antepasados, especialmente en lo que se refiere a la conquista de Jerusalén, la mayor cuenta pendiente del cristianismo de la época. Así, concluye Atlante que éste será quien pacifique Europa bajo el signo de la Cruz para, finalmente, gobernar un mundo unido y en armonía: “*Discordem Europam pacabit, et vniet aris/ Romanis, post tranquillo dominabitur orbi*” [II, 411-412].

Sigue a la nave de éste una pequeña embarcación con una vela de color púrpura en la que viaja don Juan de Austria, el poderoso hijo de Carlos V. Éste será el vencedor de los pueblos granadinos —“... *hic populos domitabit Marte feroces/ Illiberitanos, et victor adusque niuosos/ Transcendet montes, numidas spoliabit ab armis...*” [II, 419-421]- y de la poderosa armada de los turcos en Lepanto, una batalla, según el mago, como nunca ha habido ni habrá jamás en el mundo: “*prius nunquam per saecula fuere*” [II, 424]. Don Juan matará al general de los paganos, yerno de Solimán (“*generum Solymani*” [II, 431]), aunque el entonces sultán era,

---

<sup>15</sup> Felipe II fue un monarca con graves problemas sucesorios. En 1568 murió en extrañas circunstancias su primogénito, el infante don Carlos, fruto de su unión con Isabel de Portugal, cuyos problemas mentales suscitaron no pocas preocupaciones a su padre. Su segundo matrimonio con María Tudor no le proporcionaría ningún heredero e Isabel de Valois le daría dos hijas, las infantas Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela. Sólo Ana de Austria consiguió darle un sucesor, el futuro Felipe III, cuarto y único superviviente de los cinco hijos nacidos de este matrimonio. Si consideramos que las fechas de redacción de los *Lyrae Heoricae libri* oscilan entre 1573 y 1581, fecha de la aprobación y de la *princeps* respectivamente, el *Iacobus* a que hace referencia el poeta como hijo y heredero de Felipe II debería ser el infante Diego Félix, nombrado su sucesor por aquellas fechas, puesto que sus dos hermanos mayores, los infantes Fernando y Carlos Lorenzo murieron antes de la publicación de la obra. Éste, no obstante, moriría el año siguiente, en 1582, a la edad de siete años.

de hecho, Selim II, y expulsará al turco de occidente haciendo gala, a pesar de su juventud, de un valor similar al de su padre –“*Omnino similis Carlo virtute parenti*” [II, 436]- que hará temblar a todo el mundo pagano.

El catálogo de los reyes y príncipes de España se cierra con la visión de dos personajes más que navegan en una nave adornada con ramas de palma y de olivo hacia el istmo donde están las ninfas y a los que el mago califica de leones en la guerra. El primero es Fernando el Católico, antepasado de Carlos y de Felipe, el honor de su época, cuya fama se extenderá por todo el mundo (“*Notus ab eoīs vsque ad labentia coeli/ Sydera...*” [II, 444-445]) por el esplendor de sus gestas: fue él quien sometió finalmente Granada al cristianismo después que fuera tomada por los árabes en tiempos del rey Rodrigo, poniendo fin a la lucha secular de la reconquista española. Asimismo, con él España sentó las bases del imperio del futuro, después que en su tiempo fueran descubiertas y sometidas las Indias [II, 453-454]. El reinado de los Reyes Católicos es, en definitiva, el origen de imperio hispánico, que será fundamentalmente castellano, una idea que se encuentra reproducida en la propia disposición del catálogo de reyes, reinas y príncipes de España. Si con Isabel se iniciaba la visión de las reinas, Fernando cerrará la enumeración de los reyes, lo que otorga un sentido circular a la visión de los monarcas del futuro cuya finalidad es sancionar, fundamentalmente, el origen castellano de la monarquía y del imperio. Lo mismo sucederá a partir de ahora con la enumeración de los héroes carolinos y filipinos, encabezados por la figura del conde Fernán González, que navega junto a Fernando el Católico [II, 455-457]. A éste seguirán diversas naves en las que viajan los más destacados nobles guerreros del pasado y del futuro –es decir, los héroes que lucharon por Carlos y Felipe y, por tanto, por España-, con cuya enumeración, al igual que sucedía con el catálogo de damas ilustres españolas, concluirá la visión de las almas que navegan en los ríos de este particular trasmundo<sup>16</sup>. Por ello, esta primera profecía, en la que Reinaldos es testigo de los reyes futuros de España y de sus gestas, es, por encima de todo,

---

<sup>16</sup> En este catálogo destaca, entre muchos otros personajes, el duque de Borgoña Felipe el Bueno, antecesor de Carlos y Felipe, por haber sido el fundador, en 1430, de la Orden del Toisón de Oro, que tanto significado simbólico hubo de tener en los reinados de estos dos monarcas, cfr. II, 673-690.

una apoteosis ultramundana, la visión de la recompensa que espera a las almas de éstos como premio de su vida pía y dedicada a la defensa y extensión del cristianismo en el mundo. La profecía conjuga clara e inextricablemente los dos sentidos fundamentales del poema que el autor anunciaba en el prólogo: el estrictamente político –i. e., la alabanza de la monarquía española y el imperio hispánico- y el religioso-alegórico, de manera que lo que se establece en esta *catabasis* es, por encima de todo, la lectura moral (cristiana) de una acción política vinculada a la estirpe real española<sup>17</sup>.

### ***La ecphrasis del escudo de Carlomagno***

La siguiente profecía se encuentra ya en los libros que conciernen a la narración de la defensa de París frente al ataque de los turcos capitaneados por Agramante, una vez que Reinaldos y Ricardo consiguen encontrar a Roldán. En el libro octavo, las magas Urganda y Alcina deciden vengarse de los paladines, para lo cual, aprovechando la ausencia de éstos, tramán un ardid con la colaboración del traidor Ganelón, convencen al rey Marsilio para que entre en combate e incitan a Agramante. De esta forma, se reúne una poderosa armada alrededor de Arlés, dispuesta a enfrentarse a los cristianos. Con la visión de los dos ejércitos frente a frente y la enumeración de los héroes y estandartes de uno y otro bando acaba propiamente este libro. Es precisamente en este catálogo donde podemos ver a Carlomagno entre sus soldados, portando el escudo que Merlín fabricara para el rey Arturo y en el que cinceló el futuro del imperio.

La *ecphrasis*, aunque breve, es especialmente significativa por el hecho de ser la de un escudo y, por tanto, la de un objeto cuya circularidad hace de él un elemento altamente simbólico, como lo fuera el de Eneas. Al igual que éste, el escudo de Carlomagno es cifra del imperio, de un imperio cristiano que se extiende

---

<sup>17</sup> Y, por lo tanto, muy próxima a la lectura que Servio estableciera del pasaje de la *catabasis* de Eneas en el libro VI de la *Eneida*. *Vid. supra*, cap. 3.



por todo el orbe terrestre. Por otra parte, es evidente que la *descriptio chypei* alude implícitamente al modelo, al escudo de Eneas, y a su interpretación política, de forma que éste no es únicamente una imagen del mundo sino también y fundamentalmente una representación del traspaso de poder de una nación a otra, de la *translatio imperii*, como lo demuestra el hecho de que el escudo cincelado para Arturo esté ahora en manos de Carlomagno, primer Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, y que en él pueda contemplarse al futuro heredero de éste, Carlos V, y a su descendiente. Así, la lectura del escudo necesita forzosamente que se tenga presente el de Eneas, porque sólo así se comprenderá de qué forma en él se plasma, esencialmente, la cesión del *imperium sine fine* de Roma a España a través de la herencia cristiana de Carlomagno<sup>18</sup>.

Que el escudo es cifra del imperio queda claro desde los primeros versos de la *ecphrasis*. Tras referir la magnífica factura del escudo que Merlín forjara para Arturo [VIII, 682-685], se afirma que en su centro está representada la imagen del gran imperio del futuro (“...erat effigies depicta futuri/ Imperii magni...” [VIII, 686-687]). Esta imagen es, precisamente, la de Carlos V: “... si Carlus quintus ibidem/ Pictus erat contra Solimanum victor acerbum” [VIII, 687-688]. De hecho, aunque Núñez de Oria se limite a hacer de la *ecphrasis* un catálogo de héroes, resulta muy significativo que la visión de Carlos como vencedor de Solimán ocupe el centro del escudo, el mismo lugar que tenía la batalla de Actium en el de Eneas, lo que permite establecer una lectura paralela entre la victoria de Augusto y la de Carlos<sup>19</sup>. Por otra parte, nótese que en este caso es el lector y no un personaje de la ficción el único y evidente receptor de esta profecía, un lector, no lo olvidemos, evidentemente culto y que sin duda conocería el modelo. Así, Solimán, como Cleopatra en la versión virgiliana, simboliza claramente el paganismo oriental vencido por occidente y el cristianismo. No es necesario, por tanto, referir una

---

<sup>18</sup> Al igual que en la *Eneida*, la descripción del escudo está justificada por los acontecimientos de la narración, puesto que, en ambos casos, precede a un conflicto bélico.

<sup>19</sup> Así como con la futura victoria de los francos sobre los turcos de Agramante, cuya primera derrota, en Arlés, será obra, significativamente, del hispano Bernardo del Carpio, cfr. libro IX. De esta forma, el poeta refuerza asimismo el vínculo establecido a través del escudo entre Carlomagno y Carlos V, al que volverá a hacer referencia en la tercera y última profecía, *vid. infra*.

batalla concreta sino que basta con la imagen apoteósica del Emperador para que con ella, apelando al recuerdo virgiliano, se establezca poderosamente esta idea política y simbólica.

Al lado de Carlos están representados sus dos futuros herederos, su hijo y su nieto: “*Filius, atque nepos sunt iuxta, nempe Philippus/ Vna et Iacobus magnae spes altera Romae*” [VIII, 689-690], y su otro hijo, don Juan de Austria [VIII, 691]. Una vez más, el nombre de *Iacobus*, quizá el infante Diego Félix<sup>20</sup>, aparece vinculado a un deseo de esperanza. Él será la segunda gran esperanza de Roma –la primera posiblemente sea su padre, Felipe– sin que se especifique en qué consiste. Lo realmente interesante es que Carlos y sus descendientes se encuentran en el centro del escudo, de forma que ellos simbolizan el futuro del imperio –y no los monarcas franceses descendientes de Carlomagno que también están cincelados en el escudo– de un imperio, por tanto, esencialmente hispánico.

En otro lugar de escudo, ya no en el centro, aparece otro miembro del linaje austríaco, el yerno de Carlos V, Maximiliano II, cubierto de la sangre de los turcos vencidos en nombre de la Iglesia (“*Et gener eius item pictus stat Maximilianus/ Induperator ibi, Turcharum strage cruentus,/ Pro Sacra Ecclesia, pro religioneque vera*” [VIII, 693-695]) y, finalmente, dos futuros reyes de Francia, Francisco I [VIII, 696] y su hijo Enrique II, del que dice que habrá de morir por causa de una inesperada desgracia [VIII, 696-699]<sup>21</sup>. Con la visión de la figura de este último concluye la *ecphrasis* del escudo de Carlomagno.

Lo que destaca, como decía, es la centralidad otorgada a la figura de Carlos V y sus descendientes como herederos del imperio carolingio, pese a que en el escudo aparecen Francisco I y Enrique II de Francia. Ello explicaría, asimismo, por qué Núñez de Oria, frente a Espinosa y Garrido de Villena, no trata en su particular versión del *Orlando* del conflicto contemporáneo entre Francia y España, ya que lo que parece interesarle fundamentalmente es destacar el vínculo simbólico entre Carlomagno y Carlos V. De esta forma, lo que consigue es establecer no sólo que el imperio hispánico es el más directo heredero del carolingio, sino, sobre todo, del

---

<sup>20</sup> *Vid. supra*, n. 15.

<sup>21</sup> Efectivamente, Enrique II murió accidentalmente en un torneo en 1559.

Imperio Romano<sup>22</sup>. No en vano, Carlomagno fue el primer emperador occidental que se adueñó de la herencia romana merced a una apropiación simbólica que hizo posible su adaptación al cristianismo. Lo que Núñez de Oria pretende con el escudo de Carlomagno es, por tanto, materializar la idea de la traslación del poder imperial desde Roma a España, haciendo hincapié en la continuidad del imperio que Virgilio estableciera en su *imperium sine fine*. Por ello, la lectura de este escudo no se entiende sin tener muy presente el de Eneas, por ser en éste donde se cifra, como en ninguna otra profecía de la *Eneida*, la ambición universal, sin límites ni espaciales ni temporales, del poder político y su herencia. El escudo de los *Lyræ Heroicæ libri* es, en definitiva, la plasmación simbólica de esa herencia que va de Augusto a Carlos V y a sus descendientes, pasando por Carlomagno, el primer emperador cristiano de occidente, y de un imperio universal cuya centralidad se ha desplazado de Roma a Francia para establecerse finalmente en España.

### ***La profecía de la Sibila***

La tercera y última profecía de los *Lyræ Heroicæ libri* es prácticamente idéntica a la *ecphrasis* del escudo en lo que a su lectura se refiere, puesto que en ella encontraremos reiterada la idea de la *translatio imperii* a través de la herencia cristiana de Carlomagno. También muy breve, esta última prospección posee asimismo un intermediario de excepción como es la Sibila de Eritrea, una figura que, evidentemente, alude a la de la profetisa y guía de Eneas por el trasmundo virgiliano. Una vez más, al igual que en las dos profecías anteriores, el poeta toledano apela directamente al recuerdo virgiliano no sólo a nivel formal, como expresaba en el prólogo –lo que se traduce inicialmente en la imitación de ciertos pasajes prospectivos de la *Eneida*–, sino también a nivel ideológico, buscando continuamente la adaptación de su mensaje político a una perspectiva cristiana. Por

---

<sup>22</sup> Para la relación fundamentalmente simbólica establecida por Carlomagno entre el Sacro Imperio Romano Germánico y el Imperio Romano, *vid. supra*, cap. 5.

ello, la Sibila de Núñez de Oria no sólo recuerda a la del libro VI de la *Eneida* sino también a la de la *Bucólica* IV, a partir de su interpretación cristiana, porque, como se formula ya en el resumen que encabeza el libro XII, ésta es la adivina que hace más de mil años profetizó el nacimiento de Cristo (“*antiquam Sybillam, quae Christi ortum et nouissimum diem iudicii vaticinata fuit*” [p. 376]). Como puede apreciarse, la operación de sincretismo llevada a cabo por el poeta en la adaptación cristiana de la mitología pagana<sup>23</sup>, similar a la realizada en el reinado de Carlomagno para justificar su adopción simbólica de la herencia romana, es uno de los elementos más poderosos y relevantes del poema, porque sobre éste se construye su lectura ideológica (política y cristiana).

Esta última profecía tendrá nuevamente como receptor a Ricardo, el ilustre antecesor de los Guzmán, a quien, tras anunciarle el futuro del imperio, la misma Sibila le revelará nuevamente su descendencia futura. Éste y uno de sus compañeros se han adentrado por unas montañas donde son sorprendidos por un monstruoso dragón, al que consiguen dar muerte [XII, 15-42]. No obstante, ambos son infectados por su veneno y caen medio muertos, hasta que la Sibila aparece entre el follaje y les reanima con ambrosía y unos mágicos frutos [XII, 43-70]. Entonces, la adivina los conduce hacia el interior de los bosques hasta una vasta laguna situada en un oscuro valle y, tras transformarse en delfín, los carga a su espalda y se sumergen en las aguas. En ellas ven a las Sirenas, cuyo canto se ha vuelto inofensivo tras ser vencidas por el ingenioso Ulises, y, finalmente, llegan a un palacio de cristal donde comen y descansan [XII, 71-109]. Ya reconfortados, la Sibila los lleva hacia unos campos bañados por ríos abundantes, de uno de los cuales emergen las Sirenas, cuyo canto refiere ahora la Natividad y la Vida de Cristo [XII, 118-147]<sup>24</sup> y otras historias divinas que les ha dictado la Sibila (“*Carmina, et historias divas, dictante Sybilla*” [XII, 149]).

---

<sup>23</sup> Otro ejemplo destacado de esta traslación cristiana de la mitología lo encontraremos en este mismo libro, cuando el poeta hace de las Sirenas de la *Odisea* las cantoras de la Natividad, *vid. infra*.

<sup>24</sup> En concreto, las Sirenas cantan sobre la venida del arcángel Gabriel y lo que éste profetizó a la Virgen: la Anunciación [XII, 118-122]; el Nacimiento y la Adoración de los magos [XII, 123-125];

A continuación, y puesto que los héroes llevan tanto tiempo alejados de Francia, la adivina les explica la situación en que ésta se encuentra y los últimos acontecimientos, en concreto el cerco de Arlés y la milagrosa intervención de Bernardo del Carpio en defensa del imperio. Milagrosa, porque, como les dice, Dios mismo, compadecido de la desgracia que se cernía sobre Carlomagno al haber sido sus pares encantados por Urganda, envió en su ayuda a Bernardo y a San Miguel: “...*summa Dei clementia tanti/ Excidii miseratus; opem misisset ab alto/ Aethere, Bernardum Hispanum, diuumque Michaelem*” [XII, 169-171]. Éstos consiguieron reunir a las tropas cristianas dispersas y expulsar a los paganos después de haber provocado entre ellos una gran mortandad. Tras esta intervención divina, la situación de la lucha sigue siendo indecisa, pero la Sibila les anuncia que, finalmente, la victoria será suya.

Todo ello, les dice, sucederá por voluntad divina al igual que lo que el futuro depara al imperio. Es aquí donde inicia propiamente el vaticinio político de una Sibila que, como hemos podido ver, es ahora una profetisa divina. La misma que anunció hace mil años el nacimiento de Cristo es la misma que se dispone a referir la herencia del imperio que Carlomagno habrá cristianizado. De ahí que lo primero que dice es, efectivamente, que el imperio de Quirino –i.e., de Roma– renacerá en el de Carlomagno en nombre de Cristo y de éste pasará a otro Carlos poderoso y a su hijo:

*“Haec sine mente Dei non fient, nempe Quirinum  
Imperium vere exoritur nunc nomine Christi  
A Carlo Magno, vsque alium simul atque potentem  
Carlum, qui quintus dicetur, et vsque Philippum”* [XII, 195-198]

El sentido del vaticinio es claro: el Imperio Romano sobrevivirá en el cristiano de Carlomagno, y de éste pasará a España. Estamos, en definitiva, ante la

---

el encuentro con Simeón [XII, 126-127]; la entrevista de Cristo con los maestros de la ley [XII, 128-129]; el milagro de las bodas de Canaan [XII, 130-131]; el milagro de los panes y los peces [XII, 132-133]; la resurrección de Lázaro [XII, 139-140]; la de Cristo [XII, 141-144]; y el Juicio Final [XII, 145-147].

repetida idea de la *translatio imperii* a través de la cual se cifra la herencia hispana de la gloria y el poder universal de Roma bajo el signo del Cristianismo y, sobre todo, por voluntad divina. Dios, la Providencia, ese poder omnímodo equivalente al *fatum* virgiliano, ha establecido la herencia de ese *imperium sine fine* cristiano y, ahora, español. Por ello, prosigue la Sibila, mientras éstos vivan crecerán juntos el imperio y la Iglesia (“... *quibus imperium viuentibus istud/ Maius erit, magis increscetque Ecclesia...*” [XII, 199-200]), puesto que ambos constituyen una entidad inseparable. Establecido ya el mensaje principal de la profecía, la Sibila prosigue ahora con el elogio de diversos príncipes y monarcas contemporáneos de éstos, con los que están emparentados, a través del cual da cuenta de la importancia y el poder de la estirpe de los futuros señores del mundo, los Austrias hispanos. El primero es Maximiliano II, yerno de Carlos y futuro Emperador austríaco de occidente. A continuación trata de los dos monarcas franceses, Francisco I y Enrique II, al que sucederá un varón célebre, el futuro Francisco II, que vencerá y convertirá a los rebeldes con la ayuda de su cuñado, Felipe II [XII, 206-210]. Cierra este catálogo de héroes “austríacos” –y la profecía- el hijo menor de Carlos, Juan de Austria, cuya virtud y valentía destacarán sobremanera [XII, 211-213]<sup>25</sup>.

Pese a la brevedad de la prospección, su significación es muy clara e íntimamente vinculada a la lectura ideológica del poema: celebrar a Carlos V y a Felipe II –y a demás héroes hispanos- a través de Carlomagno y sus pares. La alabanza, como hemos visto, no concierne únicamente a sus gestas particulares, a las que ha hecho referencia en la primera de las visiones proféticas, sino muy especialmente al hecho de que éstos se convierten en los herederos del que fuera primer emperador cristiano de occidente. De esta forma, el elogio de ambos monarcas se convierte al mismo tiempo en la visión grandiosa de un imperio cuya centralidad se ha ido desplazando históricamente hasta llegar a España. El elogio de Carlomagno sirve, por tanto, de prefiguración simbólica del futuro de ese poder que emana de Roma y que por efecto de la *translatio imperii* se encarnará

---

<sup>25</sup> Concluye la profecía política, porque, a continuación la Sibila le revelará a Ricardo su futura descendencia.

nuevamente en la nación que Dios ha señalado como su sucesora y en un nuevo emperador, Carlos V, gracias al cual España se convertirá en la señora del mundo entero.

## Capítulo 14

### EL *BERNARDO* DE AGUSTÍN ALONSO

Con la *Historia de las hazañas y hechos del invencible caballero Bernardo del Carpio* de Agustín Alonso volvemos a encontrarnos, tal como evidencia su título, con la figura de Bernardo del Carpio. Publicado en Toledo en 1585, el poema observa unos presupuestos formales e ideológicos muy cercanos a los de Espinosa y Garrido de Villena, es decir, se plantea como una continuación del *Orlando Furioso* en la que, además de poner fin a diversas historias inacabadas del poema italiano, se introduce la narración de la histórica batalla de Roncesvalles a través del héroe hispano, con el fin de hacer de ésta una prefiguración de la guerra hispano-francesa contemporánea. En este caso, no obstante, Bernardo ya no es un personaje más, como en las obras de sus predecesores, sino que éste pasa a ser el héroe central, alrededor de cuya figura y trayectoria se construye la trama del poema<sup>1</sup>. Alonso introduce al personaje en el mundo maravilloso de Ariosto y se centra plenamente en sus aventuras a partir de dos acciones principales: una segunda invasión turca de Francia y la narración de la batalla de Roncesvalles, en las cuales el personaje posee una importancia determinante. Ambas acciones conforman las dos partes en que puede dividirse el poema. Por una parte, los dieciocho primeros cantos tratan de las aventuras caballerescas y fantásticas del personaje, que culminan con su decisiva participación en defensa de Carlomagno, con que concluye el cerco de París, y cuya finalidad es mostrar a un Bernardo muy superior al francés Roldán, haciendo de aquél el héroe protector del cristianismo y

---

<sup>1</sup> Para el poema de Agustín Alonso véase especialmente Chevalier [1966: 190-202].



del imperio<sup>2</sup>. En los restantes cantos, Bernardo pasa a ser plenamente el héroe de la independencia española, al vencer en Roncesvalles a un envidioso Roldán, que, molesto con las atenciones que el emperador prodiga al hispano, reclama la herencia de las tierras castellanas ofrecida por el rey Alfonso. La victoria hispana en Roncesvalles es claramente un preludio de la futura guerra franco-española, lo cual hace de Bernardo un personaje relevantísimo en la historia de España. Que esto es así lo demuestran asimismo los grabados que aparecen en la portada (el escudo de Carlos V) y la contraportada de la *princeps*, en el que se ve al águila imperial triunfante que lleva en sus garras la media luna en la que puede leerse “*Donec totum impleat orbem*”, es decir, el emblema y la divisa personales de Enrique II, en lo que es una alusión clarísima de la victoria hispana sobre Francia.



Grabado de la contraportada de la edición príncipe, Toledo, 1585.

<sup>2</sup> Lo que determinará, contrariamente a cómo sucedía en los poemas de Espinosa y Garrido de Villena, que Alonso no haga de Roncesvalles la victoria de una alianza castellano-turca. En el *Bernardo*, el triunfo sobre los franceses se debe exclusivamente a Bernardo y sus hombres y limita el papel de las tropas del rey Marsilio tuvieron en él y que, siguiendo a la *Crónica General*, reprodujeron los dos poetas anteriores. Sólo a Bernardo cabe, por tanto, el honor de la victoria. Los turcos, por el contrario, serán los que masacren a los francos en retirada.

En este sentido, por tanto, Alonso, frente a sus antecesores, posee el mérito de haber sido el primero en llevar hasta las últimas consecuencias la construcción heroica y patriótica de la figura de Bernardo del Carpio, lo que se refleja en la propia estructura de la obra, que se beneficia de ello. De esta forma, los éxitos del héroe hispano se ofrecen, en toda su amplitud, como una prefiguración de la grandeza futura de España, a la que el personaje y el lector podrán asistir a través de las diversas profecías que muestran el esplendor de una nación y una Europa en paz bajo la monarquía austríaca. Como podremos comprobar, los pasajes proféticos, al igual que sucedía en todos los poemas anteriores, parten de la imitación de otros tomados tanto de la *Eneida* como del *Orlando*, lo que demuestra hasta qué punto ambas obras se concebían muy próximas ideológicamente y plenamente compatibles en lo que es un ejercicio de fusión consciente de ambos modelos, que busca elevar a los poemas ariostescos a la dignidad épica. Una vez más, por tanto, es en las profecías en las que se materializará fundamentalmente y donde se rentabilizará de forma más poderosa el mensaje político y patriótico que recorre la obra de principio a fin, y que hace de Bernardo un Eneas hispano cuyas aventuras poseen la finalidad de servir a la alabanza de Carlos V y Felipe II, los futuros señores del mundo.

### ***La ecphrasis del escudo de la Sibila de Cumas***

La primera de las profecías del *Bernardo* no puede ser más indicativa de la utilización de los dos modelos heroicos en los pasajes más claramente ideológicos del poema, en especial del de la *Eneida*. Se trata de la *ecphrasis* del escudo fabricado y cincelado por la propia Sibila de Cumas, la que fuera guía de Eneas por el trasmundo virgiliano y profetisa de la Edad de Oro, en el que Bernardo podrá contemplar las gestas futuras de Carlos V y el nacimiento de su heredero, Felipe II. Como afirma Chevalier [1966: 204], Alonso se sirve para su prospección de un pasaje de Virgilio, en el que inserta una escena –la del nacimiento de Felipe– que ha tomado de Ariosto. Al igual que en el poema de Núñez de Oria, la imagen del escudo está muy marcada a nivel simbólico porque su lectura se construye,

claramente, sobre la interpretación del de Eneas. De esta forma, si en el de Virgilio la narración cronológica de los principales acontecimientos históricos de Roma simbolizaba, merced a la circularidad del escudo, la historia del mundo, en el de Alonso la cronografía del orbe que es la *ecphrasis* se hace hispana. La hispanización de uno de los principales pasajes proféticos del modelo épico por excelencia supone la plasmación de un concepto repetido hasta la saciedad tanto en la propaganda iconográfica como en la producción épica del quinientos español como es el de la *translatio imperii*. El escudo de la Sibila, por tanto, justifica y bendice la ambición universal de la monarquía española al presentar a esta nación como la mano que sostiene el poder del imperio cristiano de Roma.

No sólo se hispaniza el contenido del escudo, sino también el que ha de ser su receptor, que no es otro que el héroe protagonista, Bernardo. Ulania, el personaje encargado de hacer entrega del escudo, llega desde Islandia, país en el que se ha custodiado durante siglos, a la corte de Carlomagno. Un misterioso caballero vence la lid que da derecho al escudo, pero desaparece sin recogerlo y el emperador decide devolverlo a su portadora para que ésta lo encuentre y se lo entregue [I]. La identidad del caballero es desvelada a Carlomagno por la maga Melisa [II, lxxvii-lxxxv]<sup>3</sup>. Finalmente, Bernardo rescata a Ulania de un peligro [V] y ésta, tras compararlo con “el Macedonio y el Romano” [VI, i, 3] le pide que acepte el escudo ganado justamente en París y que se digne a visitar a su señora, la reina de Islandia. El héroe acepta ambas peticiones y Ulania despacha a dos doncellas a su tierra para que den noticia de la llegada de Bernardo.

Después de tres días de viaje, ambos se detienen a descansar bajo un álamo y, por primera vez, el héroe contempla el escudo. La doncella, al advertirlo, le explica que se cree que “...una Sibila antiguamente/ De quien la fértil Cumas se gloria,/ Forjó el escudo allá en la fragua ardiente” [II, xvii, 2-4] en tiempos de

---

<sup>3</sup> Alonso refiere los orígenes del héroe siguiendo la *Crónica General*: hijo secreto de doña Jimena, hermana del rey Alfonso, y de don Sancho Díaz, conde de Saldaña, fue adoptado por su tío y se educó en la corte, mientras que sus padres fueron castigados. Ya adulto, los familiares de su progenitor le contaron la verdad y Bernardo, indignado con su tío, abandonó la corte para instalarse en el castillo del Carpio.

Constantino. Ulania le refiere entonces que éste, contra el parecer general, quería abandonar Roma por Constantinopla. La noticia llegó a oídos de la Sibila, desterrada a una gruta por la creciente aceptación del cristianismo, quien, disgustada por lo que esta decisión supondría para el imperio, decidió forjar doce escudos en los que cinceló la historia futura de Europa de los próximos mil doscientos años, “poniendo en cada cual los muchos daños/ Que se verían en tiempo de cien años” [VI, xxii, 7-8] y los colgó del edificio del Laterán para que Constantino los viera. Éste, comprendiendo que en ellos se profetizaban las desgracias futuras, dudó si debía o no abandonar Roma, pero, finalmente, inspirado por la providencia que ha decidido hacer de ésta la cabeza del cristianismo, abandonó la ciudad [VI, xxvi]. Con su marcha, se va cumpliendo parte de lo que la Sibila había anunciado en los escudos: los bárbaros entran en Roma y cae el imperio [VI, xxvii]. Para evitar que caigan en manos de los invasores, un romano tira los escudos al Tíber, excepto uno, el más hermoso y excelente de todos, en el que está representada la derrota de oriente y la gloria final de Roma y que es, precisamente, el que ha ganado Bernardo. Éste fue a parar a manos del rey godo que decidió enviarlo a su tierra, Islandia, donde fue custodiado hasta ahora.

Entonces se inicia propiamente la *ecphrasis*. En la parte superior puede verse inscrito el número doce, con el que se indica que éste es el doceno y último de los escudos labrados por la Sibila y, por tanto, que señala que han transcurrido mil doscientos años desde la caída del imperio “Hasta que el de occidente nuevo vino/ En el poder de un príncipe divino” [VI, xxxi, 7-8], es decir, Felipe II. Por ello, el escudo no sólo es, materialmente, el último de la serie sino, fundamentalmente, el que cierra simbólicamente el largo periodo que va desde la caída del Imperio Romano de occidente hasta su renacimiento bajo el gobierno austríaco, en el que la ciudad eterna, como decretara la providencia divina, se convertirá en el centro del cristianismo. La *ecphrasis*, por tanto, concierne fundamentalmente a la misión hispana de la *preservación de occidente*, a la defensa y pacificación de Europa de la amenaza del paganismo oriental y protestante ya que España es la señora de todo occidente. Por ello, las primeras imágenes de la *ecphrasis* son las que conciernen a la caída de Constantinopla en manos de los turcos en 1453, que convirtió a Mahoma en el único señor de las tierras de oriente

[VI, xxxii-xxxv] para pasar a continuación a la visión de algunos emperadores futuros del Imperio Romano de occidente y que se inicia, no con Carlomagno, sino con Federico III<sup>4</sup>, rey alemán muy amado por los suyos y durante cuyo gobierno se mantuvo siempre cerrado el templo de Jano [VI, xxxvi-xxxvii]. Tras éste, siguen sus herederos hasta Carlos V: Maximiliano I [VI, xxxviii] y Felipe el Hermoso [VI, ixl-xl], de cuyo matrimonio con Juana de Castilla “Saldrá al mundo la paz, el alto reposo” [VI, xl, 3]. Lo que sigue hasta el final de la *ecphrasis* es, por tanto, la relación en orden cronológico de los principales acontecimientos y gestas del reinado carolino, que, por el hecho de estar cinceladas en el último y más importante de los escudos de la Sibila, pasan a ser consideradas como la culminación del largo proceso histórico que hará de Roma el centro del cristianismo –y de España, por tanto, su principal valedora y defensora.

La visión de los hechos concernientes a Carlos se abre con la muerte de su padre en España [VI, xli] y su llegada a la península para coronarse como rey [VI, xlii]. Su primera gran gesta es la que implica la pacificación interna de España con la represión de la revuelta de los Comuneros y la expulsión de los ejércitos de Francisco I de Navarra [VI, xliii-xliv], a la que sigue su coronación imperial en Bolonia tras la muerte de su abuelo [VI, lxxv-lxxvii]. Ulania silencia, no obstante, diversos hechos como el surgimiento del luteranismo y otras victorias conseguidas ante Francia [VI, xlviiii]<sup>5</sup>, para mostrarle seguidamente los fastuosos esponsales sevillanos del Emperador con Isabel de Portugal, hija de aquel “otro Argonauta,

---

<sup>4</sup> Alonso obvia el periodo en que la titularidad imperial perteneció a los francos para pasar directamente a los emperadores alemanes y austríacos de los que desciende Felipe II. Francia fue el centro del imperio hasta el año 888, a partir del cual su titularidad quedaría vacante durante cuarenta años, hasta que fuera reestablecido con Otón I, del cual pasaría a los reyes de Alemania.

<sup>5</sup> Entre las que se encuentra la victoria de Pavía, que ocupa un puesto muy discreto en la relación de gestas carolinas, posiblemente por el hecho de tratarse de un enfrentamiento entre dos naciones cristianas, cuando lo que interesa en la *ecphrasis* del escudo es referir, principalmente, los triunfos del Emperador ante los paganos dentro de las fronteras occidentales, que son las que harán posible que la Roma imperial renazca como centro de un imperio cristiano sostenido por el poder hispano. Así, el conflicto con Francia concierne, sobre todo, a la acción protagonizada por Bernardo, en la que cristaliza el patriotismo y el sentimiento anti-francés de la España de la época.

otro Neptuno” [VI, 1, 8]. Sigue a éstos el nacimiento de su heredero, que ocupa las estrofas centrales de la *ecphrasis* [VI, li-liiii], para el cual “Bajaron de su alto y rico asiento/ La Justicia, Clemencia y Grandeza,/ Y la de nuestro bien firme cimiento/ Fe, Templanza, Prudencia y Fortaleza” [VI, lii, 1-4], virtudes que adornarán a este príncipe único en el mundo<sup>6</sup>.

Tras asistir a tan regio alumbramiento, Ulania refiere a Bernardo los demás hechos cincelados en el escudo, todos ellos centrados en los esfuerzos sostenidos por el Emperador para preservar Europa. La enumeración se reanuda con la mención del cerco de Nápoles y la expulsión de los franceses [VI, liv], y la sanción de la Dieta de Augsburgo “Por deshacer la Luterana secta” [VI, lv], para proseguir con las grandes campañas carolinas contra el paganismo en dos frentes: el norte y el Mediterráneo. El primero es la defensa del ataque de Solimán el Magnífico contra Hungría y la decisiva intervención imperial en Viena [VI, lvi-lvii], seguida de las expediciones por el Mediterráneo contra Barbarroja en La Goleta y Túnez [VI, lviii-ilx] y el fracaso argelino [VI, lxi-lxiii]. Tras ellas, la *ecphrasis* muestra la apertura del Concilio de Trento [VI, lxiv] y se detiene en la victoria sobre la Liga de Esmalcalda [VI, lxv-lxviii], que culmina con la visión del Lansgrave de Hesse postrado ante el César [VI, lxx] y la entrada triunfal de éste en Augsburgo, resplandeciente y cubierto de oro, sobre un carro donde van atados los vencidos. Carlos es, por tanto, el vencedor de Alemania, el que triunfó allí donde había fracasado Julio César:

“El indómito orgullo, que no pudo  
 Domar el César Julio gran romano,  
 Del soberbio sajón, y suevo crudo,  
 Del franco, lotoringo, y del germano,  
 Ora se ve en el bello y rico escudo  
 Domado ser por la Cesárea mano:  
 Y cómo a los señores que domaba

---

<sup>6</sup> El pasaje del nacimiento de Felipe II sigue la visión profética del alumbramiento y gestas del heredero de Ercole I de Este, Hipólito, en el último canto del *Orlando Furioso*, XLVI, lxxxv-xcvii.

Y por cautivos trae, leyes daba.” [Vi, lxii]

La apoteosis de Carlos V presenta a éste como héroe victorioso en la guerra y como legislador de los vencidos, al igual que los personajes romanos de algunas de las profecías de la *Eneida*. La capacidad legislativa, por tanto, es un poder que corresponde únicamente a los vencedores, mediante el cual subyugan e integran a los distintos pueblos que ahora están bajo su mando. Carlos es, por tanto, el que ha domeñado a los infieles que amenazaban la integridad de occidente. A continuación, Ulania muestra a Bernardo cómo su hijo Felipe se reúne con su padre para celebrar conjuntamente la que fuera su última gesta en defensa del cristianismo, explotando simbólicamente la relación paterno-filial en el traspaso de la autoridad. A éste, el próximo rey de España, que “La planta del un pie tiene en un mundo” [VI, lxxiv, 2], servirá la Fortuna, que le prestará sus alas para que se eleve por los aires y pueda ver la derrota del corsario Dragut [VI, lxxv], con que concluye inesperadamente la *ecphrasis*. Pese a que, según el poeta, el escudo hace referencia a otros acontecimientos, la repentina llegada de Roldán obliga a Ulania a interrumpir su descripción [VI, lxxvi].

La *ecphrasis* es, en definitiva, la visión de las gestas de Carlos V, razón por la cual concluye con la simbólica cesión del poder a su heredero. Carlos será el príncipe divino anunciado al principio, el que hará renacer a Roma después de que ésta cayera bajo las armas de los bárbaros germánicos, un largo periodo visto claramente como circular, como el propio escudo. Por ello la descripción se cierra con el triunfo y la apoteosis del César ante los alemanes protestantes que impedían la instauración de una nueva Roma cristiana que domina simbólicamente Europa y sostenida por el poder hispano. Las hazañas carolinas son lo único que hará posible lo que la providencia había determinado cuando obligó a Constantino a abandonar Roma. De esta forma, Carlos V, y con él, España, se convierten en el bastión más poderoso de la Fe y su Iglesia, en los elegidos por Dios para salvaguardar Europa para el cristianismo. Ello justifica y sanciona su dominio sobre occidente, puesto que gracias a sus gestas y pías acciones ha podido vencerse la amenaza hereje que derrotó al imperio de oriente con que se abría la *ecphrasis*.

***La profecía del mago Nemosín: genealogía mítica de la Casa de Austria***

Interrumpida la *ecphrasis* del escudo, Bernardo y Roldán se enzarzan en una dura lucha que se prolonga hasta la puesta del sol y ambos se emplazan para retomarla en una futura ocasión. Seguidamente, Ulania y Bernardo prosiguen su viaje a Islandia, durante el cual suceden al héroe hispano diversas aventuras caballerescas, mientras que Marsilio y Radagaso entran en Francia [VII-X]. Finalmente, el héroe y su compañera llegan al reino de Islandia, al que el protagonista salvará del rey de Suecia, y se narra la historia de amor entre el hispano y la reina causada por un encantamiento [XI]. El episodio, sin duda, parte de la historia de los amores entre la reina Dido y Eneas, en los que el poeta recrea las delicias del amor que retienen al héroe alejado de sus obligaciones militares – así como la unión de Ruggiero y Bradamante, padres de una insigne prole. La reina y Bernardo se dirigen a una cueva, llamada de la llama eterna, donde los dos consuman su amor y se unen en matrimonio [XII, il]. Al día siguiente, entra en su aposento la anciana tía de la reina, que saluda a Bernardo como el padre de un excelente linaje<sup>7</sup> [XII, liv] y le recuerda que su misión es la de salvar a Carlomagno del ataque turco y no gozar del amor de su sobrina en esta isla tan alejada, mientras consuela a la alterada Gociana anunciándole el nacimiento de un hijo de ambos, que será el esplendor de toda Islandia. De esta forma, la anciana maga deshace el encantamiento que retiene a Bernardo y, a continuación, se dispone a mostrarles a ambos las figuras y los grabados que se custodian en tres salas creadas por un sabio adivino llamado Nemosín en las que representó a los reyes del pasado y del futuro “Que en el dorado siglo venidero/ A España ilustrarían tan anchamente” [XII, lxxii, 5-6].

Lo que sigue es la visión del linaje de los reyes de España a través de la *ecphrasis* de las numerosas esculturas y mosaicos que llenan la primera y más

---

<sup>7</sup> Teóricamente, el que nacerá de su unión con la reina, pero que no será referido posteriormente, con lo cual se concede prioridad a la narración de las gestas de Bernardo.



extensa de las salas, en la que su origen se remonta hasta Adán, al que suceden personajes históricos y mitológicos e incluso dioses paganos, con el fin de establecer una larguísima genealogía mítica de los Habsburgo españoles que legitime su autoridad y su poder universales. A partir de un origen supuestamente bíblico, los más importantes linajes vinculados al poder, reales o míticos, forman ahora parte de una única estirpe que culmina con el último de sus reyes, que no es otro que Felipe II. De Israel a Egipto, Grecia, Troya y Francia, los grandes héroes y dioses, reyes y emperadores del mundo son los ancestros del actual rey de España, a través de la mezcla y vinculación de personajes de tradiciones dispares. Esta operación de sincretismo, basada tanto en la imitación del modelo virgiliano como en las distintas genealogías míticas llevadas a cabo por diversos monarcas y emperadores, a partir de Carlomagno, para dignificar simbólicamente y justificar su poder político, tiene una finalidad evidente: bendecir la ambición del dominio universal de la monarquía hispana. Ésta es, por tanto, la más directa heredera del Imperio Romano (a través del linaje troyano) y del reino bíblico de David (a través de los personajes bíblicos) y a ella corresponderá, finalmente, el gobierno del mundo entero.

Una vez que Gociana y Bernardo han admirado la riqueza de la primera de las salas, la maga les muestra un mosaico donde están representados los patriarcas antediluvianos. El primero es Adán, a quien “la tierra le dio Dios en gobierno” [XIII, v, 6]. Le siguen su hijo Set [XIII] y sus descendientes hasta Lamek [XIII, vi-viii], tras el cual Dios castigó a la humanidad por sus pecados a morir en el Diluvio, del que sólo sobrevivió Noé [XIII, ix], el segundo padre. Le siguen su hijo Cam [XIII, x], cuya prole pobló Libia y Europa, Kus, Nemrod y Sabatio, “...que en el Capitolino/ Monte, a Saturnia edificó, y de Rea/ Su mujer, hubo a Osiris, que cercano/ Está a Sabatio dándole la mano” [XIII, xi, 5-8]. Su hijo Osiris recorrió el mundo entero para instruir a la gente hasta que fue asesinado por su hermano Titón [XIII, xii]<sup>8</sup>. Este pasaje es un claro ejemplo del sincretismo de que hablaba

---

<sup>8</sup> Alonso parte de una complicada mezcla, muchas veces confusa, de las identidades otorgadas por diversas tradiciones mitológicas a estos personajes. Sabatio o Sabacio, del que se dice que edificó

anteriormente en el que se funden las personalidades de distintos mitos antiguos. A través de estos personajes y su diversa identidad en diferentes tradiciones mitológicas, el poeta establece, por una parte, un vínculo entre los patriarcas bíblicos y Hércules y sus hijos, que serán los señores de España e Italia y, por otra, añade a la larga lista de ancestros de los reyes de España a divinidades paganas, merced a la equivalencia existente en las mitologías griega, romana y egipcia respecto a sus dioses y héroes.

A éstos sigue Hércules, que vengó la muerte de su padre (“Mas Hércules su hijo en propia mano/ Vengó esta injuria, dando cruda muerte/ En Egipto a Titón, del padre hermano...” [XIII, xiii, 1-3]). Entonces pasó a Italia, donde dio muerte al Lestrigón, y a España, donde venció a Gerión, un gigante de tres cabezas<sup>9</sup>. Sus dos hijos, Hispán y Tusco [XIII, xiv], se establecieron respectivamente en España e Italia. Del linaje de este último nacería Dárdano, que fundaría Dardania (futura Troya) el mismo año en que Moisés liberó al pueblo de Israel del yugo egipcio [XIII, xv]. A partir de éste, el poeta enumera la larga lista de sus descendientes [XIII, xvi-xliii], que fueron poblando progresivamente distintas regiones hasta que, finalmente, se asentaron en occidente. Entre los primeros destacan Tros [XIII, xvii], del cual recibiría su nombre Troya, y Príamo [XIII, xix], durante cuyo reino sería destruida la ciudad, lo que provocaría la dispersión de los troyanos por el mundo. Su hijo Heleno [XIII, xx] se estableció en Tracia y de allí, el linaje troyano fue poblando oriente, mientras se sucedían diversos acontecimientos históricos

---

Saturnia en el Monte Capitolino, se identificaba con Saturno, o, lo que es lo mismo, con el dios griego Crono de la mitología griega, al que se adoraba como el dios de la cebada, Sabacio, y se lloraba como Osiris en Atenas, donde compartía un templo con Rea. Sabacio tuvo a Osiris de su mujer Rea (según la mitología griega, ésta era la Titánide hija de Gea y Urano que se casó con su hermano Crono y de cuya unión nacería Zeus). Osiris fue asesinado por su hermano Titón (Set, en la mitología egipcia) y vengado por su hijo Horus, que algunas tradiciones identificarían con Hércules. Según la tradición órfica, Crono se reconcilió con Zeus y fue un rey bueno, el primero que reinó en el cielo y en la tierra y al que se deben las leyendas de la Edad de Oro. Véase al respecto Grimal [1951] y Graves [1985]. Nótese, significativamente, que el poeta no se circunscribe a una única tradición sino que, por el contrario, lleva a cabo una mezcla evidente a través de los distintos nombres de estos mitos: Sabacio y Rea, Osiris, Titón y Hércules.

<sup>9</sup> Para la importancia de Hércules como ancestro mítico de los Austrias, *vid. supra*, caps. 5-7.

destacados como la institución de la monarquía en Israel con Saúl [XIII, xxii] y la fundación de Roma [XIII, xxvii]. Marcomiro [XIII, xxxi-xxxiv], otro miembro de la estirpe troyana, no pudiendo hacer frente a los godos, pasó a occidente, concretamente a las regiones de Rin, donde fue recibido por los sajones que le permitieron el asentamiento, que daría lugar a la futura Holanda. Éste, además, vió en sueños una figura monstruosa de tres cabezas, de águila, de león y de sapo, que la Sibila de Escitia interpretaría como los romanos, los germanos y los franceses que “En otra edad habían de ser regidos” [XIII, xxxiii, 4], en una clara alusión a tres de las nuevas estirpes nacidas de Troya. De uno a otro, asistimos al nacimiento progresivo de los linajes occidentales más importantes hasta Franco [XIII, xliii]. Con éste, Alonso ha llegado al año cero de nuestra era, momento en el que la estirpe troyana se ha establecido en Alemania y la Galia. Esta larguísima enumeración demuestra hasta qué punto es simbólicamente importante la inclusión de los descendientes de Dárdano entre los ancestros austríacos, en una operación que debe mucho a la influencia del modelo virgiliano.

Con Franco, el linaje troyano se ha convertido en la estirpe de este nombre, que establecerá asimismo relaciones con los godos. A éste siguen sus muchos descendientes [XIII, xliv-lx], entre los que destaca Vualtero, rey de los francos descendiente del linaje de Príamo, de quien “...el claro e inmortal linaje/ De Carlomagno y Carlo quinto viene:/ Al cual (la edad siguiendo) hará homenaje/ Quanto el orbe espacioso en sí contiene” [XIII, li, 1-4], afirmación con la que el poeta establece, a través de Troya, una clara vinculación entre el primer emperador romano germánico y Carlos V, ambos descendientes de la misma rama genealógica. Finalmente, llegamos a Hilderico, cuyos dos hijos, Clodoveo y Sigiberto, heredaron el reino franco y Austria, respectivamente [XIII, lx].

Con éstos, Alonso pasará progresivamente de Francia a Alemania y Austria, patria de los Habsburgo, descendientes, por tanto, de los francos y de Troya. El primero de los duques de Habsburgo fue Sigisberto –“...aqueste ha dado/ Principio a la real genealogía/ Y familia de Habsburgo: que siempre ha sido/ Pilar del cristianismo perseguido” [XIII, lxiii, 5-8]. Tras él, el poeta enumera a sus sucesores [XIII, lxv-lxx] hasta llegar a Rodolfo [XIII, lxxi-lxxii], cuya figura aparece tocada con la insignia imperial y llevando cetro y corona y que “Emperador Romano este

elegido/ Verán primero...”. Efectivamente, Rodolfo fue coronado rey de Alemania en 1273 y vinculó su dinastía con la casa de Austria. Con éste, por tanto, el linaje de los Habsburgo estará siempre vinculado, como señalará el poeta en la enumeración de sus nietos, con la posesión del imperio: Alberto de Habsburgo [XIII, lxxiii-lxv], que fue rey de Alemania en 1438 y Emperador en 1440 y al que el poeta alaba como “Sustento de la Fe, pilar, y muro/ Inexpugnable: y hará la tierra/ Al imperio sujeta que en paz viva/ Trayendo a la Discordia por cautiva” [XIII, lxxiv, 5-8]; Federico III [XIII, lxxviii], archiduque de Austria y Alemania y Emperador de Roma, que “...mantendrá con la paz la imperial tierra”, y, especialmente, Maximiliano I [XIII, lxxix-lxxx].

Con este último hemos llegado a los más inmediatos ancestros del actual rey de España. Tras Maximiliano I, Bernardo y Gociana contemplan la efigie de Felipe el Hermoso [XIII, lxxxi-lxxii], de cuya unión con Juana de Castilla “En el mundo saldrá la mejor vida,/ Que entre hombres jamás será infundida” [XIII, lxxxii, 7-8], es decir, Carlos V [XIII, lxxxiii-lxxxv]. Éste, “gran César y monarca” [XIII, lxxxiii, 2], conocerá la inmortalidad y la gloria universal, será el vencedor de Francia, del Turco y de Alemania, superando con estas gestas al propio Julio César –“Dirá lo que no pudo el gran Romano,/ Yo vine, vi, y vencí con fuerte mano” [XIII, lxxxiv, 7-8] y, sobre todo, será el gran defensor del cristianismo y el que devolverá al mundo la Edad de Oro:

“Con un triunfo fuera de costumbre  
 Corona habrá en el Aventino monte.  
 Las insignias de Cristo hasta la cumbre  
 Levantará por todo el horizonte.  
 En fin irán los rayos de su lumbre  
 Por cuanto alumbra el padre Faetonte.  
 Será en su edad el mundo todo alegre,  
 Correrán oro el Tajo, Íbero y Segre.” [XIII, lxxxv]

Tras él, finalmente, Felipe II, el último de esta espléndida y larga prole nacida de Adán y de Troya, cuya figura, cubierta de oro y piedras preciosas, ocupa el lugar más elevado de esta primera sala [XIII, lxxxvi-xc]. Éste, dice la maga, “...mandará solo/ Cuanto se extiende de uno a otro polo” [XIII, lxxxvi, 7-8]. De rostro “más que humano” [XIII, lxxxvii, 2], la Justicia y las Virtudes le están esperando para ser restauradas en el mundo. Sus gestas, no obstante, están secretamente custodiadas en otra de las salas, la llamada de la Fama, “Pues Nemosín el sabio nigromante/ Que gozemos tal gloria no consiente” [XIII, xci, 3-4]. Bernardo y la reina quedan maravillados por lo han contemplado y el héroe comprende que es de Carlos y de Felipe de los que la Sibila profetizó las gestas en el escudo que ahora está en sus manos [XIII, xciii]<sup>10</sup>. Tras la visión de las salas, la maga entrega a Bernardo un arnés hecho por Vulcano [XIII, cviii], diciéndole que recibirá el yelmo en otra ocasión, y desaparece.

En su genealogía mítica de los Austrias, Alonso postula una raíz común para éstos y una larga serie de personajes reales y míticos cuya autoridad bendice el poder universal de la monarquía hispánica. Carlos y Felipe, los reyes futuros profetizados en el escudo de la Sibila de Cumas, son a la vez descendientes de Adán y los patriarcas bíblicos y del linaje de Troya que fundaría Roma y el imperio. Estos dos extremos de la estirpe determinan, por tanto, su origen sacro y su poder político. Mientras que su ascendencia troyana delimita y explica su herencia del imperio, de un imperio que antes fuera también de Carlomagno, quien también forma parte de sus antepasados, y que lo hizo renacer en el cristianismo, sus ancestros bíblicos otorgan un aura de santidad y providencialidad a esa herencia. En el escudo se veía a Carlos y a Felipe como los reyes bajo cuyo gobierno culminaría el renacimiento de Roma y de occidente para la fe; en la genealogía mítica, el poeta justifica su gobierno universal en tanto que son los sucesores de una larga estirpe vinculada desde su origen al poder. Ambas

---

<sup>10</sup> La tercera y última sala, que sigue a la de la Fama donde se guardan celosamente las gestas filipinas, contiene las figuras de cuatro reinas que serán las futuras esposas de Felipe II, de cuyo origen y linaje no tratará, y sus dos hermanas, María y Juana. De las primeras dirá la maga a su sobrina y Bernardo que subirán al cielo donde esperarán la llegada de su marido, cfr. XIII, xciv-cvii.

*ecphrasis*, en definitiva, establecen que el dominio del mundo de la monarquía hispana está establecido desde el principio de los tiempos, y que crecerá progresivamente a través de sus antepasados hasta ese momento culminante que es el reinado filipino.

### ***La ecphrasis de la fuente encantada: la hidra del protestantismo***

Tras la visión de los futuros reyes de España, Bernardo se despide de la desconsolada Gociana y parte hacia París para socorrer a Carlomagno [XIV-XV]. En el camino llega a una fuente construida por el mago Merlín para Morgana y en la que pintó el “doloroso estrago” [XVI, xxiv, 6] que azotará Alemania en el futuro. En ella se conserva el rico yelmo del que la maga Briandea, la tía de Gociana, le hablara [XVI, xxv]. Pero otra maga ha rodeado la fuente con un muro donde quedan encerrados todos los caballeros que intentan llegar hasta ella. Ésta profetizó que quien lo ganara libraría a Carlomagno de los turcos [XVI, xxxi], que no es otro que Bernardo. Llegan entonces Reinaldos, Marfisa y Ricardeto, que vienen también en busca del yelmo, y se entabla una lucha entre éstos y el hispano. El combate es interrumpido por Sofrosina y Frosenia, enviadas por Logistila para poner paz entre ellos, las cuales, en nombre de su señora, les requieren que acudan en ayuda de Carlomagno [XVI, ix-c-xcvi]. Los cuatro, aceptando el encargo, deciden pasar la noche aquí para así poder contemplar las figuras que decoran la fuente. A la mañana siguiente, la propia Sofrosina les muestra las figuras del mago Merlín y les informa que representan el futuro (“Sabed que aquestos bultos así extraños/.../ Vendrán después de setecientos años/ A nacer en el mundo: y su sentido/ Que agora está entre todos como muerto,/ Entonces se verá más descubierto” [XVIII, liv, 1, 5-8]).

La doncella les muestra entonces la figura de una bestia horrible, con dentadura de perro, colmillos de elefante, ojos de basilisco, manos de tigre y rostro de lobo [XVIII, lv-lvi], que habita en el infierno, del que saldrá en el futuro para dirigirse a Alemania, seguida de otros cien mil como ella, para infectar todas sus regiones con su “hedor sucio e inmundo”. Se trata del monstruo alegórico del

protestantismo, al que sólo podrá hacer frente “aquel gran varón allí esculpido,/ Con su compañía fuerte, ved le viene/ Armado de diamante, y con la lanza/ A darle muerte cruda se avalanza” [XVIII, lviii, 5-8], es decir, Carlos V, “Señor de todo cuanto el ancho cinto/ Abraza en torno el piélagO Océano” [XVIII, ilx, 3-4]. La lucha del César contra la monstruosa bestia del protestantismo recuerda, simbólicamente, a la de Hércules contra la Hidra de Lerna, en lo que es una alusión a uno de los ancestros míticos de la Casa de Austria. No obstante, este combate no se lleva a cabo sin importantes impedimentos, en especial los causados por Francisco I de Francia, que evitan que el César pueda concentrarse únicamente en la extinción del vestiglo.

Así, éste podrá volver a levantarse y envenenar a toda Alemania, para pasar de ésta a Inglaterra y convertirla en un miembro de su banda, marchando después a Noruega, Escocia e Irlanda y dejando su huella en Bravante, Flandes, Holanda, Francia, Borgoña e Italia [XVIII, lxii]. Sólo España se verá libre de su ponzoña, “Porque una vez que quiso la bravosa/ Plantar allí su campo, y estandarte,/ El sucesor del quinto sale armado/ Y a seguir su destierro la ha forzado” [XVIII, lxiii, 5-8]. España, por tanto, es la única nación que se verá libre de las luchas de religión que deberán afrontar los demás países europeos, gobernada férreamente por Felipe II, que mantendrá su reino en paz y en la fe. Éste será, finalmente, quien dará muerte a la cruda bestia y la devolverá con un solo golpe al abismo del que salió, donde quemará eternamente por tan gran pecado [XVIII, lxiv], una tarea en la que participarán diversos pontífices, prelados y caballeros cuyas efigies rodean también la fuente, pero que Sofrosina no refiere [XVIII, lxv].

El mensaje de la *ecphrasis* de las figuras de la fuente es, por tanto, muy claro. A través de ellas, Alonso presenta una España donde reina la paz y la concordia, gracias a la bravura y la prudencia de sus dos reyes, Carlos V y Felipe II, que preservan a la nación de caer en las garras de la hidra del protestantismo, manteniéndola en la fe verdadera, de la que son los únicos y más poderosos defensores. La grandeza del país, como dice Chevalier [1966: 204] radica, en definitiva, en la paz majestuosa que domina la nación antes que en sus triunfos militares, lo que explica la ausencia en el poema de dos victorias muy relevantes

del reinado filipino, como son la revuelta de los moriscos granadinos y, sobre todo, la batalla de Lepanto. De hecho, en el mismo momento en que Europa se veía inmersa en los conflictos religiosos, España debía hacer frente a un problema de idénticas características dentro de sus mismas fronteras, en las Alpujarras, que el poeta silencia voluntariamente en su visión poética de la historia de España que es esta *ecphrasis*. Lo que le interesa fundamentalmente es ofrecer una imagen de la nación en paz, segura en la fe de la que es el único bastión, bajo el gobierno del Rey Prudente, el único que podrá acabar la pía empresa emprendida por su padre.

### ***La cueva de Hércules: los Nueve de la Fama y la visión de los reyes de España***

Una vez Sofrosina ha concluido la descripción de las figuras de la fuente encantada, los cuatro guerreros parten hacia París para ayudar a Carlomagno en su lucha contra los turcos que cercan la ciudad, en la que Bernardo destaca por encima de todos, incluido el propio Roldán [XIX]. Finalizada la guerra, Carlomagno elogia el valor y el arrojo del hispano, le pide que se dé a conocer y le trata con suma deferencia, provocando la envidia de algunos de sus caballeros, en especial de su sobrino [XXI]. Tras doce días de tregua, los turcos proponen una lid de ocho contra ocho, que los cristianos aceptan y ganan [XXIV], obligando al rey Marsilio a retirarse<sup>11</sup>. Bernardo, que ha resultado malherido en el transcurso del combate, se recupera en el palacio de Carlomagno, que le demuestra en todo momento su estima. Una vez reestablecido abandona la corte seguido de Marfisa y suceden a

---

<sup>11</sup> Paralelamente, la narración trata también del enamoramiento de Marfisa y Bernardo, a la que Cupido, adoptando la imagen de Ruggiero, incita a unirse al español, anunciándole que les está prometida una magna descendencia, que no refiere [XXIII]. Alonso hispaniza también en este caso el universo ariostesco, otorgando a su héroe el protagonismo de Roldán y el de Ruggiero y el origen de dos nobles estirpes, fruto de su doble unión con Gociana y con Marfisa, que no se precisan.



ambos diversas aventuras<sup>12</sup>. Mientras tanto, Alcina llega a la morada de la Envidia y envía a ésta donde Roldán, al que le muestra a Bernardo montado en un carro de oro que le mira desdeñosamente. Enojado por el sueño, el paladín recuerda la promesa hecha a su esposa Alda de que la haría reina y se dirige donde Carlomagno, al que recrimina que se haya olvidado de él y que ahora prefiera al hispano. Entonces le pide que lo haga heredero del rey don Alfonso en cumplimiento de la antigua oferta que éste hiciera al Emperador, momento en el que el poeta recuerda los motivos que condujeron al rey leonés a hacer semejante ofrecimiento<sup>13</sup>. Carlomagno acepta la petición de Roldán y éste, acompañado de numerosos caballeros, parte hacia España para reclamar su herencia [XXVIII].

Mientras esto ocurre, Bernardo prosigue su camino, que lo lleva finalmente a Castilla. Cerca de Segovia descubre un alta torre “Que de Sexto Pompeyo era guarida/ Cuando de César fue su gente muerta” [XXVIII, ixc, 2-3] en cuya entrada contempla unas columnas cinceladas con diversos episodios de la historia de Roma [XVIII, ixc, 5-8], que el poeta no especifica. Viene entonces a su encuentro el alcaide de la fortaleza, que le refiere que ésta fue construida por Hércules en su paso por la península y que el mismo héroe abrió una cueva en la que se conserva un maravilloso secreto que nadie ha visto porque su entrada está custodiada por una gran estatua suya [XVIII, xciii]. Decidido a ver qué se esconde en ella, Bernardo apresta las armas y entra en su interior, haciendo que la figura de piedra cobre vida

---

<sup>12</sup> Entre ellas, la que tiene lugar en la morada del amor, de donde simbólicamente sale vencedor Bernardo y derrotada Marfisa. Ésta huye precipitadamente y Bernardo sale en su busca cuando topa con una doncella procedente de Islandia con una carta de Gociana en la que le dice que ha sido padre y que el rey de Noruega la pretende. Bernardo, dudoso, renueva su amor por la reina y le promete regresar mientras reanuda la búsqueda de Marfisa [XXVI].

<sup>13</sup> Una versión de los hechos prácticamente idéntica a la referida por Espinosa y Garrido de Villena: el rey Alfonso solicita la ayuda del Emperador contra los árabes a cambio de entregarle el reino a su muerte, ya que no posee ningún heredero. Los nobles españoles, especialmente Bernardo, se enojan con su rey por esta causa, y envían una embajada a Carlomagno en la que le niegan la entrada en la península, a lo que el rey francés no puede responder militarmente por tener otros problemas más urgentes por resolver –i.e., el cerco de París. De regreso a España, Alfonso recuerda los vaticinios de un profeta sobre un futuro rey de España, Felipe II, descendiente del linaje de Carlomagno, que gobernará también el mundo entero [XXVIII, lxi-lxii].

y lo ataque salvajemente. Tras una lucha feroz, el hispano consigue vencerla y pasa al interior hasta un hermoso palacio en cuya puerta encuentra a un caballero que le informa que se halla en la cueva de la Fama, en la que se custodia un gran secreto al que únicamente puede accederse pasando por siete salas defendidas por otros tantos caballeros que son Julio César, Héctor, Alejandro, Judas Macabeo, Josué y David [XXIX, viii-ix]. El que falta es el mismo que habla, que no es otro que el rey Arturo, con el que Bernardo deberá combatir en primer lugar. Tras vencer a éste [XXIX, xvi], el héroe se adentra en las demás salas y vence a todos los guerreros que las custodian [XXIX, xvii-xxxiii]. Finalmente, llega a un palacio rodeado por un foso, protegido por un altísimo muro y defendido por el propio Hércules [XXIX, xxxviii]. En mitad de la lucha, Bernardo echa al suelo a su adversario, que llama a gritos a los siete guerreros anteriores, que acuden de inmediato [XXIX, 1]. Bernardo, rechazando sus crudos golpes, llega hasta una puerta resplandeciente que se abre dejando paso a la Fama montada en su carro triunfal. Ésta aplaca a los caballeros y les ordena que dejen pasar a Bernardo ya que su valor le ha hecho merecedor del privilegio de ser el primero que pueda contemplar el secreto que custodian y, además, “es el valor y fundamento/ De España, y de real sangre heredero” [XXIX, lvi, 5-6] y “en él está el retrato de los reyes/ Que en aquel y otros reinos darán leyes” [XXIX, lviii, 7-8].

Calmadlos los enfurecidos guerreros, la Fama les ruega entonces que lo acepten como hermano y ella misma lo corona y le nombra su caballero. De esta forma, Bernardo pasa a formar parte de los Nueve de la Fama, una lista que, con su presencia, se ve alterada e hispanizada, y a la que debe sumarse la del propio Hércules, ancestro mítico de la Casa de Austria, en lo que es una evidente manipulación patriótica con un claro sentimiento anti-francés, puesto que ambos personajes ocuparán el lugar de otros dos que, originalmente, estaban incluidos en tan egregia lista, como Carlomagno y el cruzado Goffredo de Bouillon. Entonces, la Fama pide al primer morador de la fortaleza, Hércules, que conduzca a Bernardo al interior del palacio para que pueda, por fin, ver aquel secreto tan celosamente guardado. Una vez dentro, llegan a una sala repleta de las figuras e imágenes ricamente vestidas y armadas de distintos reyes, debajo de las cuales pueden verse

unas pinturas [XXIX, lxxv]. Hércules dice entonces a Bernardo que las efigies que contempla pertenecen a todos los reyes pasados y futuros de España, pero que no le señalará a todos sino sólo a aquéllos “que no han sido” [XXIX, lxxvii, 7]. Así, pasa rápidamente por los reyes godos [XXIX, lxxviii-lxix] para pasar a las gestas y las figuras de los monarcas futuros de la dinastía astur-leonesa a partir de Ramiro I (842-850) hasta que tuvo lugar la unión con la corona de Castilla bajo Fernando I (1037-1065) [XXIX, lxx-lxxxii]. Siguen a éstos los monarcas castellanos desde don Sancho II (1065-1072) hasta Fernando III (1217-1252) con el que se consumaría la tercera y definitiva unión de los dos reinos [XXIX; lxxxii-ic]<sup>14</sup>. Desde éstos, Hércules prosigue su catálogo de los reyes con Alfonso X (1252-1284) hasta Enrique IV (1454-1474) [XXIX, c-cix].

Hércules se detiene más largamente en el siguiente rey, que habría de unir al reino castellano-leonés con el de Aragón gracias a su matrimonio con Isabel de Castilla: Fernando el Católico, bisabuelo del actual monarca [XXIX, cx-cxiv]. La descripción de sus gestas es la más larga de las que el mítico ancestro de los Austrias ha hecho hasta ahora, lo que destaca a este monarca frente a sus antecesores. Así, Hércules dice a Bernardo que Fernando tiene a la Fortuna a sus pies y que su semblante es más que humano [XXIX, cix, 5-8]; que su matrimonio con Isabel y la unión de los dos reinos aumentará el honor de España [XXIX, cx]; y que su nombre será recordado eternamente [XXIX, cxi]. Tras este elogio del rey, el héroe pasa seguidamente a enumerar algunas de sus gestas más destacadas, como su victoria frente al rey de Portugal y la expulsión de los judíos [XXIX, cxii]; sus triunfos ante los turcos en Granada y las costas africanas –Trípoli, Bujía y Orán-, la conquista de las Canarias y la expulsión de los franceses de Navarra [XXIX, cxiii]. Por encima de todo, no obstante, la gran actuación política de Fernando fue haber unificado a España bajo una misma monarquía: “Pondrá toda la España en monarquía,/ En que se quedará, y siempre triunfante,/ Para que con favor de Dios que adora/ Venga de todo el mundo a ser señora” [XXIX, cxiv, 5-8]. Al igual que veíamos en poemas anteriores, el reinado del Rey Católico simboliza, por encima

---

<sup>14</sup> Un periodo en el que destacan dos famosos personajes cuyas efigies forman parte de la sala de los reyes, pese a no haberlo sido: el conde Fernán González [XXIX, lxxxiv] y el Cid [XXIX, lxxxv-

de todo, la culminación del largo proceso de unificación y pacificación interna, que se inició en tiempos de don Pelayo, y que precede a la expansión de la nación fuera de sus fronteras, de la que España será el centro político y simbólico<sup>15</sup>.

Tras éste viene Felipe I [XXIX, cxv], esposo de Juana de Castilla, seguido de su hijo, Carlos V [XXIX, cxvi-cxviii], cuya figura aparece coronada de laurel y luce un rico manto de oro. De él afirma Hércules que vale como todos los demás juntos. Coronado rey de España siendo muy joven, destacará como guerrero y como prudente soberano, acrecentará las posesiones de España y ostentará el título de Emperador [XXIX, cxvii]. Sus gestas serán innumerables y todas serán en beneficio de la cristiandad, aunque sin duda la mejor de todas será el haber dejado un heredero tan resplandeciente como él y que no tendrá igual en el mundo entero: “Pero ninguna en cuantas hay notables/ Como la que diré tan excelente:/ En dejar para hazañas memorables/ Una imagen como él resplandeciente:/ Digo un hijo que habrá, que en fortaleza/ Igual no tenga el mundo, ni en franqueza” [XXIX, cxviii, 3-8].

Y, por fin, llegamos al momento presente, a Felipe II [XXIX, cxix-cxx], cuya figura está al lado de la de su padre, al que tanto se parece. Éste será el enviado del cielo para gobernar con sus virtudes el mundo entero: “Debajo cuyo reino estará cuanto/ Abraza el orbe ancho y espacioso” [XXIX, cxx, 3-4]. Con él, a quien Bernardo no se cansa de contemplar, se cierra la *ecphrasis* de la sala de los reyes de España de la sala de la Fama y la última de las profecías del poema, cuya finalidad es, por una parte, completar la genealogía de Felipe II del canto XIII con sus ancestros hispanos y, por otra, mostrar el largo proceso que condujo a la unidad interna –política y religiosa- de España<sup>16</sup>.

---

ixc].

<sup>15</sup> De forma similar al catálogo de héroes futuros de la primera parte de la *ecphrasis* del escudo de Eneas, en la que asistíamos a la defensa y al establecimiento de Roma como centro del imperio del futuro.

<sup>16</sup> Tras la visión del futuro glorioso que espera a España, Bernardo y Hércules salen de la sala y pasan ante un pozo en cuyo fondo descubren a un anciano de horrible aspecto, al que el héroe identifica como el Olvido. A este pozo van a parar, dice, “todos los malos que en el mundo son y han sido” [XXIX, cxxiv, 8]. Finalmente, el hispano parte de la cueva de Hércules. Los cantos finales

El hecho de que la última de las profecías del *Bernardo* consista en la visión de los antepasados hispanos del actual monarca concuerda plenamente con el mensaje nacionalista y patriótico del poema. En ésta vemos finalmente a España como la nación elegida para gobernar el mundo, un momento culminante que coincide con el presente, al hacerse finalmente efectivo en el reinado filipino – nótese que, a pesar de afirmar que Carlos V sería coronado Emperador, será su hijo y no él quien se convertirá en el señor del mundo entero, posiblemente porque el reinado de Felipe, además de ser contemporáneo del propio escritor, tenía su poder más firmemente asentado en la península. Ello incide, asimismo, en la centralidad de una visión de España como una nación unida, en paz y a salvo de los conflictos que asolan la Europa del quinientos en los acontecimientos descritos en las profecías y que llevan al poeta a silenciar, por ejemplo, la rebelión de las Alpujarras en la *ecphrasis* de la fuente encantada. No es éste el único acontecimiento que no figura en las distintas profecías. De hecho, faltan dos de los más destacados del reinado filipino y de los más repetidos en las prospecciones épicas como Lepanto y la conquista americana, a las que el autor no hace ninguna mención a lo largo del poema. La razón es, a mi juicio, que al poeta le interesa más celebrar la grandeza actual de España como una nación en paz, regida por un rey prudente, que las gestas militares conseguidas fuera de sus fronteras peninsulares. De esta forma, el poeta ofrece una visión idílica de la nación y de su actual rey que ha conseguido preservar España en la fe y la concordia y hacer de ésta el centro del mundo.

---

[XXX-XXXII] son los que conciernen ya a la batalla de Roncesvalles. El consejo de Castilla responde a la embajada francesa con una negativa a las pretensiones de Roldán y éste entra con sus hombres en la península para reclamar el reino por la fuerza. Alfonso ordena formar un ejército, del que da el mando a Bernardo, que se dirige a Roncesvalles. Una vez allí, el héroe recibe la noticia de la proximidad de las tropas del rey Marsilio, lo cual lo inquieta, puesto que no sabe cuáles son sus intenciones. Finalmente, se describe la batalla y la victoria de los españoles sobre los pares de Francia, cuya retaguardia, entre la que se encuentra Roldán, será abatida por Marsilio.

## Capítulo 15

### *LA HERMOSURA DE ANGÉLICA* DE LOPE DE VEGA

*La hermosura de Angélica* es una obra bastante peculiar. Publicada por vez primera en la imprenta de Pedro Madrigal en el año 1602, el poema corresponde a un periodo en el que el modelo ariostesco había cedido terreno, especialmente a partir de la década de los noventa, frente a la creciente valoración e influencia de la *Gerusalemme* de Tasso<sup>1</sup>. Buena prueba de ello es que cuando Lope publicó la *Angélica*, habían transcurrido prácticamente veinte años desde que se publicara la última obra relevante de esta clase, *Las lágrimas de Angélica* de Barahona de Soto (1586), que Lope, sin duda, conoció<sup>2</sup>. Este progresivo descenso en la producción épica ariostesca se aprecia asimismo en el terreno de la traducción, donde, aproximadamente por las mismas fechas el interés por Ariosto decrece, al tiempo que empiezan a aparecer las primeras traducciones de Tasso<sup>3</sup>. Por este motivo, podría decirse que la *Angélica* de Lope es representativa de un momento de cambio, que influye especialmente en la valoración épica del poema de Ariosto. Entre 1550 y 1590, aproximadamente, éste estuvo considerado un nuevo Virgilio,

---

<sup>1</sup> La *Angélica* fue publicada conjuntamente con otro poema épico menor de Lope, *La Dragontea* (cuya edición príncipe, de 1598, no se ha conservado) y fue reimpresa en dos ocasiones más, en 1604 y 1605, cfr. Pierce [1968: 340].

<sup>2</sup> De hecho, el último poema anterior al de Lope fue el de Pero López Enríquez de Calatayud, *El nacimiento y las primeras empresas del Conde Orlando*, Valladolid, 1594, pero se trata de una obra bastante menor y escasa repercusión.

<sup>3</sup> La última traducción completa del *Orlando* fue la de Vázquez de Contreras y data del año 1585, el mismo año, significativamente, en que Cayrasco de Figueroa publicara la primera del *Goffredo* y la *Liberata*. Véase Gutiérrez [1999: 102-105].

lo que explica en parte la decisiva influencia y el gran número de poemas aparecidos en España a imitación de su obra. En la última década del quinientos y especialmente durante el siglo posterior, Tasso pasó a ocupar de forma preeminente el lugar de Ariosto.

Es prácticamente imposible que Lope desconociera el estado de la discusión teórica sobre la épica y más aún si se tiene en cuenta que sólo seis años más tarde, él mismo publicaría su *Jerusalén*, que respondía al modelo de Tasso. ¿Qué es, entonces, la *Angélica*? O, dicho de otro modo, ¿qué aporta esta obra frente a las anteriormente estudiadas? En mi opinión, el valor del poema de Lope radica, precisamente, en el hecho de que se ofrece como un ejemplo espléndido que permite apreciar un cambio de actitudes en el género. Más que un poema heroico, la *Angélica* se presenta, en palabras de Chevalier [1966: 357], como un *divertimento* que ilustra el proceso de sustitución del modelo ariostesco por el tassesco que tuvo lugar ya a finales de siglo<sup>4</sup>. En el poema, Lope no retoma las aventuras caballerescas de Roldán y los Pares de Francia, ni veremos a Bernardo convertido en héroe. Contrariamente, el autor únicamente ha mantenido a dos personajes del *Orlando*, Angélica y Medoro, cuya presencia dice mucho del carácter esencialmente sentimental de la *Angélica*, frente a la preeminencia de la acción caballeresca que había caracterizado las obras de los poetas anteriores.

Ello no quiere decir que no vayamos a encontrar pasajes políticos en la *Angélica*, pero éstos, significativamente, quedarán circunscritos a momentos muy concretos y marcados como son las profecías. Únicamente en éstas ha mantenido Lope el carácter patriótico que antes dominara completamente la adaptación nacional del poema ariostesco. Pero, incluso en este caso, nos encontramos ante un hecho destacado, a saber, que las prospecciones del poema se centran no en la visión gloriosa del presente inmediato de España (ya siendo rey Felipe III), sino en lo que habrá de ser la característica fundamental de los poemas escritos a imitación del de Tasso: la reconquista de España y, subsidiariamente, la de Tierra Santa. De esta forma, las profecías de la *Angélica* anuncian la futura expulsión de los moros

---

<sup>4</sup> Sobre la *Angélica*, cfr. Chevalier [1966: 351-361].

de las tierras peninsulares, que habrá de ser el tema central de la poesía épica a partir de finales del XVI<sup>5</sup>. El poema de Lope es, por tanto, un ejemplo perfecto para apreciar el momento de transición en el que estaba inmerso la épica finisecular, pero también para darse cuenta de la importancia fundamental de las prospecciones en la transmisión de una ideología. En la *Angélica*, el universo ariostesco ha sufrido una metamorfosis, ha dejado de ser considerado el modelo épico contemporáneo a través del cual elaborar una visión gloriosa de la monarquía española y de su tarea política. Pero cuando Lope paga tributo a su rey y a su nación, como Ariosto hiciera con la Casa de Este, el mejor instrumento para ello es el de la profecía, sólo que ahora ésta responde a la imposición de un nuevo modelo, el de Tasso.

### ***La visión de los reyes pasados y futuros de España***

La primera de las visiones proféticas de la *Angélica* es la que corresponde a la brevísima enumeración de los reyes de España desde antes de la llegada de los godos a la península. Nereida, una joven dama que se ha enamorado de Medoro, pide ayuda a su madre, la maga Mitilene, para conseguir el amor del joven [IX]. Gracias a un conjuro, ambas se dirigen volando por los aires hasta Sevilla, donde se encuentran Angélica y Medoro, y, a medida que sobrevuelan la costa hispana, el lector asiste a la breve visión de los reyes de España. El catálogo es, en cierta forma, una especie de genealogía mítica de la monarquía hispana, en la que su origen se remonta hasta los descendientes de Noé y de Hércules, a través del cual se alude al mítico ancestro de la Casa de Austria, al tiempo que se vincula al trono con el poder sacro que emana del personaje bíblico, concediendo un principio santo y mítico a la monarquía hispana.

---

<sup>5</sup> Un tema que Lope introduce ya en la *ecphrasis* de las pinturas que decoran las paredes de la cueva de Toledo, en las que pueden verse las batallas entre el rey Rodrigo y el rey Muza y las luchas sostenidas por don Pelayo y Bernardo contra el invasor moro, cfr. II, v-xx.



Nereida y Mitilene llegan a la península, en la que "Europa tiene/ alegre altiva y coronada frente" [X, ii, 1-2], una imagen con la que Lope alude a la extendida idea de España como *caput mundi*. Después de haber abandonado el oriente, Tubal, "el nieto de aquel famoso Patriarca" [X, iii, 1], se estableció a orillas del Betis y "...al bruto/ linaje de su gente puso leyes,/ siendo su rey primero y absoluto,/ origen y principio de sus reyes" [X, iv, 1-4]. El nieto de Noé fue, por tanto, el primer rey de España, a través del cual se establece el santo origen de la monarquía y su capacidad legisladora, que tantas veces se repite en la épica quinientista. Después de éste, el poeta enumera a diversos reyes posteriores [X; v-vii], entre los que destacan Alcides e Hispán, supuesto hijo del mítico héroe griego, y los diversos Césares romanos. Con Ataúlfo, el poeta inicia la enumeración de los distintos reyes godos hasta Rodrigo, el último de su estirpe [X; viii-xi] y retoma el linaje de los reyes de Asturias, León y Castilla a partir de don Pelayo hasta Felipe II [X; xi-xiv]. Además de sus reyes, destacan los grandes héroes hispanos de la independencia y la reconquista española, Bernardo del Carpio [X, xi, 7] y el Cid [X, xii, 4]. Finalmente, se muestra a España, que antes estuviera dominada por romanos, fenicios y escitas, bajo el gobierno del actual rey [X, xv], Felipe III, a lo que sigue una descripción de las principales regiones de la nación [X, xvi-xxvii].

La enumeración de los reyes de España hasta Felipe III, "nuevo César nuestro" [X, xxviii, 1], se cierra con la visión esperanzadora de la que el mundo espera que sea su mayor gesta, la reconquista de Tierra Santa - "Ya me parece, gran señor, que os veo,/ quiéralo el cielo, y así querrá que es justo,/ pisando al de Asia el cuello de Tifeo,/ y al del Heresiarca el suyo injusto;/ y que la fama con mayor trofeo/ "Filipe -escribe-, César siempre agosto"" [X, xxix, 1-6]- y que enlaza con uno de los motivos tassescos más relevantes, como refería anteriormente, aunque se trate de una gesta hipotética, que los poetas épicos ya habían utilizado mucho antes. Con esta profecía, Lope realiza un elogio de su rey y, especialmente, de su linaje, cuyo árbol genealógico entronca con los patriarcas bíblicos, a través de Tubal, y con uno de los héroes mitológicos más importantes para los Austrias, Hércules, como aquél que liberará Jerusalén del yugo de los infieles, sin duda, el triunfo más sonado -y nunca acometido- por la cristiandad, pero sumamente rentable a nivel

ideológico y propagandístico porque con ella habría de iniciarse la tan esperada edad dorada en la que el cristianismo imperaría en el mundo gracias a España.

### ***La profecía de la cueva encantada***

La segunda y última de las profecías de la *Angélica* es la que concierne a la expulsión de los árabes de la península por parte de los cristianos. Rostubaldo, hijo del rey Ferraguto de Toledo y principal enemigo de Medoro tras haber sido éste elegido como sucesor del rey Lido de Sevilla, quiere reclamar la herencia del trono por la fuerza, para lo que organiza un ejército con el que se dispone a asaltar la ciudad [XII]. En el camino llega a una cueva encantada donde le será anunciado el destino de su gente [XV]. En una de las paredes de cristal de la cueva, adornada con motivos moriscos, Rostubaldo contempla un gran jardín poblado por distintas especies de animales reales y fantásticos [XV, iii-x]. Valientemente, el personaje rompe a golpes el cristal para enfrentarse con ellos, pero entonces, los animales se transforman en hombres doctos: gramáticos, filósofos, astrólogos, poetas, etc. [XV, xiii-xvii]. Entre ellos se encuentra el sabio Ardano, al que Rostubaldo le pregunta por el resultado de su expedición militar a Sevilla [XV, xx-xxiii]. Tras un instante de silencio, Ardano le promete la fama eterna "del Tajo al Ganges, de Guadiana al Nilo" [XV, xxvii, 4] y, tras alabar su valentía y sus gestas, le dice que será padre de "tan larga descendencia y noble imperio,/ de todo lo mejor del cetro iberio" [XV, xxix, 7-8].

A continuación, Ardano le recuerda cómo su abuelo y su padre se hicieron con el gobierno de la península cien años atrás, cuando el traidor conde don Julián los dejó entrar en venganza de la ofensa que le hiciera el rey goda don Rodrigo [XV, xxx-xxxii] y le augura que su poder se extenderá "desde Sierra Morena a las Colunas" [XV, xxxiv, 8], que en Granada hará construir la Alhambra y que un hijo suyo del linaje de Almanzor será su heredero [XV, xxxv]. Desde éste, su estirpe dominará el mundo hispano durante seiscientos años, que es el tiempo que España vivirá bajo dominación árabe [XV, xxxvi-xxxvii] hasta que un rey "chiquito",

Boabdil, verá las banderas de un rey cristiano que pondrá fin a la "sangre antigua y el morisco nombre" [XV, xxvii, 8]. Se trata, naturalmente, de la conquista granadina de los Reyes Católicos: "Un rey aragonés, permita el cielo/ no sea lo que agora pronostico,/ unido al noble tronco de Castilla,/ derribará la granadina silla." [XV, ixl, 5-8], que culminará la reconquista iniciada por anteriores reyes cristianos, de los que hablará más adelante.

Entonces, Ardano refiere a Rostubaldo un catálogo de héroes hispanos y las gestas conseguidas por éstos ante los árabes [XV, xli-lx] y concluye la descripción de estas victorias cristianas futuras, de nuevo, con la visión de Granada, llorosa y rendida ante Fernando [XV, lxi-lxii]. Por culpa de éste, un nuevo Alejandro Magno, el linaje de Almanzor nunca más volverá a levantar la cabeza, pese a "algunas reliquias impacientes/ de los antiguos moros de Granada" [XV, lxiv, 3-4] que se rebelarán al "yugo de Felipe, rey Segundo/ de aqueste nombre, y el primero al mundo" [XV, lxiv, 7-8], aludiendo a la rebelión de las Alpujarras. Ésta será sofocada por "un joven de Austria, lumbre, sol y espejo/ de la dichosa España..." [XV, lxv, 1-2], don Juan de Austria, al que saluda como vencedor de Lepanto, califica de santo y del que dice que su nombre se extenderá por todo el orbe.

Tras las dos victorias sobre Granada, la de Fernando el Católico y la de don Juan, los dos mayores hitos de la reconquista española, Ardano refiere a continuación algunas de las más relevantes que las precedieron y señala a los héroes que las acometieron. Entre ellas está la conquista de Toledo [XV, lxvii], el triunfo del Cid en Valencia [XV, lxviii] o el del rey don Fernando sobre Córdoba [XV, lxix]. Y entre todos estos conquistadores gloriosos, destaca sobremanera uno, el primero, don Pelayo [XV, lxxii]. De esta forma, la profecía de Ardano resume la historia de la larga lucha que enfrentó a los cristianos y a los árabes y que culmina, fundamentalmente, con la conquista de los Reyes Católicos. Concluido el anuncio, Rostubaldo agradece al mago su vaticinio, le entrega a cambio un luna de oro y diamantes y se despide de él [XV, lxxvii] para reanudar su avance hacia Sevilla.

Las dos profecías, aunque breves, indican que la *Angélica* podría considerarse una obra de transición entre los dos grandes modelos épicos

contemporáneos. Mientras que la trama ariostesca que conforma el argumento del poema se limita prácticamente a lo sentimental, los pasajes prospectivos, los más sujetos tradicionalmente a la elaboración de un mensaje político y propagandístico, se centran ya en el tema preeminente de la épica tardo-quinientista española, a partir de la adaptación nacional del modelo de Tasso, que tratará de la reconquista de Tierra Santa de la *Gerusalemme* de forma secundaria frente a la importancia concedida a la reconquista de España, ambas presentes en el poema de Lope. Por este motivo la *Angélica*, quizá uno de los poemas menos estudiados de su obra, merece cierta consideración. Si bien no puede hablarse de éste como un poema especialmente representativo del *corpus* de poesía ariostesca según mi definición del mismo, lo que no puede negársele, sin embargo, es que se trata de un ejemplo gracias al cual puede apreciarse la progresiva sustitución de un modelo por otro.

## Capítulo 16

### LA FORMULACIÓN ÉPICA DE LAS GESTAS DE CARLOS V

Uno de los subgrupos más importantes y poco estudiados de los poemas históricos son los que Bouterwerck [1804] denominó “Caroleidas”. Ciertamente se trata de un *corpus* reducido, que estaría formado fundamentalmente por tres títulos: *La Carolea* de Jerónimo Sempere, el *Carlo Famoso* de Luis Zapata y el *Victorioso Carlos V* de Jerónimo de Urrea -cuatro si incluimos entre ellas al *Hércules animoso* de Juan de Mal Lara, del que trataré más adelante. Salvo en el caso de este último, los otros tres responden a criterios de composición prácticamente idénticos, perfectamente delimitados por su materia argumental y su dependencia de la historiografía contemporánea<sup>1</sup>. Una de las características generales de este conjunto

---

<sup>1</sup> La historiografía que los poetas de Carlos V tenían a su disposición era amplia y sus fechas de composición y publicación muy próximas a las de los propios poemas. De estas obras señalo a continuación algunas de las más destacadas. La gran crónica de la época carolina fue, sin duda, la *Crónica del Emperador Carlos V* de Alonso de Santa Cruz, contemporáneo del propio Zapata, cuya biografía sobre el Emperador llega hasta 1551. Esta larga obra, como ilustra Terrón Albarrán [1981: xvi-xviii], fue una de las fuentes principales del *Carlo Famoso*. Además de la de Santa Cruz, la España carolina daría otras crónicas importantes como el *De rebus gestis Caroli Quinti* de Juan Ginés Sepúlveda, miembro de la corte al igual que Santa Cruz; la inédita e inacabada *Vida e historia del invictísimo Emperador don Carlos, V de este nombre, Rey de España* de Pero Mexía, que refiere los principales acontecimientos de la vida del Emperador hasta 1530; o los *Anales de Carlos V* de Francisco López de la Gomara, que también fuera autor de una *Historia de las Indias* (1552) cuya influencia se dejó sentir en la propia relación de la conquista americana realizada por Zapata. Pero no todo fueron obras generales, sino que la época dejó algunas otras referidas exclusivamente a algunas de las campañas militares más importantes del siglo. Entre ellas, el *Tratado de las Campañas y otros acontecimientos de los ejércitos del Emperador Carlos V en Italia, Francia, Austria, Berbería y Grecia* del cordobés Martín García Cerezeda, que fuera arcabucero en los tercios españoles desplazados en Italia, Alemania y África y cuyo texto constituye un testimonio

de obras radica en el hecho de que la narración se basa enteramente en la reescritura poética de la historia reciente, es decir, que los poetas del Emperador hacen de ésta el argumento de sus obras y la integran en el seno de un género poético muy marcado ideológicamente. Ello les permite hacer del monarca el héroe protagonista de los poemas, a diferencia de los poemas ariostescos estudiados anteriormente, cuya materia y personajes eran casi en su totalidad ficticios. Nos encontramos ante unas obras que parten, por tanto, de la fusión de los dos grandes modelos épicos latinos, Virgilio y Lucano, de forma que el argumento poético no se refiere a un pasado fundacional o remoto (como en la *Eneida*) sino al pasado inmediato (como en la *Farsalia*), pero cuya finalidad propagandística y conmemorativa responde unánimemente a la ideología política establecida por el poeta de Augusto.

Esta fusión de un modelo argumental con una intencionalidad ideológica tan concreta es especialmente significativa en el caso de la épica hispánica en general porque, como decía en páginas anteriores, constituye uno de presupuestos más relevantes y específicos de la épica del Siglo de Oro español o del grupo de poemas a los que he denominado "poemas históricos" -en los que también se detecta, en algunos casos, la influencia de Ariosto y, más tarde, de Tasso. La razón de su fortuna en nuestro país responde a que los contemporáneos, muy particularmente en la corte (baste recordar el caso de Gattinara), concebían el presente como un momento especialmente glorioso, muy similar a la visión que Virgilio ofrecía del imperio de Augusto y que, por tanto, podía y *debía* ser reutilizada en su construcción mítica de la nación y de su *princeps*. Ello condujo, en el terreno de la poesía épica española, a reformular el modelo de Lucano de

---

presencial de algunas campañas del período que va de 1521 a 1545, que fue la fuente de los pasajes sobre la batalla de Pavía del poema de Zapata. Sobre esta batalla escribiría Juan de Oznayo su *Relación de la batalla de Pavía*. Otra de las fuentes relevantes fue la que Gonzalo de Illescas dedicara a la conquista de Túnez en su *Jornada de Carlos V a Túnez*. Sobre la guerra de Alemania, una de las obras más importantes fue, sin duda, el *Comentario de la guerra de Alemania hecha por Carlos V, máximo Emperador Romano, Rey de España en el año M.D.XLVI y M.D.XLVII* de Luis de Ávila y Zúñiga, publicada en Venecia en 1548 y que fue utilizada por el propio Alonso de Santa Cruz para las partes de su crónica que versan sobre la última campaña de Carlos V.

forma que sirviera de base para la elaboración de un mensaje político cercano al poder, lo que pasaba necesariamente por su fusión y dependencia del virgiliano. Sólo de esta forma podía reivindicarse la utilización de la historia reciente como fuente de narración poética<sup>2</sup>. En este sentido, los poemas que conforman las "Caroleidas" son especialmente relevantes en tanto que constituyen los ejemplos más tempranos en establecer esta forma de escritura épica que tanta fortuna tendría en nuestro país durante el reinado filipino y que, posiblemente, pueda considerarse uno de sus presupuestos más característicos.

De las "Caroleidas" ninguna fue publicada durante el reinado de Carlos V sino que todas pertenecen propiamente al periodo filipino y están dedicadas a este monarca o a su primogénito, el infante don Carlos. La más temprana, *La Carolea* de Jerónimo Sempere, vio la luz en 1560, cuatro años después de la abdicación del Emperador y dos después de su muerte; el *Carlo Famoso* de Luis Zapata es de 1566; y el *Victorioso Carlos V* de Jerónimo de Urrea posiblemente se redactara entre 1567 y 1571<sup>3</sup>. El periodo carolino constituía ya un capítulo cerrado de la historia de España, del que podía hacerse balance, cuando estos tres autores decidieron convertir la vida y gestas del Emperador en materia poética, lo que sin duda, y a la luz de la imagen esplendorosa de la España filipina, contribuyó decididamente a ver en la monarquía de Carlos V uno de los periodos más importantes en el proceso histórico que habría de dar a la nación el poder sobre el mundo entero.

No obstante, las "Caroleidas" gozaron de muy poca fortuna, salvo en el caso del poema de Zapata, el más destacable de los tres y a cuyo análisis dedicaré un capítulo más extenso<sup>4</sup>. Hay que tener presente, además, que las fechas de composición y publicación de las obras coinciden con el periodo de mayor

---

<sup>2</sup> Lo que demuestra hasta qué punto estamos ante un presupuesto relevantísimo en lo que concierne a la naturaleza de la relación entre poesía e historia de la teoría épica italiana frente a la hispánica, especialmente en lo que respecta al conjunto de poemas históricos, y que depende de la distinta realidad política de ambas naciones.

<sup>3</sup> Cfr. Chevalier [1966: 143].

<sup>4</sup> *Vid. infra*, cap. 18.

influencia del *Orlando*, como demuestra el gran número de obras elaboradas a partir de este modelo, una "moda" que dominó el panorama épico español prácticamente hasta finales de siglo -y a la que Zapata, como explica Chevalier [1966] tampoco pudo sustraerse en la elaboración de su *Carlo Famoso*. El poema de Sempere, una obra menor y de escaso interés, difícilmente pudo competir con ella. El caso de Urrea es algo distinto. El poema del que fuera uno de los más importantes traductores de Ariosto en nuestro país ni siquiera llegó a publicarse y se ha conservado manuscrito.

A propósito de esta cuestión es necesario abordar un caso especial: el poema inédito de Juan de Mal Lara titulado *Hércules animoso*, cuya finalidad es también la celebración de las gestas carolinas, aunque a partir de una perspectiva bien distinta<sup>5</sup>. Durante los últimos dos siglos no se poseían más que algunos datos escasos del poema, lo que hizo creer que se había perdido. No obstante, la obra se conserva manuscrita, según Cebrián [1989] se trata del original autógrafo, en la Biblioteca da Ajuda de Lisboa. El poema, dedicado al príncipe don Carlos, está escrito en octavas reales y consta de doce libros, cada uno de ellos precedidos de un argumento y una moralidad. Los libros se dividen a su vez en cuatro cantos, lo que da un total de cuarenta y ocho cantos. Sus posibles fechas de redacción oscilan aproximadamente entre 1549 y 1571, año en que la muerte sorprendió al autor sin haber podido dar la obra a la imprenta. El poema, como su nombre indica, está dedicado a la narración de las doce tareas hercúleas, las cuales se presentan como una alegoría de otras tantas gestas del Emperador, según expresa Mal Lara en el prohemio del *Hércules* en un pasaje que reproduzco a continuación:

"Fue mi intento, pues que el Emperador Carlos tomó algunas empresas semejantes a Hércules y siguió la señal de las columnas con la divisa del Plus Ultra, hacer una comparación del uno al otro, pues el uno comenzó a dar

---

<sup>5</sup> Lamentablemente, no me ha sido posible consultar al texto en el momento de redactar estas páginas. Sobre el poema de Mal Lara, cfr. Cebrián [1989 y 1994].



orden y a ser a España y el otro le dio toda la perfección que después de Dios puede dar un príncipe, cuya instrucción conserva el Rey nuestro señor, como hijo de tal padre, y no sin causa el César vino después de tantos que podían reinar en España a suceder en estos Reinos, permitiendo Dios que tantos falleciesen para que en él quedase y en su hijo y descendientes la defensión de la santa fe católica<sup>6</sup>."

Mal Lara, por tanto, elabora un poema sobre las hazañas de Hércules de forma que cada una de ellas ilustra alegóricamente algunas de las gestas más importantes de Carlos V. Así, el León de Nemea simboliza la rebelión de los Comuneros, el Jabalí de Erimanto es Francisco I de Francia, las aves de Estinfalia y las Amazonas representan las luchas del César contra el Turco, siendo Solimán un nuevo Toro de Creta; los caballos de Diomedes y la derrota de Gerión simbolizan la victoria sobre la liga de Esmalcalda, etc. El poema se cierra, haciendo uso de una imagen que nos es ya muy familiar, con la visión de Felipe II como Teseo y como "nuevo Hércules para que descansase Atlas". Lo interesante, pues, del proceder de Mal Lara radica en el hecho de que la obra no parte, como las "Caroleidas" arriba indicadas, de la narración de la historia contemporánea para celebrar a la figura del César sino del uso de una leyenda mitológica a través de la cual se hace referencia al pasado reciente y al presente.

Según se indica en el prólogo a los lectores, el poeta había partido del ejemplo de las más recientes aportaciones a la épica, como Boiardo y Ariosto, para la elaboración del poema. Ello conduce a Cebrián [1989: 391] a afirmar que estamos ante "uno de los primeros exponentes de la épica culta española de influencia ariostesca". A mi juicio, no obstante, a la luz de los datos presentados, no me atrevería a considerar que estemos ante un poema ariostesco, similar a los anteriormente estudiados, si bien cabe deducir, por las propias palabras del autor, que los cantores de Ferrara influyeron en la elección de la materia poética y su tratamiento. Visto, sin embargo, el argumento de la obra y su finalidad, tal como la expusiera Mal Lara, me parece más oportuno considerar que estamos, en realidad,

---

<sup>6</sup> Ff. 18v.-19r, *apud*. Cebrián [1989: 376].

ante una "Caroleida" inusual, narrativamente hablando, pero no en lo que concierne a su intencionalidad y lectura. La materia desarrollada por el poeta español no es en absoluto ariostesca sino mitológica. Lo interesante de la elección de Mal Lara concierne especialmente a la figura hercúlea y a su asociación con Carlos V (recordemos que Hércules era uno de los supuestos antecesores míticos de los Habsburgo), lo que a su vez, posee un claro vínculo con la propia historia de España, que supuestamente fue fundada por este héroe.

De esta forma, Mal Lara consigue prácticamente lo mismo que los demás poetas de Carlos V: celebrar en un poema épico las gestas contemporáneas de Carlos V y su providencial dominio del mundo. La obra explota, al igual que en las de Sempere, Zapata y Urrea, el vínculo de la narración poética con la historia reciente sin recurrir, no obstante, a la adaptación del modelo lucanescos al virgiliano, sino, precisamente, respetando los principios de la *Eneida*, que también parte de la elaboración de una leyenda mítica. Por todo ello, me parece más justo considerar que el *Hércules animoso* es, antes que un exponente de la influencia del poema ariostesco, una "Caroleida" alegórica, la única que conocemos hasta el momento.

Salvo este último caso, y ya para concluir, las otras tres "Caroleidas" responden, en su forma e intenciones, a una tendencia que habría de generalizarse posteriormente, como es la de estimar que el pasado inmediato constituye una materia adecuada de la épica culta vernacular. Pero, al igual que en la mayor parte de los poemas históricos, el argumento de los poemas no respondía a la imitación de un modelo concreto -salvo en el caso de las obras de tema americano, que partían del de Ercilla-, lo que hace de este grupo de poemas un conjunto heterogéneo, cuya única característica común es la que concierne a la poetización del pasado reciente. Ello determinaría que, una vez establecido teóricamente el punto de partida argumental de las obras a través de la vinculación de los dos modelos clásicos, los poetas históricos, dentro de los cuales hay que contar a los autores de las tres "Caroleidas", no poseían otro apoyo narrativo que no fuera el relato cronístico e histórico, que habría de determinar poderosamente la naturaleza

de estas obras. Es cierto que, en la mayoría de los casos, los poetas de Carlos V se mantuvieron, por lo general, excesivamente fieles al relato histórico, lo que haría de sus obras poco menos que largas relaciones en verso de una serie de acontecimientos cercanos en el tiempo<sup>7</sup>. Este hecho determinó que el resultado fuera el de unos poemas algo farragosos y, muy probablemente, poco atractivos para sus contemporáneos, salvo el caso de Zapata que sí suscitó bastante interés en su momento, pese a no ser objeto de reimpresión alguna<sup>8</sup>. Pese a ello, este grupo de poemas poseen un interés muy especial para este trabajo, en tanto que en ellos se aprecia que los poetas épicos españoles se sintieran obligados a rendir tributo a un monarca del cual dependía en buena medida la hegemonía política de la España contemporánea, una celebración propagandística que fue y seguiría siendo la finalidad esencial del *corpus* épico español del siglo XVI, y que los poetas de Carlos V, especialmente, llevarían hasta sus últimas consecuencias al hacer del César un personaje heroico a la altura de Eneas u Orlando.

En estos tres poemas, no obstante, la narración histórica se detendrá en diversos momentos para dar paso a un episodio ficticio y maravilloso, cuyo centro suele ser una profecía. Se trata de pasajes fundamentales para la lectura política de los poemas, ya de por sí marcada por la elección de la materia argumental, que responden a la imitación de los grandes modelos y en los que se establece una lectura providencial del poder político de la monarquía hispana y del gobierno de la estirpe austríaca. La introducción de las profecías, por tanto, incide unánimemente en la naturaleza de las obras, en tanto que las prospecciones están concebidas como recursos propios y fundamentales de la tradición épica en la que se inscriben los poemas. En ellas, al igual que sucedía en los vaticinios de los poemas ariostescos, se redondea y sanciona de forma más poderosa si cabe el mensaje ideológico de las obras y la visión simbólica de la monarquía española, lo que hace de estos pasajes partes relevantísimas para la economía de las obras y su intención política. El estudio de las profecías de las "Caroleidas" abordado en las páginas siguientes

---

<sup>7</sup> Sobre las crónicas contemporáneas, véase *supra*, n. 1.

<sup>8</sup> Para el caso del poema de Zapata, remito al capítulo correspondiente de este trabajo, *vid. infra*.

demuestra, por tanto, de qué forma los poetas buscan adaptarse, con mayor o menor fortuna, a los moldes impuestos por la tradición, sin tener que renunciar a la adopción de un punto de vista histórico distinto del de las grandes obras del género.